UN AMOR QUE MOVIÓ UN PAÍS

DANI IGLSUA

UN AMOR QUE MOVIÓ UN PAÍS

DANI IGLSUA

Novela autopublicada
Todos los derechos reservados

AGRADECIMIENTOS

Publicar tu primera novela es una experiencia única, una forma de ver recompensados meses y meses de trabajo. No obstante, sería injusto atribuir al autor todo el mérito.

A la hora de contar una historia, son muchas las personas que influyen en un escritor: familia, amigos, conocidos, profesores, alumnos… Todos tienen en mayor o menor medida algún tipo de responsabilidad sobre lo que se acabará reflejando en el libro.

Sin embargo, y sin querer dejar de lado al resto de mi familia y a mis amigos más cercanos; creo que parte del mérito de esta historia se la debe llevar mi madre.

Sin su ayuda, esta novela no sería ni una sombra de lo que es ahora, y por tanto, es justo decir que se la dedico a ella.

Dani Iglsua

CAPÍTULO 1

Narra Manu

Vaya mierda de película estábamos viendo.

Era un sábado como cualquier otro; y como era costumbre, Álex, Pedro y yo hacíamos nuestra escapada semanal al cine. Todo parecía transcurrir como siempre, pero la diferencia era que esta vez no estaba dispuesto a seguir aguantando sus tonterías.

Pedro no paraba de comentar estupideces y se intentaba hacer el gracioso diciendo cosas sobre la película que absolutamente nadie pensaba; y mientras, Álex pasaba completamente de nosotros, dedicándose por completo a su teléfono móvil. Quizás hablando con cualquiera de esos mamarrachos con los que se juntaba ahora: sus nuevos amigos, y todo esto después de haberme pedido dinero para la entrada del cine.

Llevábamos un tiempo en el que nuestra relación estaba algo desgastada, incluso se podría decir que ya casi ni nos soportábamos; pero al ser amigos de toda la vida, creo que los tres nos veíamos de alguna forma obligados a mantener esas quedadas de los sábados. En el fondo, aunque las cosas no continuasen como siempre, nos seguíamos teniendo algo de cariño.

Pero el cariño tiene un límite, y cuando tienes un mal día, las actitudes que normalmente aguantas pueden llegar a parecerte hasta vomitivas. No sé si se trataba de un cúmulo de cosas, pero desde hacía varios meses sentía que mis amigos no eran los mismos de siempre. Álex había empezado a meterse en muchísimas peleas innecesarias y vacilaba a los chicos más pequeños actuando como un auténtico abusón. Y por si fuera poco, de Pedro no paraban de llegarme rumores de que hablaba mal de mí a las espaldas. Menudos amigos...

La verdad es que todo esto podía haberlo valorado antes de decidir pasar otra tarde de mi vida con ellos, pero lo cierto es que no se me había ocurrido hasta que los tuve justo al lado.

Por un momento, intenté distraerme de mis pensamientos para ver una poco la película. Probablemente no era tan mala como me estaba pareciendo, pero el enfado que tenía encima no me permitía hacer un juicio justo sobre ella.

A pesar de que tenía unas ganas locas de levantarme y mandarlo todo a tomar por culo, no hice ni el más mínimo amago de irme, y cuando por fin parecía que había algo que me interesaba de esa película; pues el chico por fin se había atrevido a pedir salir a la chica más guapa del colegio, Álex lo interrumpió. Además no interrumpió la

mejor escena para decir algo con sentido, sino que soltó por esa boca una de las mayores gilipolleces que me podía haber dicho:

- Oye tío, no seas rata, dame tus palomitas anda. Comparte con tus amigos.

Probablemente no fuese un comentario hecho a mala fe, pero yo tenía un día muy malo y fue algo que me superó. Llevaba meses mintiéndole a su padre acerca de las decenas de peleas en las que se había metido; diciéndole que se había caído con la bici, que le habían dado un balonazo, un codazo en gimnasia… Siempre había estado ahí cuando lo necesitaba, y después de pagarle, como siempre, el puto cine de mi bolsillo, me acababa de llamar rata. Mi supuesto amigo de toda la vida me acababa de llamar rata. Eso era algo que no estaba dispuesto a aguantar.

Después de toda la mala hostia acumulada que tenía, cogí las palomitas que tanto quería y se las tiré por encima. ¡A tomar por culo la amistad y a tomar por culo todo!

Álex alucinaba en su asiento, pero más había alucinado yo con su comentario. Me levanté en medio de una sala en la que todo el mundo me miraba, y con cierta soberbia, salí sin volver a mediar palabra con ninguno de mis dos amigos.

Por si fuera poco, al salir me di cuenta de que Pedro ni siquiera se había dado cuenta de lo que había pasado. Claro, estaba muy ocupado atendiendo a esa mierda de película como prestar atención a la discusión entre dos de sus amigos. Mi pensamiento respecto a ellos era claro: ¡Que les den!

Caminé un buen rato sin rumbo por el centro comercial. Genial, acababa de marcharme del cine, harto de los que siempre habían sido mis mejores amigos, bañando a uno en palomitas, y ni siquiera les había importado. No se molestaron ni en venir detrás, a ver si me pasaba algo, si estaba bien. Quizás estaba pasando por un momento malo en mi vida, pero claro, ellos nunca me lo habían preguntado, y esta vez no iba a ser distinto. Se quedaron ahí, viendo tranquilamente el final de la película. Hay que joderse.

Necesitaba un pequeño subidón de moral, y por ello, mi pensamiento era claro: ¡no debían importarme una mierda! Tenían lo que se merecían; a unos amigos tan malos como ellos, no debía dedicarles ni un mísero minuto de mi vida.

Por desgracia, todavía quedaban varias horas para que pudiese regresar en el barco; y llamar a alguno de mis padres no era una opción. Mi madre era una mujer increíble y nuestra relación siempre había sido magnífica, pero sabía que si le pedía que viniese, no pararía de preguntar sobre Álex y Pedro, pidiéndome un informe detallado de cómo y por qué se había desgastado nuestra relación. Por otro lado, a mi padre simplemente prefería no verlo.

Con todo esto, decidí pasar un tiempo a solas en el baño, así podría aprovechar para pensar un poco y aclarar mi mente. Debía pensar fríamente las cosas, y para ello, mi abuela siempre decía que no había nada mejor que una buena lavada de cara con agua fría. Mientras lo recordaba me di cuenta, la echaba mucho de menos. Sin embargo, el camino me tenía preparada una grata sorpresa.

En la puerta del servicio de caballeros estaba ella. Media melena, morena despampanante, vestía ropa deportiva pero aún así parecía elegante, sus labios eran carnosos y tenía unos ojos que asustaban de lo bonitos que eran. Era perfecta.

Solo con verla se me sacaron las ganas de estar triste, enfadado e incluso de entrar en el baño; pero por no parecer un desesperado o un acosador, entré para al menos lavarme la cara y ver si estaba en condiciones de intentar algo con esa chica.

Durante unos segundos me miré al espejo y me di ánimos. Había tenido unos últimos años muy malos. A todo el conflicto que tenía en casa y al reciente problema con mis amigos, se le había sumado la repentina muerte de mi abuela. La quería con toda mi alma, tenía claro que era la persona más importante de mi vida.

Todo esto había sido muy traumático, y por si fuera poco, tampoco me había ido precisamente bien en el amor. Mi abuela siempre lo decía, el amor aparece en los momentos más insospechados, cuando menos te lo esperas; así que quizás en un momento malo como en el que estaba ahora, era en el que el amor aparecería en mi vida.

Me di un par de golpes en la cara como intentando estimularme; y mientras, pensé: "*Ánimo Manu fiera, sal ahí y vete a por esa chica. Puedes con todo*".

Al final, ya me habían pasado muchas cosas malas ese día como para que también me rechazaran. Pensándolo bien, yo no era un chaval feo, tenía mis cosillas, y confiaba en que podría seducirla.

Salí decidido, como si estuviese convencido de que iba a triunfar, y todo ello, sin pensar en ningún momento que podría haberse ido.

Y así fue. En la pared sobre la que descansaba su melena, ya no había nada, ni siquiera un triste mechón de pelo. Le di un puñetazo a la pared, como castigándome por ser tan gilipollas en la vida y no haberme atrevido a hablarle antes. "*Nada*", pensé para mí, "*pues a seguir caminando para hacer tiempo*". Cuando...

- Mierda, lo siento, no te había visto, ¿estás bien? -Decía la misma joven despampanante a la que antes había adorado. Por algún motivo que desconozco, había aparecido de la nada corriendo, y sin que me diese tiempo a reaccionar, se había chocado contra mí. Quise ser un caballero, así que dándole la mano, la ayudé a levantarse.

- Sí, no te preocupes. El que debería preguntártelo soy yo, que eres tú la que está en el suelo -dije intentando hacerme un poco el

gracioso.

- No te preocupes, yo estoy mejor que nunca -acertó a decir mientras agarraba muy fuerte la mano con la que la había ayudado a levantarse.

- Pues imagínate yo - balbuceé tímidamente tratando de que no me escuchara. ¡Dios, es que no podía parar de pensar en lo increíble que era esa chica! Por suerte, estaba demasiado preocupada por el dolor que le había producido la caída como para ponerse a escuchar mis balbuceos.

- ¿Y qué hacías corriendo por el centro comercial? -Pregunté tratando de reanimar la conversación.

- Pues es una historia un poquito larga -me explicó con pocas ganas de decirme lo que le pasaba en realidad-. Vamos a dejarlo en un desengaño amoroso, bueno, que me dejaron aquí tirada.

- ¿En serio te dejaron tirada? -Pregunté sorprendido- Menudo tío más sinvergüenza. Si necesitas cualquier cosa...

- Hombre, pues algo sí que me gustaría pedirte -me susurró al oído izquierdo. Mientras, y lo digo sin intentar parecer un salido, yo no paraba de pensar en la cantidad de cosas que le haría-. ¿Puedo darte un abrazo?

- Claro que sí.

Evidentemente no era lo que quería, pero no podía negarme a darle un abrazo a semejante bombón. Era lo mejor que me había pasado en todo el día, e iba a hacer todo lo posible para, al menos, pasar la tarde con esa chica.

Si hablamos del abrazo, la verdad es que no estuvo nada mal. Fue un abrazo largo e intenso, y aunque en ese momento ella no lo supiese, a mí también me sirvió para desahogarme de todo lo que me había pasado con mis amigos.

Eso sí, todo esto mientras disimuladamente exploraba con mis manos la perfecta espalda y parte del culo de esa chica. Fue una experiencia muy buena y que no pareció molestarle lo más mínimo; pues mientras disfrutaba con su culo, ella también aprovechaba para tocar suavemente el mío. ¡Me estaba saliendo todo bien!

Cuando nos separamos, sentí unas ganas increíbles de besarla, y aunque noté que me miraba de una manera muy especial, debo decir que no terminaba de distinguir si tenía una mirada de asombro o de susto. Me estaba costando entenderla.

La conversación poco a poco se nos fue acabando, y mientras recordaba escenas míticas de series amorosas en las que los protagonistas se declaraban su amor de una forma épica, me acerqué a su oído y pregunté lo más sensualmente que se pueden preguntar estas cosas:

- ¿Cómo te llamas?

Y ya no obtuve respuesta. Pues la chica echó a correr como una loca.

Mierda, no sé si le entró pánico con la pregunta o qué le pasaría, pero saltaba a la vista que no tenía pinta de querer nada conmigo.

Tampoco la perseguí, no soy ningún acosador, ella necesitaría su espacio. Al fin y al cabo, por lo poco que habíamos hablado, sabía que también lo estaba pasando mal, no era el único.

Para olvidarlo, decidí ahogar mis penas en una hamburguesa. En unos pocos minutos me había peleado con mis amigos y una chica había salido corriendo después de abrazarla. Otro gran día para mi colección.

Sin embargo, lo que pasó cuando iba a pagar la hamburguesa fue la gota que colmó el vaso. Mi cartera había desaparecido de mi bolsillo. ¿Dónde la habría perdido?

No tardé ni cinco segundos en darme cuenta. ¡Hija de puta! Me había comido el numerito. Ese abrazo no era nada más que una estrategia, bastante bien pensada he de reconocer, para robarme la cartera. Me quedé unos segundos mirando a todos lados tratando de encontrarla mientras decidía qué hacer.

Me saqué la sudadera nueva que llevaba y la tiré en la puerta del cine como si fuese un trapo viejo que te pones para dormir. No sé ni por qué lo hice, pero en las películas de acción el protagonista siempre se saca la chaqueta antes de hacer algo épico, así que quizás pensé que podría hacer lo mismo.

Tras este sinsentido, empecé a correr por el centro comercial mientras preguntaba a todo el mundo si había visto a una chica de unos 18 años con ropa deportiva. Nada, era como si se la hubiese tragado la tierra, nadie la había visto.

Me apoyé en la barandilla cagándome en todo lo cagable y en ese día tan horrible que había tenido. Estaba completamente desolado. No me dolía el hecho de haber perdido la cartera, sino saber que se había reído en mi cara, engañándome de una forma patética, incluso me atrevería a decir que humillante. El día no podía ir a peor.

Por eso, la mejora fue sustancial cuando me pareció verla entrar en una tienda de ropa. Era una sinvergüenza, aún por encima de robarme, se iba a gastar el dinero delante de mis narices.

Tenía que evitarlo, así que corrí por las escaleras mecánicas para tratar de bajar lo más rápido posible. Sin embargo, con las prisas me equivoqué de escaleras, y en lugar de meterme por las de bajada, fui por las que subían. Seguíamos con la buena racha.

Hay que decir que en el proceso de esquivar a las personas que subían no fui excesivamente sigiloso; y ella, que me vio, aprovechó esto para salir del centro comercial.

Aún perdí unos segundos más por culpa de unos señores que

parecían no entender que tenía que perseguir a esa ladrona; e incluso el guardia de seguridad intentaba pararme después de ver todo el lío que estaba armando.

A pesar de esto, logré salir de allí, y cuando volví a verla a lo lejos, poco importaron mis vaqueros de marca y mis zapatos de salir; pues empecé a correr cuesta arriba como si fuese un mundial de atletismo. La verdad es que llevaba tiempo sin entrenar, y entre eso y que ella llevaba un ritmo impresionante, me estaba costando demasiado alcanzarla.

Fueron probablemente los diez minutos más largos de mi vida, y cuando ya estaba a punto de rendirme y dejarla marchar con mi dinero, un señor con un carrito se le metió delante en la entrada del parque, y gracias a eso, la ladrona no pudo seguir escapando. Llegué junto a ella, la agarré fuerte del brazo, y mientras intentaba disimular mi cansancio, dije:

- Buena carrera, no está nada mal para una yonki de pueblo -en ese momento estuve muy orgulloso de la gran frase que se me había ocurrido; aunque mientras ella me tiraba del brazo para intentar escapar, me daba cuenta de lo ridícula que había sido.

- La verdad que no, y yo tengo que reconocer que para ser un niño de papá, no tuviste miedo de correr con toda tu ropita cara. ¿Y para qué? ¿Para recuperar una cartera con solo 100 euros? No creo que eso signifique nada para ti.

- Créeme que lo que menos me importan son los 100 euros. Te acabas de reír en mi cara robándome de la forma más rastrera que existe. Conmigo el rollito de malota de barrio no te va a funcionar.

- Pues para no funcionar, bien que me agarrabas el culo mientras te robaba la cartera -dijo mientras volvía a intentar escapar.

- ¿De verdad piensas que me interesaste algo? Madre mía, menuda flipada.

CAPÍTULO 2

Narra Carol

La verdad es que estaba impresionada. Era la primera vez que conseguían pararme después de robar algo, y la técnica que había usado era la mejor de las que tenía. Se había fijado en mí antes de entrar en el baño, y utilicé con él lo único útil que me enseñó mi madre, mi encanto femenino para lograr seducirlo.

A pesar de todo, esta vez me sentí mal. Este chico no iba a llamar a la policía, parecía que quería resolver las cosas entre nosotros, y eso me gustaba, me cae bien la gente que va de frente. Tenía solo 17 años, pero la vida ya me había enseñado que hay personas de las que no te puedes fiar ni un pelo.

No quería mostrarme débil, pero en ese momento se me vinieron a la cabeza muchas cosas de mi vida:

Soy hija de madre soltera, con una hermana pequeña, y en mi casa apenas daba para pagar la luz. Por si fuera poco, mi madre nunca tuvo un trabajo estable; estaba metida en temas de alcohol y drogas, lo que complicaba lo de pagar las facturas.

Ella acabó recurriendo a la prostitución, no es que la culpe, pero siempre me pareció mejor lo que hice yo. Siempre que podía robaba para ayudar en casa. No lo hacía por capricho ni mucho menos, era por necesidad, y solamente a gente sin problemas financieros. Era como una especie de Robin Hood. Solo que el dinero me lo quedaba para mí.

Quizás lo peor de todo y lo que más afectó a nuestra relación, es que me intentó meter en el negocio muchas veces desde que cumplí los 15 años. Sin embargo, a pesar de que era una solución para vivir más dignamente, siempre me negué. No quería recurrir a vender mi cuerpo como llevaba haciendo ella toda la vida.

Pensando en todo esto, no pude contenerme, no solía llorar delante de nadie, no me gustaba mostrar mis debilidades, pero esta vez no pude evitarlo. No fue un gran llanto, pero me cayó alguna lágrima, y el chico por fin me soltó el brazo. Podía estar tranquilo, en aquel momento estaba demasiado triste como para intentar escapar. Me quedé allí, me senté en el banco más próximo y seguí desahogándome.

Estuve como dos o tres minutos llorando sin parar, como si estuviese sola en el mundo. Pensé que ya se habría ido, no había dicho nada, y la verdad, no estaba como para pensar en si seguía a mi lado o no. Sin embargo, hubo un momento en el que noté su presencia.

Como remedio de santo, puso su mano sobre de mi cabeza, y sin decir nada, me acarició. Eran ese tipo de caricias, las que escondían

un "*todo va a salir bien*", y, aunque parezca poco, fue algo que me calmó. Fui dejando de llorar, y cuando por fin estuve totalmente bien, le aparté la mano. Sentir compasión por su parte era lo último que quería. No iba a andar dándole pena a un niño pijo.

Fui increíblemente borde; de verdad que necesitaba estar sola, pero nada, no se iba, y aún por encima seguía preguntándome cómo estaba. ¡Mal! ¿No lo ves? Ojalá me dejase en paz de una vez. No necesitaba que nadie me consolase.

Al final, como no paraba de preguntarme, le contesté:

- Estoy bien -le dije volviendo a llorar. Sin duda no lo estaba-. ¿Por qué me ayudas? Acabo de intentar robarte y tú aquí tratando de ayudarme. ¿Por qué no te vas? -Conseguí balbucear mientras no dejaban de caérseme las lágrimas.

- No creo que seas una simple ladrona, mi madre siempre dice que no hay que quedarse con la primera impresión de la gente. Nadie hace cosas porque sí, y estoy seguro de que hay un gran motivo para que estés haciendo esto. Puedes confiar en mí y decirme para qué necesitas la pasta.

- Pues estás muy equivocado, robo porque me gusta, y si no te vas, voy a volver a hacerlo -mentí descaradamente.

- Mientes, lo sé. Podrías haber escapado, haberte ido. Lo estás pasando mal. ¿Por qué no me cuentas qué te pasa?

- Es complicado.

- ¿Entonces reconoces que sí que te pasa algo? -Dijo desquiciándome por completo. ¡Mierda! Al final estaba consiguiendo lo que quería.

- Sí, algo me pasa, pero son cosas mías.

- ¿No me lo vas a contar? Igual puedo ayudarte.

- Ese es vuestro problema -dije de forma algo egoísta-, los niños de papá siempre pensáis que la vida es de color de rosa y que todo se soluciona hablándolo o con pensamiento positivo; pero la realidad es otra, y para el resto, la vida es una puta mierda.

- Mi vida tampoco es maravillosa.

- Claro, ¿no te compraron el Ferrari que querías? Joder, si es que no sé para qué hablo contigo -en cuanto dije esto, me levanté. Quería irme y estar sola. No iba a aguantar lecciones morales de ese chico, ya bastante había sido que me viese llorar. Sin embargo, él no estaba dispuesto a dejarme ir, y sin dudarlo, me agarró, haciendo que me volviese a sentar en el banco. No tenía más remedio que escucharlo:

- Mira, te estoy intentando ayudar. Y si te digo que mi vida no es una maravilla, es que no lo es. Llevo desde niño aguantando palizas, viendo como a mi madre le pegaban, y eso no es precisamente el ejemplo de una gran vida.

- Que tu vida sea mala no quita que mi vida sea una mierda -dije para que me dejase por fin en paz.

- ¡Mi vida es una puta mierda! Ni con dinero, ni con Ferraris ni mierdas. ¿Qué importa eso? -Me dijo ya muy enfadado- ¿De verdad piensas que eso soluciona algo?

No le contesté. En realidad lo entendía. De niña había visto a mi padre pegar a mi madre; era muy pequeña, pero sabía perfectamente lo que estaba pasando. Por suerte, cuando yo tenía siete años, nos abandonó. A mí, a mi madre y a un pequeño feto que pronto se convertiría en mi hermana. Había tenido la poca vergüenza de dejar a una mujer como mi madre, que siempre había tenido problemas con las drogas, con dos niñas a su cargo.

Para probablemente limpiar su conciencia, nos dejó 20.000 euros que debían cubrir todos nuestros gastos. Seguramente así se sentiría mejor, pero la realidad es que ese dinero nunca llegó a nosotras. Mi madre, que entró en una gran depresión después del abandono, lo aprovechó para recaer en sus adicciones a las drogas y el alcohol. Sin duda un ejemplo de buena madre.

Al final, el gran problema es que eso no fue una etapa de su vida, sino que nunca volvió a dejar sus adicciones; y aunque ella no terminase de ser consciente, era algo que le estaba afectando mucho más de lo que creía.

El dinero se le acabó pronto, y por no cambiar su ritmo de vida, no tardó en empezar a vender su cuerpo. Sí, tener un familiar que se prostituye es mucho más duro de lo que os podéis imaginar. Vi a personas con mi madre de las que tenía dudas incluso de si éramos de la misma especie. Unos hombres asquerosos, que no sentían nada por nadie, y mi madre se estaba acostando con ellos. Es la peor experiencia que puede tener una hija.

Pero el drama no se quedaba ahí, y en los días en los que rozaba la sobredosis, mi madre incluso había traído señores que ofrecían una grandísima cantidad por hacerlo conmigo. ¿Y por qué? Porque así ella se llevaría un buen dinero para poder seguir metiéndose cocaína. Lamentable, la madre del año.

Y bueno, así es mi vida. Bueno, más bien, así era mi vida.

Esta semana me cansé. Me harté de que mi hermana tuviese que escuchar gemidos e insultos en casa, que tuviese que vivir en lo que era prácticamente una casa de drogatas. No estaba dispuesta a que su adolescencia fuese como la mía, y decidí que era el momento de alejarnos de allí.

Reunimos todo el dinero que teníamos, y aprovechando el primer autobús que vimos, nos despedimos, con suerte para siempre, del barrio de Lavapiés. Es cierto que no todo allí había sido malo, pero ni los mejores momentos compensaban el infierno en el que vivíamos. Vigo no era una ciudad perfecta, pero estábamos lejos de mi madre y ahora era nuestro nuevo hogar.

Al final era la única solución, yo ya soy mayorcita, pero mi hermana solo tiene 10 años, y no podía dejar que pasase su adolescencia en ese lugar, más sabiendo en lo que la podría convertir mi madre.

Evidentemente esto no se lo conté al chico que me estaba ayudando, pero sí que sentí que debía disculparme por todo lo que le había dicho.

- Lo siento. No sabía que tú también tenías problemas. Es que lo estoy pasando mal, y al final… -tuve que parar de hablar. Si seguía estaba segura de que me iba a derrumbar.

- ¿Qué pasa? Puedes contar conmigo -me dijo para que confiase en él.

- Vamos a dejarlo en que acabo de llegar a Vigo para salvar la vida de alguien que me importa -conté de la manera más simple posible.

- ¿Estás metida en algún tema chungo? -Preguntó preocupado. Era como si pensase que podría ser una especie de capo de la droga.

- No, para nada. Solo que tenía que sacar a mi hermana de Lavapiés. La situación con mi madre era insostenible, y ahora aquí no tengo forma de sacarla adelante.

- ¿Qué le pasaba a tu madre? ¿Os trataba mal? -Me preguntó.

- Vamos a dejarlo en que era necesario que saliésemos de ahí -dije para evitar seguir con el tema.

Él no me volvió a decir nada, y después de cinco minutos en los que estuvimos sentados en silencio, hubo un momento en el que me miró, metió la mano en la cartera que yo ya le había devuelto, y me dijo:

- Toma, los 100€ son para ti -dijo dándome dos billetes de 50-. Al final, yo no los necesito tanto como tú. Puedo decir que me los robaron, en mi casa nadie los va a echar en falta. Tú los necesitas de verdad. Cógelos.

- De verdad que no puedo aceptarlos -dije sin afán de hacerme la valiente ni nada, ahora que lo conocía bien, me daba rabia quedarme con su dinero.

- ¿Antes querías robarme y ahora no quieres ni que te los regale?

- Las cosas han cambiado -dije mirando al suelo.

- ¿Qué pasa? ¿Es que ahora sientes pena por un niño pijo? -Dijo entre risas.

- Claro que no gilipollas -respondí de forma instantánea sin darme ni cuenta del insulto-. Es que me estás ayudando, no lo veo bien.

- Pues déjame seguir ayudando. Quédatelo anda -me dijo con su mejor intención.

- ¿Estás seguro? -Insistí mientras ya cogía el dinero.

- Claro, pero solo si haces una cosa a cambio.

- Me das miedo -dije temiéndome lo peor. Por si acaso, ya estaba preparada para escapar corriendo.

- Tranquila que no es nada raro. Solo quiero que me digas tu

nombre. Digamos que cuando te lo pregunté antes parecía que tenías prisa.

- Ay claro -dije muy avergonzada-, me llamo Carolina, pero puedes llamarme Carol.

- Mira, ahora no has salido corriendo. Es un buen avance -dijo mientras se reía. Y añadió-, yo soy Manu.

CAPÍTULO 3

Narra Manu

Realmente espero que no lo notara, pero ese rollo de chica mala mezclado con su lado tierno me ponía y mucho. Me encantaba todo lo que estaba descubriendo de ella, y además, su lado misterioso me intrigaba demasiado. En el fondo se veía que era una chica que había sufrido mucho.

Quería ayudarla, pero no se me ocurrió qué más podría hacer, y como la pobre no tenía ni un teléfono para poder llamarla, me tuve que conformar con disfrutar la última hora juntos. Como deseo de despedida, le pedí que me llevara con Alexia, su hermana, había venido hasta aquí solo por ella, y ahora sentía la necesidad de conocerla.

Tras mucho insistir, dijo que me llevaría, y aunque no me esperaba que viviesen en un lugar precioso, tampoco me imaginaba el lugar tan aterrador hacia el que me dirigía. Tuvimos que atravesar una fábrica abandonada, y después, nos metimos debajo de una especie de casa a medio demoler que parecía que podía derrumbarse acantilado abajo en cualquier momento. Escalamos un muro de piedras que se movían cada vez que las pisábamos, y luego, aún tuvimos que caminar por una explanada que estaba llena de trozos de cristales rotos. Y todo esto para llegar a lo que debía de ser una sala de herramientas de la antigua fábrica, que, casualmente, también era el lugar donde dormían.

Era desolador, las condiciones de ese lugar eran lamentables, y no solo eso, se me estremecía el corazón solo de pensar en el camino que debía recorrer una cría de solo 10 años para llegar hasta allí; y todo ello, para poder dormir en un colchón viejo, probablemente recuperado de algún contenedor, y dentro de una cabaña de madera podrida que podía caer a la menor ráfaga de viento. No me quería ni imaginar lo que era vivir con su madre para que prefiriesen vivir en estas condiciones.

Nunca fui mucho de llorar, pero en ese momento no pude evitarlo, y antes de entrar en la que era su casa, eché una lagrimita. La situación me superaba. No podía entender que gente tan buena pagara las consecuencias de vivir en esta mierda de sociedad.

No quería que Carolina se enterara, pero tampoco disimulé muy bien, y acabó consolándome con una palmada en la espalda. No solo por mí, sino para que su hermana no me viese llorar al entrar. Al mismo tiempo, intentaba convencerme de que allí tampoco se estaba tan mal.

Al entrar, una niña también muy guapa estaba sentada en la cama, jugando con lo que debía de ser una Barbie de hacía más de 20 años.

Cuando me vio entrar, se quedó extrañada un buen tiempo, me examinó de arriba abajo, y cuando por fin terminó de mirarme, salió corriendo hacia Carol.

- ¡Carol! Me dijiste que no ibas a hacer lo mismo que mamá porque te daba asco. ¿Por qué cambiaste de opinión? Yo no quiero que hagas eso. No nos fuimos para eso.

En ese momento lo entendí todo. No había mucha dificultad. Su madre debía ganarse la vida prostituyéndose, y lo peor de todo, que hasta la niña era consciente de ello. No me lo podía creer. Fue el momento más incómodo de mi vida. Alexia pensaba que yo era un degenerado de esos que pagaba por tener sexo con una mujer, como si se tratase de un juguete, y delante de mí, intentaba convencer a Carolina de que no lo hiciese. La situación me sobrepasaba desde hacía rato.

Carol me miró, como diciéndome que por eso no me había querido contar nada de lo que pasaba realmente con su madre; y yo, que me había quedado pálido, la entendí con la mirada. No eran situaciones como para andar contando a la ligera.

Mientras pensaba en todo lo que habían tenido que soportar, vi como Carol abrazaba a su hermana, y sonriendo le decía:

- No te preocupes Alexia, es solo un amigo que quería conocerte. Gracias a él vamos a poder comer esta semana. Es un buen chico, no nos va a hacer nada.

Cuando Carolina dijo esto, a Alexia le cambiaron los ojos. Antes me miraba con asco, y ahora, empezaba a mirarme como si fuese la mezcla perfecta entre Superman y Spiderman. Era un gran avance.

La niña corrió hacia mí a darme el que creo que fue el mejor abrazo de mi vida. Ella estaba feliz porque podría comer, y yo creo que lo estaba todavía más, porque por primera vez en mi vida sentía que podía ayudar realmente a otras personas.

Al fin y al cabo, mi madre tenía razón, y una persona no es lo que tiene, sino lo que da. Ella siempre lo aplicó, y era algo que mi padre no soportaba. Ese fue uno de los motivos para que empezasen los problemas en casa. Después de eso, las palizas fueron una constante, y tras mucho aguantar, mi madre se armó de valor, se separaron, e interpuso una demanda por malos tratos. Sin embargo, y a pesar de que todas las pruebas demostraban lo ocurrido, perdió la demanda. Los contactos de mi padre hacían imposible que pisara la cárcel.

Gracias a eso, él seguía siendo el propietario de casi todos los chalets con salida a la playa en mi ciudad, y como no, de la mayor flota de barcos en España. Y todo mientras que a ella no le quedaba más remedio que irse a un piso de apenas 30 metros cuadrados en la

peor zona de la ciudad, obligándola a trabajar casi todo el día en un restaurante cutre, siendo a veces camarera, y otras, cocinera.

Quizás gracias a eso siempre me involucré más en ayudar a la gente con menos recursos, y mientras Alexia me estrujaba entre sus brazos, se me ocurrió una magnífica idea.

Le pedí a Carolina que cogiese a su hermana y que viniesen conmigo. Tenía una sorpresa que les iba a encantar. Alexia iba muy emocionada, aunque no se podía ni acercar a imaginar lo que les tenía planeado.

Nos dirigíamos al puerto de Vigo, pero antes debía pasar por el centro comercial. Había arrojado mi sudadera nueva justo delante de la puerta del cine, y todavía había alguna posibilidad de que pudiese recuperarla.

Sin embargo, no la encontré por ningún lado, y no me quedó más remedio que marchar hacia el barco sin ella.

Una vez llegamos al puerto, les dije que también iban a subir al barco. Al principio no estaban muy convencidas, pero después de mucho insistir, conseguí que confiaran en mí. Carol iba a pagar el billete, pero pronto le expliqué que no hacía falta. ¿Cómo iba a pagar el viaje el hijo del dueño?

Se quedó alucinada al saber que prácticamente todos los barcos grandes que había ahí eran de mi padre, y en cuanto pude, les conté la forma en la que ellas iban a entrar también sin pagar el billete.

A partir de ese momento, serían mis primas, es decir, las hijas del segundo mayor accionista de la compañía náutica. Así, nadie se atrevería a impedirles el paso.

Y aunque Alexia estuvo a punto de cagarla varias veces, el plan fue todo un éxito, y conseguimos subir en el barco sin que las descubrieran. Carol aprovechó todo esto para decirme que era un "*niño pijo de mierda*" por todo lo que tenía mi padre, pero llegaba un momento en el que yo ya me lo tomaba a broma.

Lo habíamos conseguido, pero no todo iba a ser bueno. Cuando el barco ya estaba a punto de zarpar, llegaron Álex y Pedro. Me había olvidado completamente de ellos dos, y eran los candidatos perfectos a jodernos el plan.

Por suerte, no se molestaron ni en saludar, y solamente me mantuvieron la mirada durante un buen rato hasta que encontraron unos asientos libres bastante alejados de los nuestros.

Carol notó que me había puesto tenso cuando entraron, y aunque parecía que no era una persona muy cotilla, me preguntó qué me pasaba con esos chicos. Había dejado atrás su lado borde y ya se empezaba a preocupar por mí.

Le expliqué todo desde el principio. Nuestra relación desgastada, las quedadas de los sábados en el cine en las que yo pagaba todo, las

peleas en las que Álex se había metido y la gran cantidad de cosas que me contaban que Pedro iba largando a mis espaldas.

Pensé que al terminar de contárselo reaccionaría de una forma cariñosa, pero al revés de lo que me esperaba, su respuesta fue fría. No dijo nada, solo me dio otra palmadita en la espalda, que era una forma de demostrarme que estaba ahí para apoyarme, pero no era lo mismo que un abrazo.

A pesar de ese momento algo chocante, debo reconocer que fue el viaje en barco que más corto se me hizo en mucho tiempo, y al salir, como aún no llegaban a ser las 9 y en verano no terminaba de hacerse de noche hasta pasadas las 10, nos quedamos un rato en el parque para que Alexia jugase con otras niñas. Así, yo aprovechaba para explicarle mi plan a Carolina.

Mi idea se basaba en aprovechar al máximo todos los recursos disponibles. Mi tío José se había marchado seis meses a Colombia para desconectar de su vida aquí, pues al parecer el trabajo lo tenía muy estresado, y como se lo podía permitir, no lo dudó ni un momento. Por ello, había dejado su casa libre, y estando a tan solo 5 minutos de la mía, era el lugar perfecto para que se pudiesen quedar Carol y Alexia.

El plan era sencillo; las dejaría entrar hoy, esperando a que se hiciese de noche para que nadie nos viese, y aprovechando que mi padre no volvería de su reunión hasta pasadas las 12, les llevaría la máxima comida posible para que no tuviesen que salir de la casa y nadie se diese cuenta de que estaban allí.

Además no se aburrirían, la casa tenía jacuzzi, spa, sauna, televisiones, consolas y cualquier otra cosa que se pudiesen imaginar.

Para dejarlas quedarse, solo le pedí dos cosas a Carol. La primera, que intentaran tenerlo todo recogido por si mi tío llegaba antes de lo previsto; y la segunda y más importante, que nadie notara que estaban en la casa, porque sino quién sabe lo que podría hacerme mi padre. Carolina me prometió que iban a ser como fantasmas, y una vez terminaba esta frase, volvía a agradecerme la ayuda que les estaba dando.

Una vez hablado esto, no había tiempo que perder, y de lo ilusionada que estaba Carol por vivir bajo un techo digno, me gané otra palmada en la espalda. Ya notaba que el abrazo estaba más cerca.

Le dijimos a Alexia que nos íbamos, y menos mal, porque estaba empezando a refrescar y ya echaba de menos mi sudadera. Que mala había sido la decisión de quitármela.

Caminamos más o menos 15 minutos hasta la casa; y una vez llegamos, se quedaron impresionadas en la puerta, como si tuviesen miedo de entrar. Casi tuve que empujarlas, pues no se atrevían a meter tan siquiera un pie en el felpudo. Parecía que tenían miedo a ensuciarlo.

Les abrí la puerta y dejé que se aclimatasen, y mientras, fui a por algo de comida para que pudiesen aguantar unos cuantos días.

CAPÍTULO 4

Narra Carol

No me lo podía creer, Manu acababa de sacarnos de la calle para meternos en esa increíble casa. Estaba alucinando, no sabía muy bien cómo reaccionar. Me quedé parada nada mas entrar, y mientras mi hermana saltaba en el sofá, en la cama, corría por los pasillos y abría todas las puertas; yo no podía hacer nada más que pensar en la suerte que habíamos tenido.

Nunca nos habíamos imaginado vivir en una casa así, jamás habíamos tenido televisión; así que para nosotras era impensable tener una Play Station, una sala de cine, o mucho peor, el increíble Jacuzzi que había en el baño principal. Era la casa de nuestros sueños.

Como Manu había ido hasta su casa y no sabíamos cuánto tardaría, aprovechamos para darnos un baño. Lo normal sería ir a la ducha, pero estábamos en una casa idílica y debíamos aprovechar esa oportunidad. El Jacuzzi parecía llamar por nosotras.

Cogimos unas toallas que había en una habitación inmensa cercana al salón, y una vez dentro, solo disfrutamos. Llevábamos más de una semana sin lavarnos, y nuestro olor ya dejaba ver que no nos venía nada mal.

Nos pasamos más de media hora sumergidas, y como Manu ya me tardaba, salí por si había llegado sin hacer ruido, pero no lo encontré por ningún lado.

En ese momento, consciente de que no había nadie que me pudiese observar, me sentí libre por primera vez en mi vida. Mi madre no estaba allí para decirme nada, y con Alexia en la bañera, tenía la casa entera para mí. No había desconocidos observándome por las esquinas, nadie podía controlar lo que estaba haciendo. Eso era la libertad.

Me sequé, y al contrario que normalmente, decidí esperar para vestirme. Solía hacerlo rápido, pues tenía miedo de que algún degenerado estuviese espiándome por la ventana, pero ahora ya me sentía segura. La libertad había llegado a mí, y para demostrármelo a mí misma, paseé por la casa como Dios me trajo al mundo. Estaba en mi salsa.

Puse la radio a todo volumen, y con la escoba como micrófono, canté cada una de las canciones que fueron sonando.

Lo estaba disfrutando como nunca antes, pero cuando me quise dar cuenta, ya no era la única persona en ese salón. Al levantar la mirada, una señora estaba viéndome fijamente, perpleja. Debía tener unos 40 años, y al verme desnuda, dejó caer unas bolsas de plástico que

sostenía con sus manos.

Corrí a taparme con una manta del salón, y muy asustada, me daba cuenta de que los tíos de Manu habían vuelto antes de lo previsto. Nuestra felicidad nos había durado mucho menos de lo que imaginábamos, y ya estaba preparando una buena excusa para intentar que esa señora no nos denunciase por ocupar su casa. Sin embargo, en ese momento asomaba una cara muy conocida por la puerta principal.

- Carol, veo que ya conoces a mi madre -decía Manu, que parecía muy sorprendido de verme tapada solamente por una manta.

¡Vaya susto! Pensaba que se nos había acabado la buena suerte, pero gracias a Dios, esa señora no era más que la madre de Manu, y por fortuna, esa fue la única situación incómoda que viví con ella. Belén era una persona encantadora, y cuando Manu le contó nuestra situación, aceptó ayudarnos al instante.

Me disculpé con ellos por recibirlos desnuda, y después de vestirme, tuvimos una conversación en la que me pidieron por favor que no saliésemos de la casa en unos días, y que sobre todo, mantuviésemos las persianas y ventanas cerradas, porque según decían ellos, a la familia paterna no les iba a hacer demasiada gracia.

Al parecer, los padres de Manu se habían separado cuando él tenía 10 años, y no fue una separación sencilla ni mucho menos. Por todo lo que dijeron, Belén venía de una familia pobre, y estaba siempre muy preocupada por ayudar a los más desfavorecidos; mientras que Mario, el padre de Manu, solía estar siempre más preocupado por sus negocios y su bienestar personal.

Pude oír como hablaban de Mario como una persona egoísta, fría y calculadora. También que era, al contrario de lo que parecían Belén y su hijo, muy superficial, y que no le importaba el fondo de las personas si no pertenecían a su misma clase social. Por todo eso, estaban convencidos de que tanto Mario como su familia más cercana jamás aceptarían que recibiésemos su ayuda.

Después de todo lo que me habían contado, evidentemente no puse ninguna pega. ¿Cómo iba a hacerlo? Me habían dejado vivir en una casa que no era mía, aceptaría cada cosa que me pidieran.

Además, el tiempo que pude hablar con Belén me sirvió para conocerlos mucho mejor. Manu no era el adolescente con la vida idílica que había creído en un principio. Su padre le había hecho la vida imposible después de que él hubiese declarado en su contra en el juicio de malos tratos contra su madre. Por si fuese poco,finalmente salió impune, solamente teniendo que pagar una buena prima. Beneficios de la gente rica.

Él no solo vivió las palizas a su madre en primera persona, sino que en el último año se dedicó más bien a recibirlas. Por si fuera poco, a

Belén se le rechazó la custodia completa de Manu; y la cosa no se quedó ahí, pues Mario se esforzó en incapacitarla, y con la ayuda de un médico de su máxima confianza, hizo creer al juzgado que no estaba en plenas condiciones mentales, por lo que no solo fracasó la idea de contar con la custodia completa de su hijo, sino que también perdió la custodia compartida, y Mario pasó a ser el único que podía residir con Manu.

Sin embargo, Manu y su madre estaban muy unidos, y aunque su padre trató de impedirlo muchas veces, ellos seguían hablando a sus espaldas. Manu ya estaba contando los días para alcanzar la mayoría de edad y poder irse a vivir con su madre. Sin duda, su relación era mejor que la que tenía yo con mi madre, aunque tampoco era muy difícil.

En ese momento me estaba dando cuenta. Me había portado fatal con Manu. Él solo había intentado ayudarme; y en vez de agradecérselo, le había dicho que era imposible que él tuviese grandes problemas en su vida. Me sentía como una mierda; no sabía todo el drama que tenía detrás, pero sin duda, mis formas no habían sido las correctas.

La charla con ellos me estaba haciendo descubrir muchas cosas, y poco a poco, empezaba a empatizar con todo lo que habían tenido que soportar; pero a pesar de que todos estábamos ansiosos por seguir hablando, debían irse antes de que Mario echase en falta a Manu.

Para despedirme, les di el abrazo más sentido de mi vida, y una vez más, les agradecí todo lo que estaban haciendo. Era algo que no iba a olvidar nunca.

Una vez se despidieron, no supe exactamente qué era lo que se me estaba pasando por la cabeza; era una acumulación de sentimientos encontrados que no sabía entender muy bien. Estaba extremadamente feliz, diría que incluso eufórica, alegre, y sobre todo, agradecida; pero a la vez, también estaba muy preocupada. No sabía lo que podía hacer mi madre por encontrarnos. Desconocía si le importábamos tanto como para ir a la policía, o si, por el contrario, ya se habría olvidado de nosotras.

Lo que tenía claro es que no iba a dejar que esa preocupación me amargase la vida, nunca más lo haría, si mi madre era una causa perdida, teníamos que alejarnos para no convertirnos en lo mismo. Era sencillo, pero al final, a una madre se le coge cariño, y pase lo que pase, es difícil olvidarla de la noche a la mañana.

Siempre me preocupé por si el sentimiento maternal de Alexia era más fuerte que el mío, pero a la hora de la verdad, ella parecía no preocuparse tanto como yo. Al fin y al cabo, era algo entendible. Yo todavía guardaba algunos buenos recuerdos de cuando era pequeña, pero con Alexia nunca había sido así. A mi hermana prácticamente la

crié sola, y cada vez que mi madre se metía de por medio, era para joderla. Visto así, era normal que me preocupase mucho más que ella.

Estaba algo decaída, pero cuando Alexia se me acercó, ya no quise pensar más. Me contagié de su alegría y la seguí para saltar en el sofá, en la cama, hacer nuestra primera guerra de almohadas,… Nunca lo habíamos pasado tan bien.

El día siguiente me levanté temprano y preparé el desayuno. Manu apareció pronto para acompañarme, y aprovechamos para hablar un buen rato sobre nuestras vidas, nuestras aficiones y nuestros gustos. Estaba dejando atrás mi lado borde con él, ya se lo merecía, había hecho mucho por nosotras.

Me habló mucho sobre cine, pues decía que solía ir todas las semanas a ver una película nueva, pero como yo nunca había ido, decidimos cambiar de tema. Hablamos un buen rato de deporte. En eso tampoco coincidíamos. Él era un gran aficionado de las motos y del atletismo, mientras que yo prefería los coches y el fútbol. Al fin y al cabo, nunca había tenido la oportunidad de aficionarme a otro deporte; sin tele en casa, lo único que veía era lo que ponían los bares.

Manu me sorprendió cuando me dijo que también le gustaban los coches, aunque conforme fuimos hablando, me di cuenta de que solo lo había hecho para sacarme conversación. Ese chico no tenía ni idea, no distinguía a Alonso de Schumacher; pero me gustaba que fingiese saber del tema para darme conversación. Era un buen amigo.

Después de eso, hablamos tanto tiempo y de cosas tan variadas que parecía que fuésemos amigos de toda la vida. Me gustaba sentir algo así.

El problema es que igual ese sentimiento no era mutuo, y quizás él no quería ser solo mi amigo. Cuando acabamos la conversación, tuvimos unos 10 segundos muy incómodos. Intenté distraerme mirando para el techo, las paredes, los cuadros,… Pero mientras, él me miraba callado, observaba mis labios, mi boca, mis ojos, y durante esos 10 segundos, no decía nada. Se notaba que quería tener algo conmigo, pero por suerte, no se atrevió a dar el primer paso.

La verdad es que le estaría eternamente agradecida por todo lo que había hecho, pero eso no quería decir nada, no significaba que me gustase. Y aunque era guapo, porque Manu era guapo, tampoco terminaba de ser mi tipo. Podríamos ser muy buenos amigos, pero nada más.

El ambiente estaba algo tenso, y por suerte para mí, por fin apareció Alexia. Se acababa de levantar, y no podría haber elegido un mejor momento. Sonreímos los dos al verla aparecer. Manu con una sonrisa forzada, como consciente de que había perdido la oportunidad de decirme lo que sentía, y yo, con una sonrisa que no podía ser más sincera. No solamente por haber evitado un momento incómodo con

Manu, sino sobre todo, por lo feliz que estaba Alexia.

Mientras desayunaba, mi hermana se empeñó en poner la tele, y con eso, la situación volvió a hacerse bastante incómoda.

Joder, mira que había películas en el mundo, y justo en ese momento, a la Televisión Española no se le ocurrió nada mejor que poner *Titanic*. Una película de amor justo cuando Manu parecía empezar a sentir algo por mí, la cosa no podía ir a peor.

Y me equivocaba, porque además, la película estaba en la puta escena: el primer beso de la pareja. Como nosotros, dos clases sociales diferentes; pero una fuerza los unía a pesar de todo, el amor. La diferencia era que, entre nosotros, eso estaba muy lejos de ocurrir.

Con el beso de los dos protagonistas, Manu me miró como nunca me había mirado nadie. No era una mirada perversa, como la de aquellos malnacidos que traía mi madre a casa, él era distinto. No le gustaba solo por cómo era por fuera, que daba por hecho que también; sino que le gustaba por dentro, y eso se notaba. Pero el problema es que yo no sentía lo mismo, y no sabía como decírselo.

En el peor momento, Alexia terminó de desayunar, y en lugar de quedarse a ver la película, dijo que se iba a la habitación a seguir probando la Play Station.

Y allí nos dejó a los dos, solos. Volvió a mirarme, y yo, aunque en el fondo quería resistirme, sentí que debía hacer algo por él. Era inevitable, había hecho mucho por mí, y ahora debía pasar algo entre nosotros.

Y pasó. Porque hay situaciones en las que no te puedes resistir. Me miraba con esa carita, como diciéndome que nunca había roto un plato en su vida, y ante eso no podía decir que no. Quizás hubiese querido, pero era incapaz de rechazarlo.

Nos besamos durante un buen rato, y contra todo pronóstico, debo decir que no estuvo tan mal. No me lo esperaba, pero el beso me gustó. Tenía claro que no era amor, ni tan siquiera había empezado a sentir algo por él, pero lo evidente era que me iba a ser muy difícil rechazarlo. Me daba un poco de pena, y teniendo en cuenta que vivíamos bajo un techo gracias a él, quizás no era buena idea decirle que no.

CAPÍTULO 5

Narra Manu

¡No me lo podía creer! ¡Acababa de pasar! ¡Le acababa de dar un beso a la chica más guapa que había conocido! Bueno, tampoco hay que ser modestos, no fue un beso, fue un morreo en toda regla. ¡Que locura de boca, que locura de labios, que locura de lengua! ¡Había sido espectacular! Era como si el mundo se hubiese detenido un instante y solo estuviésemos nosotros, como si todo girase a nuestro alrededor.

Tampoco fue el beso más largo de la historia, pero sí creo que puede estar entre los más intensos. Al separarnos, yo solo podía pensar en una cosa: "*Puto Titanic, como la había liado*". Si no hubiese sido por la película, nunca me habría lanzado. Y en cuanto lo pensé, me reí a carcajadas; era un momento feliz y quería compartirlo con Carol. Y no lo pudimos evitar, la besé otra vez, y otra, y una vez más. Ella parecía que me hacía la cobra en alguno de mis intentos, pero al final, siempre acababa cediendo. Se estaba haciendo la dura conmigo.

Estaríamos así para siempre; pero esos momentos, aunque parezca mentira, se tienen que acabar. Mi padre ya estaría preguntándose dónde estaba, y no quería volver a tener problemas con él. Así que me despedí y marché rápidamente para casa.

- ¿De dónde coño vienes? -Me preguntó muy enfadado en la puerta de casa.

- De dar una vuelta -mentí tratando de proteger a Carol.

Casi no me dio tiempo a terminar la frase y ya me había dado una bofetada. Me había dolido mucho. Pero al menos parecía que se iba. Sin embargo, antes de cruzar la esquina se giró, y señalándome con el dedo, me amenazó:

- Como me entere de que te estás viendo con tu madre, lo de ayer te va a parecer una caricia.

No voy a mentir; estaba cagado de miedo. Mi padre era un loco capaz de todo, y podía hacerme cualquier cosa si se enteraba de que seguía teniendo contacto con mi madre.

Lo de ayer había sido terrorífico. Me había revisado la cartera al llegar, y como no le convencía la explicación de que me habían robado, me había dado una buena paliza. Golpes en las costillas, en el estómago y alguna que otra patada; aunque siempre con mucho cuidado de no dejar marca.

Me moría de ganas por poder enfrentarme a él y devolverle cada uno de sus golpes, pero no podía, era demasiado fuerte, y en cambio, mis brazos no tenían más que un ridículo intento de músculo.

El siguiente mes fue duro. Julio solía ser un mes de salir mucho de fiesta y de ir a la playa; pero en cambio, yo no tenía tiempo para eso. Seguía manteniendo la casa de mis tíos como escondite perfecto para Carol y Alexia, y siempre que mi padre no estaba en casa, me escapaba a verlas. Mi madre también venía muchas veces por allí; al fin y al cabo, era el único lugar en el que nos podíamos ver sin miedo a que mi padre nos descubriese. Debíamos aprovecharlo.

Mientras tanto, mi relación con Carol avanzaba muy lentamente. Nuestros besos se habían quedado muy atrás, como si ella se arrepintiese de todo lo que había pasado entre nosotros.

Aquel día, Carolina estaba triste. Siempre había sabido que su madre no se preocupaba lo que debería por ellas, pero después de un mes, no había noticia alguna de que las estuviese buscando; es como si le diese igual que se hubieran ido.

Traté de consolarla, y quizás por estar en un momento de debilidad, intentó besarme. Esta vez fui yo el que la esquivó. Estaba en un mal momento, y no iba a tener nada con ella pensando que se podría arrepentir luego.

Carol seguía insistiendo, me repetía que la había ayudado mucho, que estaba intentando quererme; y una y otra vez intentaba abalanzarse sobre mis labios. La seguí esquivando, pero hubo un momento en el que ya no pude más.

Al final, yo cada vez estaba más loco por ella, y esa situación no me hacía ningún bien. Había sido capaz de rechazarla un par de veces, pero ante tanta insistencia, me di cuenta de que Carol realmente quería besarme.

Por eso el siguiente beso no lo esquivé, y al contrario que la última vez, esta vez sí que nos dimos un beso largo. Estaba siendo un beso de los de verdad.

La cosa no quedó ahí, y después de muchos besos, cada uno más apasionado que el anterior, era Carol la que daba el primer paso para hacer algo más.

No pude ni quise pararla, y mientras la iba desnudando, me iba dando cuenta de que iba a tener la mejor experiencia de mi vida.

Observaba en sus ojos una pasión violenta, y mientras mis manos alternaban entre unos pechos perfectos y un cuello suave y esbelto, me deslizaba una y otra vez dentro de un cuerpo que parecía diseñado por los dioses. Carol era fantástica.

Ese día me tuve que ir pronto a casa, pero antes, decidí comprarle un regalo con la paga que tenía acumulada: un teléfono móvil. Así podríamos hablar cuando no estuviésemos juntos, y gracias a eso, las siguientes noches nuestro chat de WhatsApp echaba humo; yo ya sentía que éramos como dos enamorados que estaban cada uno en una punta del Atlántico.

Sin embargo, en persona la cosa no fue a más, y al igual que la primera vez, Carol no quiso hablar del tema. Era como si nunca hubiese pasado nada entre nosotros, pero yo sabía que esta vez había algo más.

Pasadas unas semanas, decidí armarme de valentía y hablar con ella; esperé a que Alexia se fuese a dormir y tuve una de las conversaciones más difíciles de mi vida:

- Carol, tenemos que hablar de lo que pasó -dije iniciando la conversación.

- ¿Es necesario Manu? No sé si quiero hablarlo -dijo muy cortante.

- Claro que es necesario. Pasó algo entre nosotros y necesito saber qué tenemos o qué podemos tener -volví a insistir.

- No lo sé Manu, es difícil.

- No hay nada difícil Carolina, solo es lo que tú sientes.

- ¡Ese es el gran problema! No sé lo que siento. Me encantaría estar contigo, pero no sé si estoy lista para eso. No sé si puedo querer a alguien, si puedo llegar a enamorarme. ¿Y si no estoy hecha para eso? -Dijo muy alterada.

- Nadie está listo para el amor Carol, pero siempre acaba llegando. Créeme que quiero intentarlo contigo.

- A mí también me encantaría tener algo contigo, pero siento que no estaría siendo sincera con lo que siento, y tengo miedo a acabar haciéndote daño, no quiero hacerte pasar por eso.

- Tienes derecho a equivocarte, somos jóvenes. Lo preocupante sería no intentarlo -insistí.

- No lo sé Manu. No estoy segura de que pueda salir bien.

- Es que eso no lo puede saber nadie, pero creo que sería un error no intentarlo -volví a decir.

- Manu, me siento muy agradecida por todo lo que has hecho por nosotras, pero no sé si es lo que siento.

- Carol, vamos a intentarlo, si después no sentimos nada, siempre podemos volver a ser amigos. Pero en la vida hay que ser valientes.

- Está bien. ¡Vamos a intentarlo! -Exclamó.

Ella parecía estar contenta, pero yo lo estaba mucho más. Lo había conseguido, por fin podía decir que estaba saliendo con Carolina.

No quise esperar más, y aprovechando ese momento de felicidad, la volví a besar. Ella volvía a hacerse la dura esquivándome un par de veces, pero pronto los besos volvieron a ser maravillosos. Sin duda le gustaba y después de otra increíble aventura en la cama, se me ocurrió una idea maravillosa para celebrar lo nuestro. Un amigo daba una fiesta, y tenía muchas ganas de que todos conociesen a mi chica.

No me costó nada convencerla para ir; después de más de un mes encerrada, estaba deseando salir. Llegamos allí algo tarde, pues Carol tardó en prepararse, pero una vez la presenté, me limité a presumir de

mi nueva novia. No era para menos, llevaba puesto un vestido blanco que le sentaba espectacular. Era de cuando mi tía era joven, pero tal y como le quedaba a Carolina, debería estar prohibido que se lo pusiese nadie más. Cualquier persona saldría mal parada en la comparación. Estaba espectacular.

No fui el único que se fijó en lo bien que iba, creo que más de la mitad de la gente estaba mirando para mi chica, y eso, aunque me hacía sentir celoso, me alegraba. De todos ellos, era el único que podía besar sus labios. Y lo hice, una y otra vez, delante de todo el mundo, para que si alguien tenía alguna duda, quedase bien claro. Era mi novia.

Estaba tan feliz que bebí como nunca, y a partir de las 2 de la madrugada, solo recuerdo a Carol acompañándome hasta casa por la gran borrachera que llevaba. Me sentía avergonzado; era nuestro primer día como pareja y ya la estaba cagando; la cosa no podía empezar peor. Además, al levantarme de mi cama el día siguiente estaba completamente destrozado.

CAPÍTULO 6

Narra Carol

Me sentía como una auténtica mierda, no solo por la resaca que llevaba encima, sino porque esa noche me había dado cuenta de que no estaba siendo justa con Manu. Lo había hecho creer que vivíamos en una relación idílica. Parecíamos una pareja maravillosa, nos besábamos, nos decíamos cosas bonitas, nos tratábamos bien,… Pero para mí todavía no era suficiente. Lo había intentado de todas las formas posibles, pero aún esforzándome, no era capaz de sentir nada.

Él estaba muy contento, pero en cuanto a mí, la realidad era muy distinta. Ya dije que no sentía nada por Manu, pero tampoco era capaz de rechazarlo. Era algo que tenía, probablemente por cómo era él, que me hacía imposible decirle que no.

A pesar de haberlo intentado todo para quererlo, desde que tuve móvil no me corté ni un poco. Poco tardé en empezar a hablar con otros chicos. Era normal, nunca había tenido teléfono y tenía que vivir muchas experiencias que la mayoría de chicas habían tenido hacía tiempo. Iba con varios años de retraso.

Tengo que decir que no fui precisamente una santa con los chicos con los que hablé; pues las noches eran muy largas, y para matar el aburrimiento, con muchos llegué a tener conversaciones muy picantes, subiditas de tono, pero realmente no pasó nada grave hasta la noche de ayer.

Manu estaba muy contento por estar por primera vez juntos fuera de la casa de sus tíos, y me besaba una y otra vez delante de todos, sin escondernos. Lo estábamos pasando bien.

Sin embargo, los dos bebimos mucho, y a Manu, que me dijo que llevaba mucho tiempo sin beber, el alcohol le sentó muy mal. Tuve que acompañarlo a casa para asegurarme de que no le pasara nada de camino, y una vez lo dejé allí, tomé una decisión que a la larga iba a ser muy importante. En vez de irme también a dormir, decidí volver a la fiesta.

Por primera vez me sentía cómoda en un lugar con tanta gente, echaba de menos interactuar con otras personas, y aunque el tiempo con Manu no había estado mal, sentía que al estar con él era muy difícil conocer gente nueva.

Estando sola, los chicos venían a hablarme, algunos eran simpáticos conmigo, pero otros parecían muy desesperados. De entre todos ellos, yo solo tenía ojos para uno. Era moreno, guapo, macizo, pelo corto, algún tatuaje, lo tenía todo. Era como si ya lo hubiese visto antes.

Cuando se me acercó lo reconocí. Sí, ese era el chico con el que

tantas noches había hablado por Instagram. El mismo con el que había tenido conversaciones subidas de todo mientras contestaba a los mensajes de Manu.

Una vez empezamos a hablar, me di cuenta de que me iba a ser muy difícil resistirme a él. Y no lo hice. La pasión era insostenible, mucho mayor que con Manu. Nos besamos como nunca había besado a nadie, y después de unos minutos que fueron puro fuego, me llevó detrás de un coche, en una calle en la que supuestamente no pasaba nadie.

La cosa, como se podía esperar, se calentó, y en ese momento tuve el mejor sexo de mi vida. Manu siempre era muy cariñoso conmigo y me trataba muy bien, pero Álex me estaba descubriendo una nueva forma de llegar al orgasmo, era fantástico. Y de no haber sido por dos salidos que nos estaban grabando, podría haber sido perfectamente la mejor noche de mi vida. Todo había sido mágico.

Caminé hasta casa con la mítica sonrisa de tonta. No sabía por qué, pero me daba la risa cada vez que pensaba en ese chico. No sé si eran sus brazos, sus tatuajes o qué tenía, pero había algo en él que despertaba mi lado más salvaje.

Estuve un buen rato pensando en escribirle para que viniese a pasar la noche conmigo, pero después de valorarlo bien, entendí que había cometido un gran error.

Ahora me sentía mal. Sabía que me estaba equivocando. Quizás el corazón me pedía decirle a ese chico que viniese a terminar lo que habíamos empezado, pero mi cabeza me hacía descubrir una dura realidad. Yo no estaba con Álex, sino con Manu, y si por lo que sea descubría mi infidelidad, no solamente podría dejarme, que aunque suene feo decirlo, es lo que menos me importaba, sino que podría echarnos a Alexia y a mí de la casa de sus tíos; y eso me preocupaba de verdad.

En ese momento me acordé de los chicos que nos habían grabado, nos habían pillado en plena faena, y como ese vídeo llegase a Manu, no sé qué podría hacer. Me consolaba de alguna manera que lo habían hecho suficientemente lejos como para que no se pudiese ver claramente mi cara, pero igualmente tenía miedo de que pudiese reconocerme la voz. Me había metido en un problemón.

CAPÍTULO 7

Narra Manu

La mañana siguiente me desperté dolorido, pero me dio absolutamente igual. ¡Menuda noche! Solo quería levantarme y volver a ver a Carol, aunque al abrir los ojos, a quien vi fue a otra persona:

- ¿Qué quieres papá? -Pregunté aún medio dormido.

- Hablar contigo -me dijo-. ¿Qué hiciste esta noche?

- Salí de fiesta con unos amigos, como solía hacer siempre.

- Ya claro, ¿y piensas que yo me chupo el dedo? -Dijo mientras yo ya temía lo que pudiese pensar-. He visto el Instagram de tus amigos. ¿Quién es esa chica?

Respiré aliviado, por un momento pensé que me iba a dar una paliza, pero solo quería hablar de chicas.

- No es nadie, es una amiga -mentí descaradamente.

- Si claro, pues yo quiero conocer a tu amiga. Tráela a comer hoy.

- Claro papá -dije sin pensarlo mucho.

En un primer momento no me pareció mala idea, pero una vez lo volví a pensar, ¡era una idea terrible! Todo podía salir mal. Menudo desastre, y ahora ya no podía decirle que no a mi padre.

Me fui a ver a Carol sin saber muy bien cómo se lo iba a tomar. Después de todo lo que le había contando sobre mi padre, lo normal era que no tuviese muchas ganas de conocerlo; pero si evitábamos el encuentro, mi padre movería hilos hasta saber al detalle toda su vida, y no queríamos que eso ocurriese.

Al contrario de lo que esperaba, Carol aceptó sin inconveniente alguno, diciendo que era lo mínimo que podía hacer por mí. Aún nos quedaban dos horas para la comida, así que teníamos tiempo para preparar lo que debíamos decir. Mi padre no debía sospechar nada de sus orígenes.

Lo primero que hice fue llamar a mi madre para pedirle que se quedara con Alexia; no la íbamos a dejar sola, y no tardó en llevarse a la niña a su piso, por lo que nosotros nos volvimos a quedar solos muy pronto. Pero esta vez no había tiempo para besos ni caricias, teníamos entre manos algo muy importante. Mi padre era una persona muy extraña, y como no le gustase una chica con la que yo estuviese, tenía muy claro que le haría la vida imposible.

Después de todo, a los dos nos convenía que Carol diese una buena imagen ante él, y por eso, no nos quedaba otra que inventarle una nueva vida.

Estuvimos un buen rato pensando a qué se podría dedicar Carolina, y después de descartar todas las opciones, a mí se me ocurrió una idea

genial. Había que aprovechar todo lo bueno que tenía, y si en algo destacaba, era en lo guapa que era. Ya estaba claro, sería una joven modelo que se acababa de mudar aquí porque su madre, una reconocida diseñadora, había firmado un contrato millonario con Zara. Era una muy buena idea, y mi padre, que odiaba el mundo de la moda, no iba a sospechar nada.

Continuamos decidiendo cómo nos habíamos conocido. Carol propuso la bolera. Me había escuchado varias veces hablar maravillas de ese lugar, y se le ocurrió que podríamos decir que ella estaba allí con sus amigas, yo con los míos, y que había surgido la chispa. La idea era brillante, así que ya nos quedaba una cosa menos por preparar.

Con eso listo, empezamos a mirar un poco hacia el futuro. Mi padre preguntaría seguro sobre qué tenía pensado para dentro de unos años, y había que estar preparado. Yo le propuse a Carol que dijese que quería ser banquera, diseñadora o periodista; pero ella lo descartó rápidamente, y dijo que quedaría mejor decir que soñaba con ser abogada. A mí me parecía fantástico, y después de prepararnos un par de cosas más, ya estábamos listos para comer con mi padre.

Teníamos todo preparadísimo, y un poco más tarde de las dos, Carol ya vestía un mono azul que le quedaba como si fuese una auténtica modelo. Estaba guapísima, y mientras se sentaba en la cabecera de la cama, me preguntaba si todo lo malo que le había contado de mi padre era cierto.

Asentí con la cabeza. No sabía muy bien qué decirle. Nos había hecho la vida imposible a mi madre y a mí durante mucho tiempo; y la verdad, prefería no saber qué le haría a Carol si descubría de dónde venía en realidad. Era una persona muy clasista, así que por su bien, más nos valía hacerlo todo a la perfección para que no sospechase absolutamente nada.

No tardamos en salir de casa, y con una cara de preocupación muy seria, Carolina se agarraba de mi brazo tratando de buscar un último apoyo antes del infierno que nos esperaba.

Llegamos algo más tarde de lo acordado, pero mi padre tardó todavía más en llegar. Era algo normal, probablemente negocios; pero una vez apareció, no perdió el tiempo. Saludó a Carol con dos besos, y una vez se sentó en la mesa, Carol recibió su interrogatorio particular. Durante más de media hora solo hablaron ellos dos, y mientras él preguntaba tratando de buscar un resquicio sobre el cual después criticarla, Carol recitaba a la perfección todo lo que habíamos preparado apenas unas horas antes. Mi padre insistía en preguntar, pero el plan estaba saliendo a la perfección, y no encontraba las costuras por las que desmontar nuestra relación. Por primera vez, parecía que apreciaba mi decisión, y como un padre orgulloso, me lo hizo saber:

- Mira Manu, no te voy a mentir, creo que Carolina es la persona ideal para ti. Es de buena familia, inteligente, habla perfectamente y parece que puede hacer grandes cosas en la vida. Es perfecta, si no fuese por una cosa.

La situación cambió de pronto, y mientras mi padre hacía una pausa dramática, a mí me daba tiempo a echar una mirada preocupada hacia Carol. Ya había llegado el momento, empezaban las críticas. Suspiré con resignación, y mientras, él parecía retomar la palabra:

- Es mentira.

- ¿Cómo? -Respondí muy alterado

Mi padre se limitó a sonreír, y sin decir ni una palabra, sacó su móvil del bolsillo. Tocó varias teclas, y sin volver a mediar palabra con nadie, lo giró hacia mí, enseñándome lo que era una historia del Instagram de Pedro.

La historia era de ayer, y aunque al principio parecía que solo se trataba de un vídeo de fiesta, todo cambió rápidamente. Pedro giraba la cámara, y con ello, se veía a dos chicos que parecían muy juntos justo detrás de un coche. Poco a poco, Pedro iba ampliando la imagen, y después de ver claramente que estaban haciendo el amor, me fijé en lo que era de verdad importante. ¡La chica era Carol!

El mundo se me había venido abajo totalmente. Quise pensar que no era cierto, que se le parecía pero que no era ella; pero esa opción la descarté muy pronto. Intenté buscar consuelo en su mirada, pero con resignación, me apartaba la vista. Estaba claro, lo había hecho. Y lo que más me jodía, no con un chico cualquiera. ¡El chico que se la estaba tirando era Álex! Sí, el que supuestamente era mi amigo. Mi mundo se estaba viniendo abajo.

En ese momento, mi padre volvió a tomar la palabra:

- Muy bien Carolina, y ahora de verdad. ¿Quién eres? Porque toda tu historia ha quedado muy bonita, pero, ¿qué quieres de nosotros?

- ¡Papá, déjalo! Esta es una cosa entre nosotros dos -dije para intentar mediar.

- ¿Entre vosotros? Anda, si tú eres un flojo. ¿Piensas que no te conozco? A la mínima la vas a perdonar. Créeme, te estoy haciendo un favor -me dijo-. Carolina, sé sincera. ¿qué coño quieres de esta familia? ¿Vienes a por nuestro dinero?

- Pues no -contestó rotundamente mientras yo era consciente de que toda mi vida se estaba yendo a la mierda.

- ¿Cómo que no? ¿Qué buscas entonces? -Insistió mi padre.

- Pues no, no vengo buscando dinero, y no voy a consentir que diga eso ni mucho menos. Creo que ya es el momento de que nos quitemos las caretas. ¿Quiere conocerme de verdad? Pues ahí va todo -dijo muy enfadada mientras intercambiaba una mirada conmigo-. Yo no soy modelo, ya me gustaría serlo. No hago nada, no estudio, no trabajo.

¿Pero sabe qué? Aún así preferiría morirme debajo de un puente que coger su sucio dinero. No he venido aquí a robarle. He venido por Manu. Ayer me equivoqué, pero es algo que tenemos que hablar nosotros -volvió a decir mientras me miraba-. Ya sé lo que está pensando, supongo que me ve como una especie de adúltera; pero voy a decirle más, igual todo esto me viene de familia, porque por si fuera poco lo que tengo, mi madre es puta. Así que nada, ya le doy motivos para que pueda criticarme tranquilo, que sé que lo va a disfrutar. Estoy seguro de que esta será la última conversación entre usted y yo.

Cuando terminó esta última frase, se levantó de la mesa; y al hacerlo, no le importó tirar el vaso que tenía justo al lado. Lo rompió contra el suelo; y mientras me miraba con cara de sentirlo mucho, se iba de casa, visiblemente enfadada.

En ese momento supe que me esperaba una buena paliza. Sabía que en cualquier momento mi padre me recriminaría juntarme con gente así, que me echaría en cara haber salido en su defensa en mitad de la discusión. Solo faltaba saber cuándo ocurriría.

Para aumentar la tensión, me miró fijamente durante más de 30 segundos, como compadeciéndose de los moratones que me iba a dejar; pero hizo algo que no me esperaba. Apartó la mirada, y actuando como si nada hubiese pasado, me pidió que le pasara el móvil.

¡Me había salvado de una paliza que podía ser brutal! No sabía cómo ni por qué, pero a mi padre no le apeteció pagarlas conmigo. Estaba feliz por ello, pero dentro de mí había algo que me destrozaba. ¿Por qué había hecho eso Carol? Me había desvivido por ella, y a la primera de cambio, me había traicionado cruelmente. No sabía si iba a ser capaz de perdonarla.

Comimos en un silencio sepulcral, pues hoy no estaban ni las señoras de la limpieza ni el cocinero, así que volvíamos a estar los dos solos.

Como agradecimiento por no haberme hecho nada, en cuanto terminé me levanté para recoger todos los cristales que Carol había roto; pero mi padre me paró:

- Para, tengo que hacer una cosa antes -me ordenó mientras tecleaba un número en su teléfono móvil.

No sabía qué iba a hacer, pero allí pasaba algo raro. Y por fin marcó el dichoso número.

- Policía...

Y sí, el hijo de puta de mi padre llamó a la policía, pero no para delatar a Carolina y decirle a su madre dónde estaba, no. Él todavía no sabía que se había escapado de casa. Llamó a la policía para denunciar un robo. Un robo que era completamente falso. Acusó a Carol de robarle un reloj de más de 50.000 euros que él sabía

perfectamente que no había cogido. Había estado todo el tiempo con nosotros y no había entrado en la sala donde guardábamos todos los objetos de valor.

Era imposible que hubiese sucedido, Carol no había sido, pero yo ya estaba viendo lo que pasaba. Mi padre iba a hacer todo lo posible por apartar a esa chica de mí, y le daba absolutamente igual poder arruinarle la vida. Una vez más, demostraba que era un cabrón.

- ¿Por qué coño has dicho que te ha robado? Sabes perfectamente que ella no ha hecho nada, estuvo todo el tiempo aquí con nosotros. ¿Por qué cojones haces esto? -Le dije muy enfadado. Tenía que defender a Carol. A pesar de todo lo que había pasado, sabía que ella lo hubiese hecho por mí.

- Sé perfectamente que no ha sido ella -dijo con mucha soberbia-. Ese reloj lo regalé hace más de un año, pero aún tengo los papeles, y es la única manera de sacarse de encima a esa estafadora, porque se ve que tú no vas a hacer nada por defender el honor de esta familia. Además, le estoy haciendo un favor a esa chiquilla, la gente así va a acabar en la cárcel, y cuanto antes lo haga, mejor para ella. No te lo tomes como algo personal, pero es mucha chica para ti.

- ¡Eres un puto sinvergüenza! -Grité sabiendo que me iba a arrepentir inmediatamente.

En ese mismo instante, mi padre me cogió del cuello, estaba más enfadado que nunca, y con un golpe como nunca antes me había dado, me dejó el pómulo y el ojo sangrando. Mientras lloraba en el suelo, me advirtió:

- Ahora te vas a ir a tu habitación y te voy a cerrar con llave, así no se te ocurrirá hacer nada mientras nosotros buscamos a tu amiguita. La policía tiene que hacer su trabajo.

Menudo sinvergüenza, les iba a mentir a todos, a todo el cuerpo de policía, y no podía hacer nada para salvar a Carol. Estaba encerrado, pero tenía claro que no podía quedarme ahí. Yo la había metido en ese lío y yo debía sacarla.

Miré por la ventana, pero era imposible saltar, era un tercer piso, sería un suicidio. Tenía que pensar, necesitaba hacer algo para ayudar a Carolina. En estos momentos ella no debía saberlo, pero estaban buscándola. Tampoco tenía móvil ni nada para avisarla, tenía que conseguir escapar.

Probé con un mueble pequeño que tenía por la habitación para intentar romper la puerta. No sirvió de nada, solamente para abollarla un poco, pero no había forma de salir.

En ese momento necesitaba un golpe de suerte, y lo encontré. En una estantería tenía unos cuantos libros de cuando era pequeño, y de la desesperación que tenía, la tiré al suelo. Y allí estaba la suerte que necesitaba, entre *El principito*, *Blancanieves*, *Los tres cerditos* y muchos

otros clásicos, estaba el que más falta me hacía, *Rapunzel*.

Todos sabemos lo que pasa en ese libro, Rapunzel se escapa de una torre con la ayuda de su pelo, y gracias a él, baja como si fuese una barra de la estación de bomberos.

¡Claro! Eso era lo que tenía que hacer. Yo no podría bajar con mi pelo (obviamente), pero ya sabía qué hacer. Debía atar las sábanas, las mantas, sudaderas, todo lo que pudiera encontrar para bajar sin matarme por el camino.

Me eché como cinco minutos atando prendas y sábanas. Ya estaba todo, y cuando terminé, até todo a la pata de la cama.

Tiré con fuerza. No era estable, pero daba igual. Valía la pena el riesgo, era necesario para que mi padre no encontrase a Carol. Tenía que avisarla de que estaba en peligro.

Cogí una mochila grande que tenía por la habitación y metí toda la ropa que necesitaba para no volver a casa. Tres pantalones, cinco camisetas y tres sudaderas; además de calzoncillos y calcetines varios.

Tenía todo preparado, pero sabía que necesitaba mucho más. Me puse una ropa de abrigo; hacía calor, pues estábamos en verano, pero quizás más adelante la necesitaría. Además, tampoco me vendría mal un poco de amortiguación por si las sábanas no aguantaban la bajada.

Con la cazadora ya puesta, aproveché para reunir también todos mis ahorros. Llevaba más de cinco años ahorrando la paga, y había conseguido juntar, escondidos en un cajón, cerca de 10.000 euros.

Todo eso debería valer para escondernos un buen tiempo, mi padre era muy persuasivo, y contando con que se sacaría de la manga mil y una artimañas para acabar encerrando a Carolina, la única opción que teníamos era huir. Eso sí, todo eso contando con que Carol quisiera venirse conmigo, porque después del lío en el que la había metido y lo culpable que ella se debía sentir, no me extrañaría nada que no quisiese saber nada de mí.

Pero no podía seguir perdiendo el tiempo con suposiciones. Había que saltar ya. Miré abajo. Podía ser la última vez que estaba en esa habitación, pero no me importaba; en ese momento tenía cosas más importantes en las que pensar. No dudé más, me agarré a la sábana y me aferré a la suerte...

Conseguí saltar por la ventana como si llevara haciéndolo toda la vida. Debía ser intrépido, y aunque en realidad no lo era, las situaciones extremas requerían soluciones extremas.

No sabía qué podía estar haciendo mi padre ni dónde podría estar buscando a Carol, lo que tenía claro es que iba a mover tierra y aire para encontrarla y meterla entre rejas.

En cuanto salí de casa, pasaron dos coches de policía por delante de mí. Me di la vuelta para que no me reconocieran, no quería que mi padre supiese que estaba fuera de casa. Si él me encontraba, todo

estaría perdido.

Me escabullí entre los coches aparcados, y cuando me aseguré de que no había nadie, corrí como un animal hacia casa de mis tíos.

Carol tenía que estar allí, su futuro dependía de ello, y el mío, en parte, también. Me acerqué al felpudo. La llave no estaba debajo. Eso era buena señal, alguien estaba dentro. Tenía que ser Carolina.

Abrí la puerta y allí estaba. Llorando desconsolada en el salón mientras recogía sus últimas cosas. Estaba lista para marcharse, tenía claro que no quería nada de mi familia; y además, pensaba que la había cagado conmigo. Sin embargo, lo que no sabía era que las cosas estaban todavía peor.

Lo primero que hice fue intentar calmarla, y después de decirle que no pasaba nada, acabé perdonándole su infidelidad. En realidad no estaba muy seguro de querer hacer eso, pero sabía que era la única forma de que se tranquilizase para poder ayudarla.

Le mentí diciéndole que no significaba nada lo que había pasado, pero no entraba en razón, y lo único que hacía era disculparse una y mil veces conmigo. Estaba en bucle.

Tardé más de diez minutos en conseguir calmarla, y cuando lo hice, tampoco es que sirviese de mucho. Había logrado que se relajase, pero todavía tenía que contarle lo peor.

Le pedí que se sentase, y una vez nos acomodamos, empecé a contarle lo que mi padre había hecho. Carolina no daba crédito ante la necia venganza de la que estaba siendo víctima; y mientras pensaba en cómo iba a hacer para defender su inocencia cuando la pusiese delante de un juez, yo la avisaba de que la situación era mucho más crítica. No había sido un robo a una persona normal; mi padre era muy importante, y gracias a los increíbles contactos que tenía, ahora mismo encontrarla era el principal objetivo de la policía. No iban a citarla para un juicio, la iban a encerrar en cuanto la encontrasen.

Carol se derrumbaba, y una vez más, volvía a mostrar su desesperación:

- Manu no puedo más, la vida está en mi contra, todo me sale mal. ¿Y ahora qué? ¿Voy a ir a la cárcel por algo que ni tan siquiera hice? ¿Por un puto capricho de tu padre? No me merezco esto.

- Claro que no Carol, tú no vas a ir a la cárcel. ¿Sabes por qué? Porque eres buena, y ya va siendo hora de que la vida sea justa contigo -dije convencido de que saldría de esta situación.

- Sabes que va a ser muy difícil librarse de esto, no soy tonta. Si es cierto todo lo que dices de los contactos de tu padre, no tardarán en dar conmigo. ¿Qué es lo que puedo hacer? ¿Esconderme toda la vida, huir? Es imposible salir de esta. Y lo que más pena me da es que vine con la intención de darle a Alexia una vida mejor, y ahora mira la situación en la que estoy. Estoy fastidiándole la vida.

- No digas eso Carol, la has salvado del infierno en el que vivíais, y si quieres seguir haciendo cosas por ella, igual lo que deberíamos hacer es escapar -dije muy convencido.

- ¿Qué quieres decir con escapar?

- Que no debemos quedarnos aquí esperando a que mi padre nos encuentre; tenemos que hacer algo. Te va a buscar todo el mundo por esta zona, y si mi padre ve que no te encuentra, el caso no tardará en llegar a las televisiones. Créeme, si nos quedamos aquí no tardarán en cogernos.

- ¿Por qué hablas en plural?

- Porque me voy contigo. ¿Acaso no me ves? Mi padre me ha vuelto a dar una paliza, y si no hubiese escapado por la ventana, no te hubiese pillado a tiempo. Esto para mí es una oportunidad de escapar del infierno en el que vivo. Y además, no estoy dispuesto a dejarte sola. No con lo mal que lo estás pasando.

- No sé Manu, no lo veo. ¿Qué propones?

- Podemos irnos lejos de aquí, no digo que sea necesario irse fuera del país, pero sí a un lugar en el que nadie nos busque; sería la única forma de vivir lejos de toda esta mierda que nos rodea. Piénsalo, tú y yo solos, libres y sin miedo a que mi padre volviese a hacer de las suyas. Imagínatelo por un momento.

- No sé, además de que no me haría especial ilusión lo de ser una prófuga de la justicia, explícame lo de que estaríamos tú y yo solos. ¿Qué haría con mi hermana?

- Sabes perfectamente que es muy difícil escapar con una niña de su edad; podría llamar la atención de alguien en cualquier momento, así que lo mejor será que la dejemos aquí. Cuando las cosas se calmen, ya encontraremos la manera de volver a por ella.

- ¿Qué coño dices Manu? Si piensas que voy a abandonar a mi hermana a su suerte lo llevas claro. ¿Qué sería de ella? ¿Dejarías a una niña de su edad viviendo sola? De verdad que a veces no te entiendo -respondió muy enfadada.

- No sería abandonarla Carol, nunca te pediría que hicieses eso, pero lo que hay que hacer es encontrar a alguien que cuide de ella mientras nosotros nos preocupamos por salir de esta; y por eso no te preocupes, porque estoy seguro de que mi madre no pondrá ningún problema en encargarse. Te aseguro que le tiene mucho cariño, y además, haría cualquier cosa por fastidiar a mi padre. No tengas ninguna duda de que la cuidará como si fuera su propia hija. Puedes confiar en ella.

- Manu que no, que sigo sin verlo claro. Alexia apenas conoce a tu madre y no estoy dispuesta a abandonarla. Además, veo imposible escapar sin que nos encuentren.

- Mira Carol, esto lo hago precisamente pensando en Alexia. ¿Qué piensas que pasará el día que te encuentren? Se darán cuenta de que

tu hermana está contigo y lo entenderán como un secuestro, no tienes el permiso de tu madre para cuidar de ella y es menor de edad. A ti te caerán más años de cárcel por culpa de eso, a Alexia se la llevarán los servicios sociales y no tardarán más de un par de días en devolvérsela a tu madre. ¿Es eso lo que quieres?

- Visto así igual no es tan mala idea lo de dejarla con tu madre - terminó diciendo Carolina, por primera vez dejando ver alguna posibilidad de confiar en lo que le había propuesto.

- Créeme Carol, esto se olvidará en un tiempo, y mientras, lo único que tenemos que hacer es buscar un lugar seguro. Sé de una casa en Ponferrada en la que podríamos refugiarnos unos cuantos meses hasta que todo el mundo se olvide de nosotros. Porque mi padre es capaz de poner nuestros nombres en todas las televisiones, pero no creo que sigan saliendo durante meses.

- Manu, ¿tú estás seguro de que no hay ninguna forma de hablar esto con él? Le prometeré que saldré de tu vida, que no nos volveremos a ver, pero no quiero ni ir a la cárcel ni tener que esconderme en otro lugar.

- Hay dos problemas para eso Carol, que ni yo quiero que salgas de mi vida, ni mi padre va a aceptar hablar nada contigo. Ya la tomó contra ti, siente que le faltaste el respeto al honor de la familia; créeme que ahora hará lo imposible por meterte entre rejas.

- Esa es otra Manu. ¿De verdad crees que hará tanto por intentar pillarme? -Volvía a insistir.- No digo que la idea de no volverte a ver me haga gracia, pero es que lo de escapar me parece una medida muy drástica. Además, si tu padre es tan persuasivo como dices, nos buscará hasta dar con nosotros.

- Créeme que allí no me buscaría.

- ¿Y por qué no? -Me preguntó Carol, muy curiosa.

- Allí murió mi abuela -dije mientras notaba que se me empezaban a caer las lágrimas-. Siempre había sido como mi segunda madre. Era muy risueña, siempre se preocupaba por mí. El día que me dijo que tenía cáncer fue uno de los más duros de mi vida. Siempre decía que la quimioterapia iba muy bien -dije secándome las lágrimas de los ojos-, así que decidí no ir un fin de semana a comer con ella para quedarme con mis amigos. Pero todo era mentira, lo decía para que no me preocupase y fuese feliz, pero nunca se había llegado a someter al tratamiento, no quería luchar más. Por desgracia, no tuve la oportunidad de volver a verla -hice otra pausa, esta vez para respirar. Realmente la echaba mucho de menos-. Desde entonces, nunca me he atrevido a volver a su casa. Me siento demasiado culpable por no haber estado allí cuando debería y mi padre lo sabe. Por eso sé que allí no nos buscará -dije mientras lloraba todo lo que me había guardado los últimos años. Mi abuela era una persona maravillosa, y

no sé qué haría si supiese en el hombre en el que se había convertido su hijo. Probablemente estaría muy decepcionada.

Al verme llorar, Carol se acercó a mí y me dio un abrazo. Me hacía falta algo de cariño, y ella me demostraba así que estaba conmigo. Se me acercó muy despacio, y cuando ya no la podía tener más cerca, me susurró al oído:

- Iré contigo, ¿vale?

Nos quedamos abrazados un buen rato, y cuando dejé de llorar, me aseguré de que Carol siguiese confiando en mí.

Ella estaba ahora segura de lo que le decía, y mientras metía ropa en una mochila, yo llenaba la mía con toda la comida posible. Teníamos muchas cosas que preparar y no había tiempo que perder.

Cerré todo a cal y canto, y mientras, se me ocurrió que sería buena idea ir pensando en dejar alguna pista falsa para dificultar nuestra búsqueda. Al mismo tiempo, Carol escribió un WhatsApp a su hermana, que ya estaba con mi madre desde antes de habernos ido a comer. Era muy duro, pero no podía ir a despedirse en persona, todo estaba muy controlado y un despiste así nos podía hacer perder la batalla contra mi padre. Sin embargo, Carol se abrió en canal con su hermana:

"*Querida Alexia, la vida nos ha dado muchos palos a lo largo de nuestra corta vida. Papá se fue cuando eras muy joven y mamá nunca ha estado a la altura de lo que necesitábamos. Ya sabes que aquí las cosas por fin estaban empezando a ir bien, pero la mala suerte me acompaña, y para librarte de esa mala suerte, tengo que marcharme lejos de ti. Lo siento enana, me voy del país, y si todo sale bien, no sé si me volverás a ver alguna vez, pero piensa que es lo mejor para ti.*

La madre de Manu te cuidará, sé que lo hará de la mejor manera posible, y por eso te dejo con ella.

No quiero ponerme melancólica, pero no te olvides de mí, y recuerda siempre que tu hermana te quiere mucho".

Carol me enseñó el mensaje, y mientras yo le decía que había sido una idea brillante lo de decir que nos íbamos a otro país por si la policía miraba el mensaje, ella solo podía llorar.

No tardó en mandarle el mensaje a mi madre, a la que yo ya había avisado de todo lo que estaba pasando. Ella no había puesto problemas en ayudarnos y esa misma noche le enseñaría el mensaje a Alexia. Ahora nos tocaba a nosotros cumplir nuestra parte del plan. Era un momento duro, pero se acercaba la noche y era el momento de partir.

CAPÍTULO 8

Narra Carol

Es increíble lo que puede cambiar todo en tan poco tiempo. De la alegría a la tristeza no hay más que un paso. Puedes pasar de uno de los momentos más felices de tu vida a uno de los más tristes en tan solo un instante. De la tranquilidad de vivir por fin bajo un techo digno a la preocupación por tener que escapar de la persona más peligrosa de la que nunca te han hablado. Efectivamente, bienvenidos a mi mundo.

La idea de huir seguía sin parecerme brillante, me parecía un plan con muchísimas fisuras. A ojos de un juez y de la opinión pública, era como declararme culpable. ¿Por qué debería huir si no lo era?

Sin embargo, Manu tenía razón en que su padre era una persona con mucho poder; y sabiendo que si me metían en la cárcel mi hermana tendría que volver con mi madre, parecía no haber una solución mejor. No es que fuese una buena opción, es que era la menos mala.

Por otro lado, también se lo debía a Manu. Él se la había jugado varias veces por mí, incluso después de recibir otra gran paliza de su padre; y a cambio, yo me había tirado a uno de sus mejores amigos. Por muy bueno que estuviese, lo que había hecho con Álex no tenía ningún tipo de justificación.

Sin duda no había sido justa con Manu, y quizás lo menos que podía hacer, viendo la situación límite en la que me encontraba, era seguir su plan sin rechistar. En parte, y a pesar de que si no lo hubiese conocido no estaría en peligro de ir a la cárcel, le estaba muy agradecida.

Lo que más rabia me daba de tener que escapar era no poder demostrar que sí que tenía un futuro y que podía hacer algo de provecho en mi vida. Quizás no era la chica perfecta, pero sentía que sí que podía ser alguien. Podía estudiar una carrera, conseguir un buen trabajo, y poco a poco, ir haciéndome una mejor persona. Sin embargo, ser prófuga de la justicia lo cambiaba todo; nunca podría ser lo que siempre había soñado. Adiós a mi sueño de ser abogada y de defender a los más necesitados. Esta huida lo cambiaría todo.

Por suerte, al menos no me iría sola. Como siempre que lo necesitaba, Manu estaba allí. Incondicional, pese a haberle puesto su vida patas arriba y haberlo traicionado con uno de sus amigos. Todo eso no me dejaba en un buen lugar.

Para él las cosas parecían seguir igual. No me había recriminado nada, era como si lo hubiese olvidado, como si nada hubiese ocurrido.

Su reacción me llamaba la atención; hubiese preferido que me gritase, me insultase o se enfadase; pero el hecho de hacer como si no hubiese pasado nada me hacía replantearme si debía cambiar algo en mí. Si Manu era capaz de perdonarme algo así y de jugársela por mí, ¿por qué no había sido capaz de serle fiel? Me sentía fatal por todo lo que había pasado y la forma en que se había enterado, pero al margen de eso, sabía que no había mucho más que hacer. Yo no lo quería, y cambiar eso era muy complicado.

Decidí dejar de pensar en lo malo, y para ello, me centré en esa casa en la que habíamos vivido el último mes. Habíamos pasado grandes momentos, allí había visto a Alexia más feliz que nunca. Ahora me sentía mal por dejarla sola. Sabía que tendría a alguien que la querría y cuidaría como nunca, pero es difícil dejar atrás a tu hermana pequeña. La quería más que a nadie en el mundo.

Me di cuenta de que había vuelto a caer en los pensamientos negativos y me tumbé en el sofá para simplemente descansar. Había sido un día muy duro, y cuando me quise dar cuenta, ya eran las 9. Se iba acercando la hora de ponernos en marcha. Manu dijo que debíamos aprovechar las noches para caminar sin dejar ningún rastro, pues era la única forma de no encontrarnos con nadie, y me intentó convencer de que cuando nos diésemos cuenta, ya estaríamos a salvo.

Pero era más complicado de lo que parecía. Teníamos un camino de más de 300 kilómetros, y en el mejor de los casos, tardaríamos 6 días. O eso calculaba Manu, porque hacer 50 kilómetros por día era una salvajada. Sin embargo, no había forma de convencerlo para que cogiésemos un taxi o un autobús. Lo consideraba demasiado arriesgado.

Al menos me animaba pensar que no era yo la que debía llevar la mochila más cargada, pues era en la de Manu donde habíamos metido la comida suficiente para el trayecto, y además, mantas para poder dormir en el lugar que nos fuese posible. Todo era poco para enfrentarnos a lo que nos vendría por delante. Iba a ser un camino largo.

Estuvimos un buen rato con la televisión encendida, quizás a Mario se le había ocurrido denunciar el robo públicamente, y si era el caso, no nos vendría mal saber qué decían de mí. Sin embargo, la noticia no salió por ningún lado, y debían ser solamente los policías locales de Cangas los responsables de intentar dar conmigo.

A pesar de eso, la negatividad volvía a venir a mí. Pensaba en lo que ocurriría si alguien nos veía salir de la casa. Pensaba en lo que podría suponer que alguien nos delatase. Pensaba en que podría ser la propia policía la que nos interceptase. Eran muchas las cosas que podían fallar y se me ponía la carne de gallina solo de pensarlo. Estaba espantada de miedo.

Por intentar animar, Manu se acercó a mí y me dio un beso. Se supone que los besos alegran, pero esta vez no fue así. Con cada beso suyo me sentía peor, peor por no devolvérselo, peor por no haber estado a la altura, y sobre todo, peor por no ser capaz de sentir lo mismo que él.

Sí, me marchaba por él y tenía claro que conocerlo había sido lo mejor que me había pasado en la vida, pero aún así era incapaz de verlo como mi pareja. Para mí era solo un amigo especial, y veía muy difícil que eso pudiese cambiar.

Me despedí de la casa que tan buenos momentos nos había dado, lo que había disfrutado allí con Alexia no tenía nombre. Aunque no hubiésemos estado más de un verano, notábamos que era nuestro hogar, y ahora, nos la arrebataban de las manos.

No quise resignarme más y me preparé para salir. Todo estaba oscuro, era nuestro momento.

Antes de salir, Manu me cogió de la mano, y me susurró al oído: "*Tranquila amor, todo va a salir bien*". La palabra "*amor*". No podía con ella. ¡Que cursi! No quise decir nada, pero esperaba que no siguiese con ese tipo de frases, me hacían sentir todavía peor.

Cerramos la puerta sin hacer mucho ruido, y cuando los vecinos encendieron las luces, nos escondimos detrás de unos matojos. Habíamos superado el primer momento dramático, pero estábamos seguros de que nos quedarían muchos más, y por supuesto, más difíciles que ese.

Salir de esa calle no fue nada sencillo, fuimos aprovechando cada coche aparcado para pararnos detrás, y cada vez que nos cruzábamos con alguien, nos poníamos la capucha para que, si alguien preguntaba, nadie pudiese decir que nos había visto.

Sin embargo, todo se torció cuando llegamos a la altura de la discoteca. No había sido una gran decisión meternos por esa calle; era sábado, y aunque la fiesta de ayer había sido enorme, nadie estaba dispuesto a quedarse en casa.

Y él tampoco lo hizo. Lo vi a lo lejos, reconocería esos brazos en cualquier lugar. Esa espalda perfecta, siempre bien vestido y un pelo maravillosamente peinado. Era Álex. Cuando lo vi entendí perfectamente lo que me había pasado la noche anterior. Era absolutamente irresistible. Mientras pasábamos por allí pensé en todo lo que habíamos hecho, lo mucho que había disfrutado.

Lo habría dado todo por volver a estar tan solo unos minutos con él, pero en ese momento, no sé si por suerte o por desgracia, hubo algo que me hizo darme cuenta de que no todo era perfecto.

Álex no estaba solo, y esta vez usaba con otra chica los mismos trucos que la noche anterior utilizaba conmigo. Empezaba con un chiste para aproximarse, seguía con algún otro comentario gracioso al

oído, y cuando ya estabas receptiva, empezaba con caricias y algún beso.

Verlo besarse con esa chica me dolió, y aunque intenté disimular mi malestar para que Manu no se diese cuenta, no pude evitar que se me cayese alguna lágrima. Estaba sensible, y verlo tan cariñoso con otra me había sentado mal.

Intentamos pasar rápido por allí, yo porque no quería volver a ver nada más de Álex, y Manu porque sabía que era un lugar en el que nos podrían reconocer muy fácilmente.

Ya estábamos a punto de pasar de largo, pero en ese mismo instante, un hombre que iba corriendo como un loco nos gritó: "*¡Eh, vosotros!¡Esperad!*".

Ya está, se había acabado todo. Estábamos rodeados y no teníamos ningún lugar por donde escapar. Todo se había terminado. Yo iría a la cárcel por ladrona y a mi hermana no le quedaría más remedio que regresar con mi madre a Madrid. Ya nada podía ir a peor.

Sabíamos que podíamos estar ante nuestro último momento de libertad, así que, como buscando un apoyo, le di la mano a Manu con todas las fuerzas que tenía. No eran muchas, pero él sí que las tenía. Apretó muy fuerte, como diciendo: "*Tranquila, no te voy a soltar*". Y ahí, a pesar de la cursilada de la situación, sí que me sentí mejor.

Nuestro plan se había ido a la mierda en unos pocos minutos, y aunque no había sido capaz de quererlo, ver a Álex besándose con otra me hacía darme cuenta de que nadie me iba a querer como él. En ese momento no se me ocurría una persona mejor con la que poder estar.

Ya con los nervios por las nubes y con el miedo de no volver a estar en una situación similar, decidí hacer algo para que se acordase de mí toda la vida. Me puse frente a él, y mientras le murmuré un "*lo siento*", le bajé la capucha para besarlo. Un beso largo, de los de verdad, para que si no me volvía a ver, se acordara de mí. No sabía por qué lo había hecho, pero sentía que se lo merecía.

Por fin separamos nuestros labios y, mirando de reojo, noté que el hombre que nos había gritado seguía ahí parado, mirándonos fijamente. Era moreno, debía medir más de un metro noventa y sujetaba un vaso de cristal en su mano izquierda. Alrededor había más de diez personas, que por la forma en que nos miraban, parecía que también estaban con él. Escapar sería casi imposible, pero estábamos dispuestos a intentarlo todo. Manu me soltó la mano, si teníamos que hacer algo, era mejor tener las manos libres.

En ese momento, aquel misterioso e imponente hombre abrió la boca:

- ¡Eh Joaquín! Mira quién está aquí. ¡Manu trae a su novia para que se la folle otro!

Vale. Nos miramos, y aunque sabíamos que lo que estaba diciendo ese imbécil era una putada muy grande, a los dos se nos escapó un ligera sonrisa. Sabíamos que no se nos había ido a la mierda el plan. Nos habíamos librado.

Manu se hizo fuerte ante ese comentario, y después de pensarlo unos segundos, le dijo al chaval que todo estaba olvidado. Él se rió llamándolo "*calzonazos*", pero Manu estaba más preocupado por seguir su plan que por atender a las burlas de ese imbécil, y explicó que nos íbamos de vacaciones a Portugal para reforzar nuestra relación. ¡Era un auténtico genio! Gracias a eso, si empezaban a interrogar a las personas que nos habían visto perderían el tiempo buscándonos por Portugal.

Después de esquivar nuestro primer momento de alta tensión, seguimos nuestra huida. Caminamos hasta el Puente de Rande; y allí, aprovechamos para descansar un poco. Estábamos agotados por el trayecto y Manu me pidió el móvil para poner en marcha una parte del plan que no había compartido conmigo. Sin decirme nada, tiró mi teléfono al mar. Me explicó que así no tendrían forma de rastrearnos, y si daban con los móviles, perderían algo de tiempo buscándonos por territorio marítimo.

Reconozco que al principio la fuga me parecía una locura, pero viendo lo bien pensado que lo tenía todo Manu, debía reconocer que el plan era una genialidad. En ese momento, se me hacía muy difícil imaginarme que algo pudiese salir mal.

Después de esto, seguimos caminando hacia el monte; Moaña no era precisamente un lugar en el que no viviese nadie, y si no queríamos ser vistos, no había tiempo que perder.

Mientras caminábamos, me vino a la mente Alexia. Le encantaban las estrellas, y esa noche había un montón. Joder, no me podía imaginar lo que la iba a echar de menos. Ya tenía muchas ganas de verla y no había estado ni 24 horas sin ella. Iba a ser duro.

Llegamos a Moaña a las 2 de la madrugada, y aunque ya estábamos muy cansados, Manu intentó convencerme para seguir algo más. No le hacía gracia la cantidad de amigos que tenía su padre allí, y a pesar de que casi no podía con las piernas, accedí a seguir hasta que llegásemos a Vilaboa.

Allí pasaríamos el día. No era el lugar más bonito del mundo ni el más apetecible para estar hasta que volviese a anochecer, pero una vez llegamos y nos adentramos en el monte, no se me ocurrió un lugar mejor en el que poder descansar.

Ambos sacamos unos abrigos de nuestras mochilas, y después de tumbarnos detrás de un árbol caído, nos dispusimos a comer algo antes de ponernos a dormir.

Manu sacó de su mochila unas latas de atún; y no sé si fue que no

estaba acostumbrada a comer un atún distinto al de marca blanca o que tenía tanta hambre que me habría encantado cualquier cosa; pero disfruté de esa comida como si fuese la mejor de mi vida.

Al terminar, le hice un gesto a Manu para que se acercase a mí. Había estado muy distante después del encuentro con ese hombre; apenas habíamos intercambiado dos frases en todo el camino. No podía verlo así, y mientras le volvía a pedir perdón por lo que había hecho, lo abracé. No hacía frío, pero a ninguno de los dos nos sentaría mal un poco de calor humano en ese momento. Él no rechazó mi abrazo, y después de pasarme la mano por encima de la cintura, se quedó dormido de una forma tan rápida que me dio hasta ternura.

Al verlo dormir me arrepentía de muchas cosas. Mientras él lo había dado todo por mí, yo no había hecho más que darle problemas.

Me costó dormirme con todo ese sentimiento de culpa, y entre eso y lo cansada que estaba, cuando me desperté era mucho más tarde de lo habitual. ¡Claro! Nos habíamos acostado cuando ya era de día.

Manu, que me estaba mirando fijamente, me dio los buenos días, y cuando le pregunté cuánto había dormido, me llevé una gran decepción. Eran las 7 de la tarde, lo que significaba que solo nos quedaban tres horas para tener seguir caminando, y todavía no me había recuperado de la caminata del día anterior.

Preparamos una comida que me supo espectacular. Tampoco es que fuese muy compleja de hacer, pero en esta situación todo se valoraba más. En determinados contextos, unos burritos con queso y atún podían ser un auténtico manjar.

No quiero exagerar, pero creo que fue la comida más maravillosa de mi vida. Sí, fugitiva y durmiendo en un monte, pero no cambiaría ese burrito después de toda la noche caminando ni por todo el dinero del mundo. Manu parecía haberme vuelto a perdonar, y la alegría que me daba eso no la hubiese cambiado por nada.

No sé por qué, pero después de comer surgió el tema de hablar de nuestro futuro. Yo lo tenía clarísimo, y aunque a él parecía sorprenderle, le conté que mi sueño era retomar los estudios para poder ser abogada. Siempre me había gustado la idea de defender a la gente que de verdad lo necesitaba. En la vida personal, le expliqué que me encantaría vivir en cualquier ciudad con vistas al mar; ya había estado muchos años viviendo en el interior de España, era hora de cambiar de aires.

Evidentemente, Manu tenía unos gustos bastante diferentes; a él le llamaba mucho la atención la política, y era su sueño para el futuro, aunque en la recámara tenía también la opción de estudiar periodismo. Además de eso, me dijo quería conocer mundo y hacer muchos viajes. Tenía en mente Australia, Nueva York, Chicago, Dublín, Bruselas, Ginebra,… No le gustaba imaginarse toda su vida en

un mismo sitio, según decía, eso no estaba hecho para él.

Imaginábamos nuestro futuro de forma maravillosa, pero nos olvidábamos de un pequeño detalle, yo estaba prófuga de la justicia. Ese pequeño detalle influía mucho, pero no quise decirle nada a Manu para no quitarle la ilusión. De alguna manera, pensar en el futuro era una forma de mantenernos felices y optimistas. Porque, en realidad, no sabíamos qué nos depararía. No sabíamos si acabaríamos dando con algún bonito pueblo o si en cuanto cogiésemos la carretera nos cogería la policía. Nada estaba escrito, y tan solo nosotros podíamos escribir nuestro propio futuro.

A lo tonto, con esta conversación ya casi nos había dado la hora de volver a salir. Mi reloj marcaba casi las 10 de la noche y el cielo estaba empezando a oscurecer. Era una buena señal. Habíamos conseguido que la tarde no se nos hiciese larga, y, ¿para qué mentir?, lo habíamos pasado muy bien. Más allá de pasar tiempo juntos, que también era importante, estábamos conociéndonos más a fondo, no solamente lo que sabíamos que nos gustaba del otro. Y había que decir que, por ahora, todo iba muy bien. Como había dicho siempre, Manu era un chico genial, y encontrarle cosas malas era muy difícil.

Además, me tenía como una reina; y antes de volver a salir, me preparó un bocadillo de queso en pan de molde. Como todo lo hacía él, yo me sentía un poco más descansada para afrontar el largo trayecto que teníamos por delante. Debíamos dejar atrás Vilaboa para llegar hasta Aranza. Sin duda iba a ser matador para nuestras piernas.

CAPÍTULO 9

Narra Manu

Menudo día había sido el de hoy, quizá uno de los más intensos de mi vida, pero también uno de los que podía marcar un antes y un después en ella.

Cuanto más lo pensaba, más miedo me daba lo que pudiese ocurrir. ¿Y si no estábamos haciendo lo correcto? A ver, yo sabía que mi padre sería capaz de todo para encontrarnos, pero no teníamos ni tan siquiera la certeza de que alguien estuviese buscando a Carolina. Es cierto que estaba presente cuando llamó a la policía, pero podría tratarse de un truco para intentar apartarla de mí. Y aunque no fuese así, quizás escapar no era la solución, y lo que debíamos era buscar un buen abogado para defender a Carol delante de un juez.

Sí, sé que todo el plan había sido mío, pero quizás era el momento de dar marcha atrás. Mi padre era un hijo de puta, pero igual no alcanzaba ciertos límites, y con lo de Carol, igual podríamos llegar a un acuerdo.

También se me venía a la cabeza mi madre. Menudo berenjenal le habíamos dejado. A cargo de Alexia, una niña que apenas conocía y que no acostumbrada a estar separada de su hermana. Era un lío tremendo, no sabía muy bien cómo había aceptado ayudarnos.

Y mientras, nosotros deambulando por las noches, recorriendo kilómetros y kilómetros para llegar a una casa en la que escondernos hasta que pasasen unos cuantos meses y se olvidasen de nuestras caras. Todo esto, en caso de que mi padre moviese sus hilos para que toda la policía nacional nos buscase, porque de lo contrario, toda nuestra huida no habría tenido ningún sentido y no sería más que una ida de olla de dos adolescentes.

Sin embargo, por encima de todo esto pensaba en Carol y en lo mucho que disfrutaba el tiempo que estaba con ella. Incluso estos momentos en los que escapábamos de una situación que realmente desconocíamos, valían la pena con ella al lado. Quizás por eso no quise dar marcha atrás; realmente pensaba que mi plan era una locura completamente innecesaria, pero también sabía que era la única forma de estar más tiempo juntos, y para mí, eso era más importante que cualquier otra cosa del mundo. Porque lo que sentía por ella iba mucho más allá de la coherencia entre actos y pensamientos. Con ella de por medio, nada importaba, y lo único que quería era hacerla feliz.

Recordaba lo que había pasado hacía un par de días con Álex, y por ello, estar solos los dos era la única forma de asegurarme de que no volviese a suceder. Quería tener una relación bonita con ella, y para

eso debíamos continuar nuestro camino.

En medio de mis pensamientos, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a una zona más urbana. Había como seis o siete casas a un lado del camino, y en una de ellas, las luces estaban encendidas.

Tengo que reconocer que tenía mucho miedo. Todos los pensamientos de antes se habían esfumado por completo, y ahora, en lo único en que pensaba era en que todo iba a salir mal y que acabaríamos en la cárcel. Carol por robo, y yo por encubrimiento del delito.

El corazón se me aceleró cuando la puerta de esa casa se abrió. Era un hombre gordo, de unos 40 años. Agarré a Carol y nos tiramos a unos matojos que teníamos cerca, haciendo todo lo posible para que no nos viera.

El pánico continuaba, pues el hombre, que agarraba algo que yo no sabía lo que era con su mano izquierda, se acercaba peligrosamente hacia nosotros. ¡Mierda! Tenía la forma de una escopeta.

Una vez más, como había hecho la primera vez al salir de la ciudad, agarré la mano de Carolina, trataba de sentir su apoyo; y así, también de convencerme a mí mismo de que todo saldría bien, porque en ese momento estaba casi seguro de que la vida no nos podía deparar un escenario peor.

A medida que el hombre se iba acercando, Carol me iba apretando más y más la mano. Los dos estábamos en tensión, y el único consuelo que teníamos es que por lo menos estábamos juntos.

Al llegar a la altura del matojo, el hombre se paró y observó hacia el lugar en el que estábamos escondidos. Fue un momento en el que se respiraba la tensión, y en mi caso particular, el miedo. Estaba acojonado, y si no fuera por Carol, hubiese salido delante de aquel hombre y me hubiese entregado. Y no solo hubiese confesado el hecho de haber encubierto a Carolina; pues con el miedo que tenía, podría haberme atribuido cualquier asesinato solo para salir de esa situación.

Pero por desgracia no fue así, y llegaba el momento que ninguno de los dos deseábamos que sucediese...

¡No! ¡Nos habíamos vuelto a salvar! Lo que el hombre llevaba en la mano no era más que la correa de un chihuahua que estaba paseando, y si se acercaba al matojo era solamente porque el perro tenía que mear.

Por un momento me sentí aliviado. Por segunda vez habíamos pensado que se acababa todo, y por segunda vez lo habíamos superado. Después, me di cuenta de la dura realidad que se nos venía encima. Efectivamente, el perro iba a mear.

Y no fue poco, yo diría que fue más de un litro, y todo sobre mi pierna, por si no había tenido suficientes problemas ese día.

Por suerte, después de que el perro descargase todo el líquido que

había ingerido en los últimos años sobre mí, el hombre se lo llevó a seguir paseando, y cuando por fin se alejó un poco, pudimos salir de nuestro escondite.

Querría haber abrazado a Carol, pero al saber que me había bañado un chihuahua, me lo pensé mejor, y antes de nada, me limpié con unas toallitas húmedas que había metido para alguna emergencia.

Para cuando estuve limpio, el momento de emoción ya había terminado, y seguimos caminando como si un perro no me hubiese meado encima. En fin, como si fuésemos dos personas normales, y no dos adolescentes que pernoctaban en los montes como fugitivos de guerra.

CAPÍTULO 10

Narra Carol

Había estado muy cerca otra vez. Volvimos a tener mucha suerte; bueno, Manu no tanta, porque el pobre estaba un poco mojado en estos momentos, pero al menos no nos habían descubierto. Al final, tampoco se veía policía ni nada por el estilo, y yo ya estaba convencida de que nadie nos estaba buscando. Tampoco le dije nada a Manu, al final, me lo pasaba bien viendo como intentaba hacerse el héroe conmigo. Era muy mono.

Sin embargo, en Cangas la situación era muy diferente. La policía llevaba todo el día buscándonos por todos lados, y después de interrogar a toda persona que nos conociese, por fin dieron con los chicos con los que hablamos delante de la discoteca.

Ellos dijeron que nos habíamos ido de vacaciones a Portugal; y mientras una buena parte del cuerpo policial ponía rumbo a la frontera lusa, la otra mitad del cuerpo se dedicaba a investigar el GPS de mi teléfono.

Preguntaron a todos los conductores de autobús que fueron hacia Portugal y también a los responsables de las aduanas del país; pero la respuesta fue siempre la misma, nadie nos había visto. Todo esto desconcertaba a la policía, y con el padre de Manu muy nervioso, encerraban al hombre que nos habíamos encontrado delante de la discoteca y a tres de sus amigos por falso testimonio. Pensaban que estaban entorpeciendo la investigación para ayudarnos; y con ellos entre rejas, todos se centraron en rastrear la señal de mi móvil.

El proceso fue largo, pero después de unas horas duras, por fin vieron que estábamos en el mar. El plan de Manu había salido a la perfección, y la corriente había arrastrado el teléfono mar adentro. Con varias lanchas y dos helicópteros, se prepararon para buscar alguna pequeña embarcación en la que pudiésemos estar escapando; pero después de una buena búsqueda, al encontrar el teléfono se dieron cuenta de que habían caído en nuestra trampa. La policía no era tonta, y al saber que estábamos dejando pistas falsas, el padre de Manu decidió dar el siguiente paso.

Por la tarde, Mario ya había llamado a todos sus contactos, y eran muchas las cadenas que cortaban su emisión habitual para informar de una noticia de última hora. El segundo mayor multimillonario gallego, solamente por detrás de Amancio Ortega, había sido atracado por una joven y su propio hijo; y mientras muchos dejaban caer la posibilidad de que fuésemos parte de una banda organizada, nuestras fotos empezaban a ser conocidas por todos. Las redes sociales echaban

humo y todo el mundo coincidía en lo rastrero que era robar a tu propio padre. La gente estaba en nuestra contra, y ahora, cualquiera que nos viese avisaría a las autoridades. Nuestra búsqueda pasaba a ser un problema de interés nacional.

Sin embargo, nosotros éramos todavía ajenos a esto. Pensábamos que igual estábamos exagerando; pero en ese momento, alguien tocó mi espalda:

- Chicos, ¿qué hacéis aquí?

Madre mía, menudo chaval nos había encontrado. Estaba increíble. No sé qué era lo que más me gustaba: sus brazos musculados, su cara moldeada de manera perfecta, sus manos suaves, su tono de voz tan dulce,… Era impresionante, se podría decir que era muy parecido a Álex; aunque eso dejó de importarme cuando empezó a hablar:

- ¡Esperad! ¿Vosotros sois los de la tele?

- ¿Cómo que los de la tele? -Respondí nerviosa. Quizás el padre de Manu sí que tenía tanta influencia como él había dicho.

- Claro que sí. Tú desplumaste a su padre y luego os escapasteis. Voy a llamar a la policía.

- ¡Espera! -Le gritó Manu-. La historia no es así. Mi padre es un maltratador y un chantajista. Nosotros no hemos robado nada, no es lo que parece.

El chico parecía que no creía a Manu, aunque tampoco se le veían muchas ganas de llamar a la policía, así que decidí intervenir yo:

- ¿Tú me ves capaz de hacer algo así? -Dije de la forma más sensual que pude mientras me acercaba lentamente a su boca.

Funcionó perfectamente, ya lo teníamos en el bote, y no había hecho falta casi nada. Manu no parecía del todo contento con mis métodos, pero si fuera por él, ya estaríamos rumbo al calabozo.

El chico entendió rápidamente que no habíamos hecho nada malo, y después de escuchar nuestra historia, nos ofreció pasar la noche en su casa para que pudiésemos descansar.

Manu no estaba muy por la labor de quedarse allí, pero yo, que ya estaba harta de caminar, lo vi como una gran oportunidad para saber qué era lo que decían las televisiones; y así, podíamos pensar en cómo íbamos a reaccionar.

Él no entraba en razón, parecía no escuchar mis argumentos, como si las decisiones fuesen todas suyas, por lo que me enfadé. No estaba dispuesta a que se saliese con la suya, así que le tuve que decir que me quedaría allí, con él o sin él. No había otra forma de convencerlo.

Después de esta pequeña discusión, nuestro nuevo amigo nos contó un poco sobre su vida. Se llamaba Jesús, y aunque no los aparentase, tenía 25 años. Se me quedaba algo mayor.

Dijo que era de Argentina (se notaba por su increíble acento), pero después de la muerte de sus padres, sintió la necesidad de escapar de

allí, y con el poco dinero de la herencia, se vino a España y compró la casa en la que vivía ahora.

Una vez dentro, nos explicó lo que decían las televisiones. Para ellos, éramos una especie de ladrones de guante blanco, pues no solo habíamos robado relojes muy valiosos; sino que le habíamos quitado a Mario cerca de tres millones de euros. No sé cómo se las había apañado para demostrar eso, pero el caso es que nadie dudaba de su palabra y nosotros éramos los malos de la película.

Por lo que decían en los informativos, cientos de patrullas de policía nos estaban buscando por todos lados, y con carteles de nuestras caras en cada esquina, nuestra huida parecía tener los días contados.

Manu y yo estábamos completamente desolados al oír todo lo que se decía. Todos los que opinaban sin saber, los que decían que formábamos parte de una banda organizada,… Había una inmensa cantidad de personas que trabajaban en televisión y no tenían criterio alguno. Nos acusaban sin pruebas, sin algo demostrable en nuestra contra; era la viva imagen del periodismo actual. Todos difundiendo una información completamente errónea y sin que nadie la contrastase.

Jesús notó que estábamos mal, y para animarnos, nos dijo que nos podríamos quedar en su casa tanto tiempo como necesitásemos. Él sí había creído en nuestra versión, quizás yo había tenido mucho que ver en ello; pero aún así, a pesar de arriesgarse él, quería ayudarnos. Habíamos tenido mucha suerte de encontrarlo.

Sin embargo, era el momento de tomar una decisión. El plan de Manu estaba completamente obsoleto, y con la nueva acusación que nos había hecho su padre, era el momento de salir a desmentir todo y decir de una vez por todas lo que había ocurrido. No podíamos seguir escondiéndonos.

Tenía claro que eso era lo correcto, pero Manu no parecía pensar lo mismo. Él seguía empeñado en marchar cuanto antes hacia Ponferrada para llegar a esa casa que supuestamente era tan segura; parecía no entender que todo había cambiado. Las acusaciones eran cada vez más graves, y por primera vez, empezaba a temer que Alexia pudiese estar en peligro. Si Mario era tan peligroso, era cuestión de tiempo que diese con ella.

Le expliqué a Manu todos los motivos que tenía para querer dar la cara de una vez, pero parecía no importarle nada. Seguía con su estúpida idea de no variar el plan; no se daba cuenta de que así nos estaba poniendo en peligro a todos, incluyendo a su madre y a mi hermana; y no iba a permitirlo.

Lo discutimos durante un buen rato, pero estaba claro que eso no nos llevaría a ningún lado. Manu acabó elevando la voz, ya muy enfadado, y diciéndome que tenía derecho a decidir qué hacer porque

ahora él también estaba implicado en esto, daba por finalizada nuestra discusión.

Iba a volver a replicarle, pero se metió en la habitación dando un portazo. Su comportamiento no podía ser más inmaduro, y mientras me desesperaba por su actitud, Jesús aparecía con un aperitivo.

Lo aproveché para intentar desconectar un poco, y mientras miraba disimuladamente los brazos de Jesús, me daba cuenta de lo servicial que había sido con nosotros. Nos había ofrecido su casa y nos había dado de comer en un momento en el que realmente lo necesitábamos; pero aún así, había algo con lo que no estaba conforme; debíamos compartir la cama.

Manu y yo habíamos discutido, y lo último que quería era pasar más tiempo con él. Parecía que no me escuchaba, que no se interesaba por el bien del resto del mundo; y por primera vez, en mi cabeza aparecía la pensamiento de que quizás todo ese plan de huida no había sido más que un recurso desesperado para intentar enamorarme. Sé que suena rocambolesco, pero yo ya tenía la mosca detrás de la oreja. ¿Era Manu tan bueno como siempre había pensado?

CAPÍTULO 11

Narra Manu

Jesús nos estaba ayudando, pero había algo en él que no me gustaba nada. No sé si eran las buenas amigas que había hecho con Carol, que me ponían celoso, o que simplemente lo notaba extraño. No tenía ninguna intención de quedarme allí mucho tiempo; pero en ese momento, en televisión volvían a hablar de nosotros:

"*Siguen en busca y captura los dos adolescentes acusados de robar casi cinco millones de euros al padre de uno de ellos. Solicitamos a la gente que tenga cuidado, estos individuos podrían ir armados, y según se cree, podrían no estar solos. Son peligrosos*".

Genial, no solamente habían pasado de ser tres millones a casi cinco, sino que ahora aún por encima íbamos armados. Por si toda esta acusación no fuera poco, ahora Jesús quería cachearnos. Mira que era tonto, si de verdad tuviésemos una pistola, ya le hubiésemos disparado para quedarnos con su casa y así no arriesgarnos a que dijese nada.

Se empeñó, y tuvimos que desnudarnos con él delante. Por suerte, a mí ni me tocó. Menos mal, ya era lo que me faltaba para la semana que llevaba, pero a Carol la manoseó de arriba a abajo. ¿Qué pensaba? ¿Que guardaba la pistola dentro del culo? Porque menuda forma de fijarse en absolutamente todo. Caía de cajón que ese hombre estaba muy salido.

Después de demostrarle que no teníamos nada por lo que pudiese temer, nos dejó irnos a la cama, y por fin pude volver a estar a solas con Carol.

- Carolina escúchame -dije muy serio-. Tenemos que salir de aquí sin que se entere. No me fío nada de este señor, seguro que nos la está jugando. Cuanto antes pongamos rumbo a Ponferrada, antes llegaremos. No podemos arriesgarnos a que llame a la policía y nos quedemos sin opción de escapar.

- ¿Qué dices Manu? No digas tonterías, que se la está jugando para ayudarnos. Además, si nos vamos a algún sitio es a dar la cara, a decir la puta verdad de lo que está pasando aquí, que ya estoy harta de esconderme.

- ¿Y lo de cachearnos? ¿A qué venía eso? Ese hombre no se fía de nosotros -dije intentando cambiar de tema.

- Es normal, salimos en todos los informativos como dos criminales. ¿Tú te fiarías de nosotros?

- Aún por encima mira cómo te sobaba -dije sin responder a su pregunta.

- ¿Ese es tu problema? ¿Que estás celoso del chico que nos está salvando la vida? Al final va a ser que eres un egoísta, y que me equivoqué confiando en ti. Estoy harta Manu, siempre se hace lo que tú dices, y aún por encima, hay que aguantar tus tonterías. Hazme un favor y no me vuelvas a hablar.

No volví a decir nada más, me había dolido. No me creía que después de todo lo que había hecho por ella pudiese llamarme egoísta. Era muy injusto. Era ella la que me había engañado, la que se había comportado como una hija de puta; y yo todavía no se lo había echado en cara.

Al contrario, solo la había sacado de situaciones horribles, había pensado un plan para escapar y había puesto en peligro toda mi vida por ella. Tenía motivos para estar muy decepcionado.

Apenas pude pegar ojo pensando en la discusión con Carolina, y cuando me levanté de la cama, ella todavía seguía durmiendo. Salí del cuarto para intentar tener algo de tiempo para mí, pero en ese momento Jesús volvía a aparecer a mi lado.

Por suerte, se iba al supermercado a por algo de comer. ¡Era mi momento! Con él fuera y Carol dormida, podía investigar la casa, por fin iba a descubrir si ese tal Jesús tenía algo que esconder.

Busqué por el salón, la cocina, los baños, el sótano,…; pero no había absolutamente nada raro, todo parecía normal. Fui a su habitación para ver si allí escondía algo, pero estaba impecablemente recogida, y aún por encima, olía genial. Desesperado, me senté en su cama. Carolina tenía razón, el principal problema que tenía con Jesús es que estaba celoso. Me dolía reconocerlo, pero era la verdad.

Me sentí mal por lo que había hecho, y como tenía una magdalena guardada en mi mochila, quise dejársela en la mesilla de noche con una nota para agradecerle lo que estaba haciendo por nosotros. Había quedado como un egoísta, y no quería que eso siguiese siendo así.

Sin embargo, al abrir el cajón de la mesilla, algo llamó mi atención. El cajón tenía un doble fondo. Allí podía estar escondida cualquier cosa, y no me iba a ir sin saber qué era.

Desmonté completamente el cajón, y al analizar fríamente lo que guardaba, me llevé una gran sorpresa. ¿Quién era realmente Jesús? ¿Era el argentino servicial que nos había ayudado, o era el hombre que tenía tres pasaportes diferentes, cada uno con un nombre distinto? ¿Con qué clase de psicópata nos habíamos encontrado?

Ya había sido suficiente, nos íbamos, no íbamos a poner nuestras vidas en peligro por permanecer en casa de ese loco. Debíamos seguir nuestro camino a Ponferrada, así que fui a decírselo a Carol:

- Carolina, tenemos que hablar, he descubierto algo muy loco, es sobre Jesús.

- A ver Manu, ¿qué coño pasa ahora con Jesús? ¿De verdad que aún

sigues con eso? Mira que eres cansino.

- Carol, te estoy hablando en serio, este tío tiene tres pasaportes diferentes, cada uno con un nombre distinto. No sé qué está pasando, pero tenemos que irnos de aquí.

- Manu de verdad, no sé qué te pasa, pero desde que llegamos aquí eres una persona completamente distinta. ¿De verdad esperas que me crea eso? Hay que estar muy desesperado. Haz el favor de irte de aquí ya.

Y me cerró la puerta en las narices, ya estaba. Carolina no me creía y Jesús ya estaba entrando en casa de vuelta. Habíamos desaprovechado una oportunidad única para escapar.

Por un momento pensé en marcharme yo solo, pero no podía dejar a Carol allí con ese hombre, debía hacer algo, y me metí en otro cuarto para pensar. Debía haber alguna manera de convencer a Carol.

Por suerte, en ese cuarto había un ordenador, y cuando lo vi, aproveché para buscar todo lo que Google decía sobre Jesús. Para mi sorpresa, Jesús no existía en Internet. Ni Facebook, ni Twitter, ni Instagram, nada. No había ni una sola noticia sobre él.

Probé con Saúl, que era su segunda identidad, pero una vez puse sus apellidos, tampoco apareció nada. ¡Qué raro! Todo el mundo suele aparecer mínimo en una página de Internet.

Probé con la última opción: Rodrigo Almansa López…

¡Eureka! Este sí que aparecía, y efectivamente, era nuestro Jesús.

Pero mi cara cambió por completo cuando vi todas las atrocidades que había cometido. El hombre era un argentino fugado de la cárcel en 2019 después de haber sido acusado de asesinar a más de 50 mujeres. Solía encandilarlas al principio, después se las llevaba a la cama, y cuando terminaban, las mataba. Ese era su modus operandi. Debía hacer algo para evitar que volviese a ocurrir, sabía que Carol era una posible víctima, pero estaba convencido de que se me había ocurrido un gran plan.

Aproveché que ellos estaban jugando al parchís en el salón, y una vez dejé todo listo, fingí estar jugando a la Play Station mientras intentaba no quedarme dormido. Estaba agotado, y aunque intenté por todos los medios permanecer despierto, acabé durmiendo cerca de una hora. En aquel momento, fue un grito lo que me despertó:

- ¡Socorrooooooooo!¡Manuuuuuu!

Era Carolina, ¡le estaba haciendo daño! ¡Mierda! Sabía que Jesús podía actuar y aún así no había estado atento. ¡Tenía que hacer algo para ayudarla! Corrí hacia la puerta, pero no pude abrirla, alguien la había bloqueado. Intenté echarla abajo, pero no había manera. ¡Joder!

La única solución era la ventana. Me daban pánico las alturas, pero debía hacerlo si quería volver a ver a Carolina con vida. Ya lo había hecho para escapar de casa hacía apenas unos días. Ella realmente me

necesitaba.

Salté desde la ventana hasta la terraza y corrí hacia el lugar del que venían los gritos. El cuarto estaba pasando la cocina, pero se me ocurrió la idea de coger un machete para poder defenderme, y para eso volví sobre mis pasos.

Una vez llegué a la puerta, no me podía creer lo que estaba viendo. Carolina estaba atada a la cama, amordazada, y Jesús, o Rodrigo, o como se llamase, estaba encima con un cuchillo. Los dos estaban completamente desnudos, y los ojos de Carolina transmitían el terror que sentía en ese momento. Debía intervenir, pero estaba bloqueado, tenía miedo.

Pensé en llamar a la policía, pero no había tiempo, además, ese hubiese sido el fin de nuestra huida. Solo yo podía salvar a Carol, ese loco no iba a tardar en cargársela y no me iba a quedar mirando.

Aprovechando que abría un cajón para coger otro cuchillo, no entiendo muy bien por qué si ya tenía uno en la mano, entré sigilosamente en la habitación. En un abrir y cerrar de ojos, me acerqué a su espalda, y sin que pudiese hacer nada para evitarlo, le clavé el machete que había cogido antes en el cuello.

La cantidad de sangre que le caía era inmensa, pensé que ya estaba muerto, pero aún así, sacó fuerzas para intentar darme una puñalada. Por suerte, Carol consiguió desviarle la mano con una patada, y gracias a ella, no me pudo hacer más que un pequeño corte. Jesús caía muerto y nosotros estábamos a salvo.

Le desaté las manos a Carolina y le pedí perdón por lo pesado que había sido en los últimos días, al fin y al cabo, aunque tenía razón en lo de Jesús, había estado muy celoso. Ella no respondió, no le quedaban palabras, pero sí que me dio un beso en los labios. Un beso de los de verdad, de los que dicen "*te quiero*". Ese no era un beso de "*muchas gracias por salvarme*", esto significaba bastante más.

Debíamos decidir qué íbamos a hacer ahora, y con un muerto en esa casa, los dos estuvimos de acuerdo en que no era buena idea quedarse allí. Carol empezó a recoger todas nuestras cosas, pero yo me quedé paralizado junto al cadáver.

Estaba asustado. Nunca había visto la muerte tan de cerca, y era más duro todavía al saber que tú eras el causante.

CAPÍTULO 12

Narra Carol

Estaba muy enfadada conmigo misma. Durante toda mi vida había tenido la sensación de que podía cuidarme sola, pero esta vez no había sido así. La realidad era que me habían engañado, y si no llega a ser por Manu, estaría ahora mismo en pedacitos. Pero ese no era mi único problema.

Aunque fuese menos importante, mi reacción después de que Manu me salvara también me preocupaba. Lo había besado por instinto, porque me había salvado; pero sentía que lo había besado a él como lo hubiese hecho con cualquier otro.

La verdad es que no me había gustado nada su actitud en el último día, y cada vez tenía más claro que lo que sentía por él no se acercaba ni mucho menos a lo que él sentía por mí. Vivíamos realidades muy diferentes, pero también era cierto que nos necesitábamos el uno al otro para seguir sobreviviendo.

Esa noche fue muy dura. Con todo lo que había pasado, habíamos dedicado todo el día a limpiar todas las pruebas que nos pudiesen relacionar con ese asesinato. Es cierto que fue en defensa propia y que si no lo hubiésemos matado la muerta habría sido yo; pero ya teníamos demasiados problemas legales como para añadir el de un asesinato a la lista.

Aprovechamos hasta la última gota de lejía, y una vez todo estuvo limpio, metimos el cuerpo en el congelador. Era necesario para que el olor no llamase la atención de los vecinos. No se nos había olvidado ni un detalle.

Durante nuestro trabajo estuve muy distante. Había sido un día muy duro y no me apetecía hablar con nadie. Acabamos sobre las 7 de la tarde, y como debíamos esperar a que anocheciese para volver a ponernos en marcha, decidimos descansar un poco.

La verdad es que no pude pegar ojo. Había sido un día con muchas emociones, y aunque sabía que nos esperaba un largo camino, lo último que me apetecía era dormir.

En la otra habitación, Manu tampoco parecía dormir mucho, y de vez en cuando incluso se escuchaba algún sonido. No quise ir a ver si estaba bien porque sabía que necesitaba estar solo. Al fin y al cabo, él había matado a alguien, y con esa carga, es muy difícil incluso vivir.

Una vez anocheció, los dos nos preparamos para ponernos en marcha. Esta vez sí que fui más cariñosa, sabía que necesitaba mi apoyo, así que intenté darle un beso en la mejilla; pero él reaccionó apartándome la cara. No sabía qué le pasaba.

Me dejaba con las ganas de animarlo, y además, volvía a la casa a por su mochila. Era muy extraño, a Manu nunca se le olvidaba nada, nunca nada se salía de su plan. Sin duda estaba muy afectado.

La situación se nos estaba complicando mucho, y aunque nosotros no lo sabíamos, la policía estaba cada vez más cerca de encontrarnos. Al parecer, un vecino nos había visto mientras dormíamos en los montes de Vilaboa, y después de peinar la zona, se ampliaba nuestra búsqueda a un rango de 25 kilómetros. Esto nos ponía en serio peligro, y nuestra escapada parecía estar muy pronto de su final.

CAPÍTULO 13

Narra Manu

Había sido agotador el día de hoy. Y total, ¿para qué? Carol no lo sabía, pero mis planes eran muy diferentes de los que ella se imaginaba.

Dicen muchas veces que las mentes malignas se heredan, y en ese momento, sentí que por fin valía la pena compartir algún tipo de parentesco con mi padre. Haber matado a Jesús me traumatizó al principio, pero una vez pasó un tiempo, entendí que lo había hecho por amor. Sí, por aquella chica por la que había puesto mi vida patas arriba. En ese momento entendí que había hecho lo correcto.

Quizás lo habitual, como hizo Carol, sería pensar que un asesinato era lo peor que nos podía venir, pero al revés de eso, era una gran oportunidad y no la íbamos a desaprovechar.

Por eso, dejé mi mochila de forma premeditada en la casa; y cuando volví a por ella, coloqué todas las partes de mi plan en posición. Salí lo más rápido posible para que Carol no sospechase nada; y una vez en la puerta, esperé a que se girase para pegar un cartel en la entrada. "*Hay un muerto en la casa, llamad a la policía*".

Era una auténtica locura hacerlo, y todo después del trabajo que nos había costado recoger todo, pero si lo hacía era porque confiaba en que nos podía venir bien.

Como había previsto, nadie se fijó en el cartel durante la noche; pero a primera hora de la mañana, se desató el caos.

Un vecino alertaba sobre la existencia de mi cartel, y la policía, muy asustada, echaba la puerta abajo en busca de ese supuesto cadáver. Dentro se encontrarían una sorpresa.

En el pasillo, mirando hacia la puerta, y colocada encima de una silla, estaba la parte más importante de este plan: una cámara de vídeo.

Mientras Carol y Jesús jugaban al parchís, me había preparado para dar el golpe maestro. Sabía que tarde o temprano Jesús iba a hacer con Carol lo mismo que hacía con el resto de chicas, así que instalé una cámara en su habitación sin que se diese cuenta.

Eso sí, no esperaba que Jesús actuase tan pronto, y al quedarme dormido, tuve que rehacer todo mi plan. En un origen, contaba con tener grabado el intento de violación y después, dejarlo atado para entregarlo a la policía en un acto de buena fe; pues llevaba años en busca y captura. Sin embargo, llegué tarde y la única solución era matarlo; lo que hizo mi plan, si es que todavía no lo era, perfecto.

El vídeo demostraba perfectamente que éramos unos pobres

adolescentes indefensos y que no habíamos matado a nadie porque sí; sino que habíamos actuado en defensa propia. Había sido una obra maestra, y solo quedaba una parte para que mi plan se completase.

Mi padre tenía muchos chivatos en la policía, y no tardó mucho en enterarse de que yo había tenido mucho que ver en esa misteriosa muerte; así que no tardó demasiado en aparecer por allí.

No podía permitir que nuestra imagen se limpiase, y aunque hubo algunos policías que no estaban dispuestos a colaborar, al final los convenció mediante un soborno para que destruyesen ese vídeo. Sin el vídeo, nosotros no teníamos defensa posible, y al haber pasado por allí, éramos los únicos sospechosos de asesinato. Mi padre estaba feliz porque le había salido la jugada perfecta, y a las 11:45, la policía nos presentaba ante la prensa como los asesinos de Jesús.

Sin embargo, se les había escapado un detalle, y en el tiempo que las televisiones tardaron en hacerse eco de la noticia, la información ya había quedado obsoleta. Sin que nadie lo esperase, había dejado programados un montón de correos electrónicos con el vídeo en cuestión a los principales medios de comunicación del país, y a las 12, mi padre recibía una estocada importante.

Telecinco cortaba su emisión habitual, y en lugar de ello, emitía el vídeo, censurado, del asesinato de Jesús. Los colaboradores se preguntaban por qué la policía había ocultado esa información, pero antes de que fuesen capaces de formular una teoría, otro correo programado llegaba a su redacción. Esta vez era un vídeo más largo, pero no contenía sangre ni asesinatos, solo estaba yo:

"*Hola a todos. Creo que no necesito presentación, pero por si alguien todavía no me conoce, soy Manu Solís. Para muchos, un ladrón de guante blanco y el responsable de haber desplumado a mi padre, pero nada más lejos de la realidad.*

Hoy, por primera vez, vais a saber la otra versión de la historia, la verdad.

Mario Solís no es solo uno de los empresarios de mayor éxito en el país, sino que es un grandísimo hijo de puta. Maltrató a mi madre desde que tengo recuerdos, y recientemente, he sido yo el objetivo de todas sus palizas. Sin embargo, esto no se queda ahí, y parece que ahora se le está dando por acusar a personas de delitos que no cometieron.

El último día que lo vi, le presenté a Carol, mi novia. Carolina es una chica que llegó aquí escapando de una madre que no la protegía; y con toda mi buena intención, le ofrecí un lugar en el que vivir. La escondí tanto a ella como a su hermana durante más de un mes; quizás no fue lo correcto, pero nos enamoramos el uno del otro; y cuando se la presenté a mi padre, nada fue como yo quería.

Carol le dijo la verdad sobre su pasado, y mi padre, para evitar que saliese con alguien de su clase social, reaccionó acusándola de un robo que

no cometió. ¿Sorprende? Porque a mí ya no; estoy acostumbrado a este tipo de atrocidades. Me dio una paliza, me encerró en mi cuarto, y para avisar a Carol de que iría a por ella, mi única solución fue saltar por la ventana. Lo hice, y avisándola de lo que se le venía encima, la convencí para darnos a la fuga.

No se puede decir que todo fuese genial; pero sin duda, la cosa empeoró cuando Jesús apareció en nuestras vidas. Bueno, nosotros lo llamamos Jesús, pero quizás vosotros lo conozcáis por otro nombre.

Rodrigo Almansa López era un violador fugado de la cárcel en 2019, y desde entonces, no se sabía dónde había ido a parar. O por lo menos, hasta que dimos con él.

Este hombre nos engañó y prometió ayudarnos; pero yo siempre le vi algo extraño, no confiaba en él. Acabé colocando una cámara en su habitación; pues Carolina no estaba por la labor de marcharse de su casa; y así, al menos me aseguraba de tener grabado todo lo que pudiese ocurrir. Y menos mal que lo hice.

Gracias a ello, no solo puedo demostrar que no hemos asesinado a Jesús a sangre fría; sino que me sirve para dejar en evidencia el gran poder de mi padre. Tenéis que abrir los ojos. Estoy convencido de que cuando se hable del asesinato de Jesús se habrá censurado todo. Yo dejaré el vídeo del asesinato en la casa, y estoy convencido de que aún así, la policía seguirá atribuyéndonos la responsabilidad del crimen y harán desaparecer esa prueba.

No os pido que hagáis nada especial, pero simplemente, luchad por nosotros. Salid a la calle, dad vuestra opinión por redes sociales, ayudadnos a poner fin a esta ola de corrupción en la que se ha convertido este país. Os doy mi palabra más sincera de que nosotros no hemos robado absolutamente nada.

No queremos seguir escapando, no queremos seguir escondiéndonos. ¿Qué delito hemos cometido? ¿El de amarse dos personas de clases sociales opuestas? Tenéis que ayudarnos, todos vosotros. Los periodistas, políticos, la gente de la calle. Solo con vuestro apoyo podremos dejar de escondernos. Debéis ayudarnos a plantarle cara a mi padre. Si no lo hacéis por la justicia, hacedlo por el amor".

El vídeo no tardó en emitirse en el resto de cadenas de televisión. Durante todo el día, nuestro nombre colapsaba los titulares de los periódicos, los informativos abrían hablando de nosotros; y por primera vez, la gente salía a la calle para manifestarse a nuestro favor. No era para menos; la policía había hecho justicia, y después de enviar a un cuerpo especial para entrar en casa de mi padre, se daban cuenta de que muchas de las cosas que supuestamente habíamos robado, estaban allí. Nuestra alianza se estaba haciendo fuerte, y aunque nosotros por aquel entonces no lo sabíamos, teníamos al país de nuestro lado.

En redes sociales, éramos trending topic indiscutible, incluso fuera de España; y en especial las clases más populares se sumaban al hashtag *#yoapoyoaMarolina*. Nuestra pareja había convencido a la gente, y "*Marolina*", el nombre con el que hablaban de nosotros, estaba en boca de todos.

Sin embargo, a pesar de que todas las pruebas estaban a nuestro favor, España se estaba dividiendo en dos bandos. Era como una segunda Guerra Civil, pero esta vez sin armas, solo usaban las redes sociales.

Las clases más altas seguían defendiendo a mi padre, convencidos de que los objetos encontrados en su casa habían sido puestos allí por alguien que colaboraba con nosotros; mientras que los menos adinerados aprovechaban la situación para convertir esto en una lucha política. Se estaba montando una buena, y delante del ayuntamiento de Cangas, una gran multitud esperaba novedades por parte de la policía.

Mi padre por fin iba a ser expuesto, y después de horas muy duras y una gran expectación por parte de la prensa, la policía confirmaba ante los medios que Mario Solís estaba en posesión de algunos de los relojes que supuestamente habíamos robado.

Parecía que la gente ya había dictado sentencia, pero mi padre todavía se guardaba un último as bajo la manga. Había movido hilos, y para recuperar el favor popular, había traído a la madre de Carolina.

Se presentaba en la rueda de prensa ante una gran expectación, y tras anunciar que venía con la intención de dar su versión de los hechos, leyó un discurso que estaba claramente preparado.

"*Hola a todos. Sé que estáis aquí porque pensáis que voy a declararme culpable y a decir que soy el malo de la película, pero eso no será así. Yo he dicho siempre que soy una persona leal a mis principios, y por ello, jamás mentiría en una cosa de tal calibre. Es cierto que algunos de los relojes que he dicho que me han robado han sido encontrados en mi casa, pero eso es porque no estaban en su sitio original. Cuando te roban, es común que los ladrones revuelvan todo, y por ello pensé que el botín que se habían llevado era todavía mayor. Pero eso no cambia nada; sigue habiendo muchos relojes desaparecidos, y si estoy hoy aquí es para desenmascarar de una vez a mi hijo y a su novia. Para eso, he decidido no venir solo; pues traigo conmigo a Mari, la madre de la chica que tantos dolores de cabeza me ha dado y que está en estos momentos escapando de la policía con la ayuda de mi hijo.*

Sé que todos estáis a su favor, pero eso es lo que ocurre cuando solo se conoce una versión de la historia. Y ya es el momento de que conozcáis mi versión.

Carolina no es la niña buena que nos han querido vender, Carolina abandonó a su madre en una situación muy delicada, cuando ella más

necesitaba su ayuda para salir de unos problemas en los que se había metido. Mari está aquí a mi lado para denunciar lo que ha ocurrido y dejar claro que todo esto es verdad; pero la cosa no se queda ahí. Si Carolina se hubiese marchado sola, probablemente se podría entender como una rabieta propia de una adolescente; pero no fue así, y con ella se llevó también a su hermana.

Esta chica es menor de edad, y por ello, lo que ha hecho Carolina es un secuestro. Mari ya lo ha denunciado; y aunque la niña estaba hasta hace nada en territorio desconocido, por fin hemos dado con ella; y el resultado de la búsqueda no podría haberme sorprendido más.

Investigando el piso de mi exmujer, la policía ha encontrado a Alexia; y por fin, la niña vuelve a estar con su madre. En cuanto a Belén, esa mujer no está bien de la cabeza, y ya está en prisión provisional mientras no se celebra el juicio.

Después de esto, creo que no hay mucho más que decir. Que la muerte de ese violador no haya sido premeditada, me alegra, pues al fin y al cabo, Manu sigue siendo mi hijo; pero eso no tiene nada que ver con el robo que he sufrido. La policía continúa con su búsqueda, y será así hasta que demos con ellos. Sé que cada vez tienen más apoyo, pero confío en que esto sirva para que la gente de este país sepa quién es el bueno de la película".

Una vez dijo esto, mi padre se fue feliz para su casa. Había manipulado todo para volver a hacernos parecer culpables, y ahora sí que todo estaba perdido. No sé cómo había conseguido darle la vuelta a la situación, pero lo único claro es que ahora era mi madre la que estaba pagando los platos rotos de nuestra huida. Ya estaba todo perdido.

Mientras todo esto ocurría, nosotros llegábamos hasta el lugar en el que debía estar el coche de Jesús. Nos había dicho que lo tenía a unos 10 kilómetros de su casa porque así se obligaba a salir a correr todos los días cuando quería usarlo; y si era así, podía ser un medio muy útil para llegar antes a Ponferrada.

Con todo el lío de lo de Jesús, Carol no había vuelto a decirme nada sobre quedarnos a dar la cara, y una vez encontramos el coche, solo faltaba que yo fuese capaz de andar más de diez metros sin que se me calase para poder salir de allí.

He de decir que no fue una tarea sencilla, pues nunca había conducido, y la verdad es que se me estaba complicando un poco. Le pregunté a Carolina si quería probar ella, pero tras negarse, no dudé en seguir intentándolo. Ese coche era nuestro salvavidas; nos podría evitar varios días de viaje.

Me estaba poniendo muy nervioso; tenía miedo de que alguien saliese a ver qué era ese ruido que estábamos haciendo; pues había unas casas muy cerca; y mientras lo seguía intentando, la primera

persiana de un vecino parecía levantarse.

Justo a tiempo, me daba cuenta de que igual lo de soltar el embrague de golpe no era buena idea y haciéndolo poco a poco, lograba por fin poner el coche en marcha. Salíamos disparados después de darle un golpetazo al acelerador; y con Carol asustada agarrándose a todos los lugares posibles, yo dejaba de acelerar para meter la segunda marcha. No había sido fácil, pero había logrado poner el coche en funcionamiento. Ahora solo teníamos que recorrer 300 kilómetros para llegar a la casa de mi abuela. Casi nada.

Aprovechamos que el coche era un Mercedes de los nuevos con GPS incorporado para no tener que guiarnos solo por los carteles; y mientras yo me esforzaba por llevar el coche por dentro del carril, Carolina era la que se encargaba de escoger la ruta sin peajes ni autopistas. No quería que alguien de un peaje nos pudiese reconocer, y tampoco estaba dispuesto a poner el coche a 100km/h en una autopista; no estaba preparado para eso.

El camino se hizo muy largo, y como no me atreví a contar nada del vídeo que había mandado a las televisiones, se hizo en un silencio sepulcral. Por una parte sabía que no estaba haciendo lo correcto. Aunque todo lo había hecho para salvarnos, hacerlo a las espaldas de Carol no era la mejor. Sabía que tarde o temprano tenía que decírselo, pero estaba esperando al momento adecuado. Tenía miedo de su reacción.

Por su parte, Carol parecía enfadada otra vez. No le había parecido bien que le hubiese esquivado el beso que me intentó dar al salir de casa de Jesús; pero tenía mis motivos.

Después de salvarla, nos habíamos dado un gran beso, y aunque en el momento pensé que era uno de verdad; nada más lejos de la realidad. Fui dándome cuenta de que, si la hubiese salvado cualquier otro, lo hubiese besado igual. No quería besos por pena ni nada de ese estilo; así que estaba dispuesto a poner tierra de por medio en nuestra relación. Yo la quería de verdad, pero no estaba dispuesto a dejar que me hiciese daño ni que jugase conmigo. Ya bastante había hecho perdonándole lo de Álex como para ahora tener que aguantar besos por pena. Eso no entraba en mis planes.

Y por fin, después de un viaje de tres horas que se había convertido en uno de cinco por la lentitud de mi conducción, lograba, no sin dificultades por culpa del GPS, aparcar el coche en la casa de Ponferrada.

Hay que decir que el aparcamiento no era el más ortodoxo del mundo; y por poco, vemos el coche marchar cuesta abajo después de que se me olvidara poner el freno de mano. Pero el caso es que no ocurrió nada, y tras coger todas las cosas del maletero, me armaba de valor para entrar en la antigua casa de mi abuela.

Aquel lugar me traía muchos recuerdos. Mi abuela era una persona muy mayor, pero a pesar de eso, hasta en sus últimos días fue muy risueña. Siempre me había cuidado muy bien, y verla apagarse poco a poco por culpa del cáncer de mama fue una de las experiencias más horribles de mi vida. Aún por encima, ella siempre decía que le iba muy bien con la quimioterapia, pero años después, descubrí que nunca se había querido someter a este tratamiento. Quizás si lo hubiese sabido habría podido convencerla.

Recordaba los últimos días con ella de forma maravillosa; estaba malita, pero compartía experiencias con toda la familia. Jugaba conmigo, hablábamos de la vida, me recomendaba películas,… Mi abuela era genial, y tan solo de recordarlo, la estaba echando de menos.

Me seguía doliendo no haber estado con ella la última semana, siempre me había atormentado eso. Me llamó diciéndome que estaba bien, y por eso decidí quedarme para jugar con mis amigos, pero la realidad era muy diferente. Estaba muy malita, y aunque solo quería evitar que la viese agonizando, no se dio cuenta de que me dejaba uno de los mayores traumas de mi vida: no haberme podido despedir de ella.

Sin embargo, eso era el pasado, y una vez conseguí deshacerme de mis pensamientos melancólicos, me di cuenta de que debía entrar en esa casa, mi abuela así lo hubiese querido. Me armé de valor para coger la llave, agarré el pomo con fuerza, y al abrir la puerta…

¡Allí había un grupo de jóvenes! Nosotros nos quedamos en blanco al ver que la casa de mi abuela había sido ocupada por unos chicos que no eran mucho mayores que nosotros; y mientras, ellos se quedaban igual de sorprendidos al vernos entrar por esa puerta. Las caras de todos eran un poema.

Por un momento, me olvidé de que esos cabrones estaban ocupando una propiedad privada, y respiré aliviado pensando que al menos no nos iban a reconocer, pero uno de ellos acabó con mi ilusión:

- ¡No me jodas que sois Manu y Carol!

El resto empezaron a señalarnos y a hablar entre ellos; y aunque Carol estaba muy nerviosa, yo estaba totalmente convencido de que mi plan había funcionado. La gente ahora debía apoyarnos.

- No os quedéis ahí, venid con nosotros, que os vamos a ayudar. Sois nuestros ídolos -dijo uno.

Era nuestro día de suerte, esto era todo gracias a mi plan. La gente confiaba en nosotros y mi padre pasaba a ser el malo.

Carol no confiaba demasiado, pero le expliqué que había hecho algo con lo que era imposible que no nos apoyase todo el mundo. Le conté todo lo del vídeo de la muerte de Jesús, y aunque se molestó por haber puesto una cámara en la habitación y por no haberle dicho nada

durante todo el viaje, su reacción fue mucho mejor de lo que me imaginaba.

También le conté que había grabado un vídeo con el que era imposible que alguien siguiese apoyando a mi padre; y aunque al principio parecía contenta, cuando los chicos que estaban en la casa le enseñaban mi vídeo, Carolina volvía a su enfado. A mí no me parecía nada tan relevante; pero ella no entendía cómo había podido decir que éramos novios o que nos queríamos. Me parecía una enorme tontería enfadarse por eso; y además, aunque ella no lo supiese, eso no era del todo falso. Pues aunque ella no me quisiese ni ver delante, yo estaba profundamente enamorado.

CAPÍTULO 14

Narra Carol

No podía explicarme lo que había dicho Manu. Vale que me había ayudado mucho y habían pasado una serie de cosas entre nosotros; pero de eso a tener una relación o a estar enamorados, había un paso muy grande. No sabía ni tan siquiera si me gustaba; era cierto que tenía algo que me atraía, pero nunca terminaba de sentir nada por él.

Sabía que todo lo hacía por ayudarme y por el bien de los dos; pero esta vez se había pasado de la raya. Lo de grabar todo lo de Jesús me preocupaba bastante. Manu sabía que no era de fiar, y en lugar de tratar de escapar de allí o de poner más empeño en convencerme para que nos fuésemos; puso una cámara con la convicción de que acabaría sucediendo algo. Así se aseguraba de tener una excusa cuando lo matase. La cabeza me daba mil vueltas, y empezaba a pensar que quizá Manu no era tan bueno como me había parecido en un principio. Lo que en un primer momento me parecía un acto muy valiente con el que me había salvado la vida, cuantas más cosas descubría, más lo veía como un acto egoísta para conseguir lo que quería. Al final, muchos dicen que la maldad se hereda; y siendo hijo de Mario, era muy probable que Manu estuviese podrido por dentro.

Estaba profundamente disgustada, pero en ese momento no debíamos discutir. Teníamos delante a unos chicos y aún no sabíamos si nos podíamos fiar de ellos. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían allí?

Manu estaba muy enfadado al verlos ocupando la casa de su abuela; pero como seguía en las suyas, no estaba dispuesto a llamar a la policía por miedo a que nos descubriesen.

Pensé que iba a acabar mal el encuentro; pues empezó insultándolos, pero poco a poco, los chicos fueron tranquilizándolo; y mientras nos repetían que estaban de nuestro lado, nos invitaron a pasar con ellos. Como para no hacerlo, la casa no era suya.

Una vez allí; Fernando, el más alto de todos, tomó la palabra:

- Chicos, de verdad que me alegro mucho de veros bien. Se ha liado una buena con lo vuestro, tenéis a todo el país dividido.

- ¿Dividido? -Preguntó rápidamente Manu, que no se explicaba cómo podía haber alguien que todavía apoyase la versión de su padre.

- Sí -volvió a decir Fernando-. Las redes estallaron a vuestro favor con tu vídeo e incluso fuisteis trending topic. Todo el mundo apoyaba a "*Marolina*". Además, esta tarde se convocaron manifestaciones a vuestro favor y salisteis en todos los programas. ¡Sois famosísimos chicos!

- ¿"*Marolina*"? Vaya cursilada -exclamé.

- Sí, pero todo el mundo os apoyaba -volvió a decir Fernando.

- ¿Por qué lo dices en pasado? -Preguntó Manu muy inquieto.

- Es que luego salió tu padre a dar una rueda de prensa con la madre de Carolina. La policía entró en su casa y descubrió que no faltaban todos los relojes que él había dicho, por lo que todo el mundo estaba en su contra. Pero explicó que con el robo habíais movido muchas cosas de sitio; y muchos ya empezaban a creerlo, pero cuando contó lo de la hermana de Carol… Ahí sí que la opinión de mucha gente cambió totalmente, y ahora es Carolina la que está en el punto de mira. No tardaron en descubrir que era tu madre la que tenía a Alexia, y después de que la madre de Carol la denunciara, está en la cárcel. Ahora Alexia vuelve a estar con su madre y Carolina acusada de secuestro.

- ¿Cómo? ¿Mi madre está con el padre de Manu? ¿Y Alexia vuelve a estar con ella? ¿Y cómo coño han sabido que mi hermana estaba con Belén? Ha tenido que ser un chivatazo de alguien, es imposible que la hayan encontrado tan rápido -grité hecha una furia.

- No te preocupes que todo está bien, -volvió a decir Fernando-. Se está relacionando a Mario con un montón de negocios turbios, y la verdad es que, poco a poco, cada vez más gente está abriendo los ojos. Pero aún queda mucho camino que recorrer.

- ¿Y entonces por qué han detenido a mi madre? Si alguien secuestró a Alexia fue Carolina, no ella -dijo Manu muy alterado.

- Eso es muy fácil Manu. Por mucho que ella no fuese la persona que llevase a cabo el secuestro, Alexia estuvo con ella sin el permiso de su madre, y aunque sea injusto porque solo os estaba haciendo un favor, es un delito -aclaró Fernando.

- ¡No! -Grité-. Lo denunciable es que una persona como mi madre pueda cuidar de una niña; eso es lo realmente preocupante. No me pienso quedar de brazos cruzados mientras están haciendo todas estas injusticias. Alexia no puede estar con mi madre; y Belén es la única persona decente en esa familia, no puede ir a la cárcel -dije con algo de desprecio hacia Manu.

- ¿Qué significa eso de que mi madre es la única persona decente de mi familia? -Preguntó Manu indignado.

- Pues lo que escuchas -contesté-. Por lo que sé, tú eres más parecido a tu padre que a ella. Manu, le has mentido al mundo entero por salvarnos el culo. Eres despreciable.

- Espera, ¿qué significa eso de que habéis mentido? -Preguntó rápidamente uno de los amigos de Fernando.

- Tranquilo, no es lo que piensas. No hemos robado nada ni mucho menos. Somos inocentes de todo lo que nos acusan; pero para ganarnos el apoyo de la gente, Manu nos ha vendido como algo que no somos. ¡No somos pareja ni lo seremos nunca! Sí, hubo atracción

entre nosotros y hemos tenido algo, pero no somos una puta relación idílica. No tenemos ni una relación. Ya estoy cansada de este paripé -volví a gritar.

- ¿Y eso es tan importante? -Preguntó Fernando.

- Pues claro que es importante -aclaré-. No podemos irnos vendiendo como algo que no somos. Si algo me demostraron estos días que estuve con él, es que se parece mucho más a su padre de lo que quiere reconocer; sino, ¿por qué diría que estamos enamorados?

- ¡Porque yo sí que estoy enamorado! -Gritó Manu al momento.

CAPÍTULO 15

Narra Manu

- Joder Carolina, no me digas que no lo notas. Estoy enamorado de ti hasta las trancas. Por eso me lo jugué todo escapando de mi padre. Por eso metí a mi madre en este lío. Por eso te salvé siempre que pude y estuve celoso de Jesús. Por eso se me ocurrió vendernos como una pareja idílica. Lo hice porque te quiero. Sé que no sientes lo mismo, pero no me importa. Esto lo estoy haciendo por ti; para que no te pase nada; y por mucho que me digas que me parezco a mi padre o mil tonterías más, lo que siento no va a cambiar.

Una vez lo dije, respiré aliviado. Por fin lo había dicho; había sacado a la luz todos mis sentimientos, y aunque Carol no sintiese lo mismo, yo ya había hecho todo lo que tenía que hacer. Al fin y al cabo, tampoco entendía ese gran enfado que tenía. Vale, le había mentido a mucha gente con lo de que estábamos juntos, pero no era para tanto. Lo había hecho por ella, por nosotros, y parecía que no lo apreciaba.

Pensé que con esto, Carol entraría en razón y entendería mis motivos; pero una vez más, no fui capaz de adivinar lo que su mente me tenía preparado. Mi declaración de amor había cautivado a todos los presentes. Bueno, a todos menos a una, a Carolina. Que si era posible, la había enfadado todavía más:

- Eres un puto hipócrita. Esto lo haces porque estamos delante de esta gente y quieres salvarte el culo, pero no, no sientes eso que estás diciendo. Tú no quieres a nadie; solo te quieres a ti. Manu, me utilizaste como excusa para escapar de tu padre; estás aprovechando esto para sacártelo de encima; y además, pones en peligro a Belén y a mi hermana. La gente puede decir lo que quiera sobre nosotros; pero la realidad es que no quiero volver a verte. No quiero volver a hablar contigo, no quiero que vuelvas a hacer nada por mí. ¡Déjame en paz!

- Carol, sabes que eso que dices no es cierto -dije muy dolido por su reacción.

- Claro que lo es, y ya estoy cansada de todo esto. Ahora voy a descansar porque estoy harta de esta pantomima; pero mañana cuando me levante voy a llamar a la policía. Voy a decirles dónde estamos y a contar la verdad de una vez. Se acabó el esconderse. Si no somos culpables, ¿por qué vamos a escapar de la justicia?

Salió por la puerta una vez terminó de decir esto, y muy afectado, no pude hacer más que derrumbarme. Me eché a llorar delante de esos cinco desconocidos; y aunque intentaban consolarme, yo solo podía

pensar en lo que Carolina había dicho.

Era cierto que si todo esto salía bien, iba a sacar a mi padre de mi vida; y también que había puesto en peligro a mi madre y a Alexia; pero en ningún momento había tenido esa intención. Lo había dicho siempre, todo lo que había hecho había sido por Carol.

Todo lo había hecho para protegerla. Es cierto que me puse celoso de Jesús; pero al final le salvé la vida y apenas me lo había agradecido. Mi vida se estaba derrumbando por completo; y por si fuese poco, tenía que averiguar cómo hacer que mi madre saliese de la cárcel.

Además, sabía que la amenaza de Carolina no se iba a quedar en nada. Cumpliría su palabra de llamar a la policía al día siguiente, por lo que debía estar preparado, debía pensar qué hacer. Quizá quedarme con ella y apoyarla en su decisión sería lo correcto; pero así le estaría poniendo las cosas fáciles a mi padre, y no estaba dispuesto a rendirme.

La situación era dramática, y mientras mis nuevos amigos (de los que aún no había recibido una explicación de por qué estaban en casa de mi abuela) me consolaban, se me ocurrió una idea genial. Me levanté rápidamente; no era momento de seguir llorando, y me acerqué a Fernando para pedirle un favor. Él tenía carnet de conducir y yo necesitaba volver a Cangas cuanto antes para tratar de salvar a mi madre; y de paso, poner tierra de por medio con Carol.

Fernando accedió sin poner problemas; era lo mínimo que podía hacer después de ocupar una propiedad privada; y aprovechando que Carol todavía no había vuelto, nos fuimos sin que se diese cuenta.

Le pedí al resto de chicos que no le dijesen nada de que me había ido hasta la mañana siguiente; y para asegurarme de que me perdonase si no nos volvíamos a ver, le dejé una nota escondida en su mesilla de noche:

"*Carol, espero de verdad que cuando leas esta nota estés más relajada y puedas entender que no he hecho nada con mala intención. Siento de veras que no nos hayamos podido despedir como Dios manda, pero tengo que arreglar todos los problemas que he causado.*

No puedo soportar que pienses que tengo maldad, y tampoco quiero seguir siendo un cobarde. Voy a hacer algo que debería haber hecho hace mucho: plantarle cara a mi padre. Espero que nos volvamos a ver.

Con cariño, Manu".

Sin dudarlo, salimos hacia el coche; y aprovechando que teníamos un gran trayecto por delante, Fernando me contó el motivo por el que estaban en la casa de mi abuela.

En un primer momento, había pensado que eran unos "*ninis*" que utilizaban la casa para hacer botellón, pero conforme íbamos hablando, me fui dando cuenta de que la realidad era muy distinta.

Realmente ninguno estaba allí por placer. Todos habían cumplido la mayoría de edad recientemente, y al ser niños huérfanos, los servicios sociales dejaban de hacerse cargo de ellos.

Se habían conocido en el orfanato; y después de días durmiendo en la calle, habían encontrado libre la casa de mi abuela.

Una vez supe su historia, mi enfado se esfumó rápidamente, y no pude hacer más que sentir pena. Habían vivido una situación tan límite como la mía y probablemente ellos no se habían quejado tanto. Se habían buscado la vida, y daba gusto que fuesen personas así las que ocupasen la casa de mi abuela.

No tardamos mucho en hacernos amigos, por lo que aproveché para contarle buena parte de mi vida. Le expliqué todo el drama que había vivido con los maltratos a mi madre y todo el calvario que mi padre nos había causado. Él me entendió perfectamente, aunque me dijo que debía estar feliz porque al menos tenía amigos que me apoyaban.

Al principio no sabía a qué se refería y por eso, cuando pudo paró en el arcén para enseñarme un vídeo de una manifestación de aquella misma tarde. Para mi sorpresa, era Álex quien estaba al frente. Al parecer, había estado defendiéndonos desde el principio e incluso había llamado a varios programas para decir lo buenas personas que éramos los dos. No sé si como disculpa por haberse tirado a mi novia o con la intención de impresionarla para volver a hacerlo. No confiaba demasiado en él.

Fernando me repitió que tenía mucha suerte de tener tan buenos amigos, a lo que respondí con una extraña mueca. Entendió que no todo era tan perfecto como parecía, y mientras volvía a arrancar el coche, le expliqué todo lo que había sucedido. Todo el proceso por el que nuestra amistad se había ido desgastando y, sobre todo, que se había tirado a Carol. Eso lo recalqué varias veces.

Por primera vez, Fernando me dio un punto de vista distinto. Me dijo que todas las amistades pasan a veces por momentos complicados, pero que depende de ambos solucionar las cosas para volver a ponerlo todo en su sitio. Como él decía, Álex había puesto de su parte ayudándome cuando más lo necesitaba; y ahora era mi turno, perdonándole sus errores en nuestra relación y lo que había hecho con Carolina. Fernando me había abierto los ojos con lo de Álex, y no solo eso, me había dado una idea brillante.

Hasta ese momento, mi plan era entregarme declarándome culpable de todo lo que mi padre nos acusaba, confiando en que así exculparían a mi madre y a Carol; pero me había dado una idea muchísimo mejor. No quería tardar en ponerla en marcha, así que le pedí a Fernando un poco de silencio para grabar un nuevo vídeo.

"*Hola otra vez, vuelvo a ser Manu. Estoy aquí porque tengo que reconoceros algo, os he mentido. Sí, lo siento mucho, pero creo que ha*

llegado el momento de ser completamente sincero con vosotros.

En el primer vídeo que hice, os conté que el cabrón de mi padre se había interpuesto en nuestra relación acusándonos de algo que no habíamos hecho, pero eso no era del todo cierto. Mi padre sí que es un cabrón y nosotros sí que somos inocentes de todo lo que se nos acusa, pero os he mentido en algo que considero muy importante. Mi relación con Carolina.

Sí, yo estoy enamorado hasta las trancas; pero aunque me duela en el alma decirlo, Carol no siente lo mismo. Hemos tenido nuestros momentos, instantes en los que parecía que íbamos a tener algo más, pero la verdad es que nunca hemos sido dos enamorados.

Es muy decepcionante admitirlo, pero era algo con lo que no os quería mentir. Sé que con todo esto he puesto en peligro a mucha gente. Me escapé con Carolina para ayudarla a huir de mi padre, pero ahora mi madre está detenida sin culpa alguna, y yo siento que, aunque en una mínima parte, soy responsable de ello.

Por eso tengo que hacer algo, tengo preparadas novedades, y pronto sabréis lo que es. Estad atentos, cuento con vuestro apoyo. Todo el que pueda, que se acerque a las 12 a las dependencias de la policía de Cangas. Salid a la calle a defender lo que es justo. Todos lo hemos visto; cualquier persona con dos dedos de frente sabe que mi padre está intentando manipularos. En nuestra mano está que, por una vez, hagamos que ganen los buenos y no los ricos. Estamos cambiando las cosas, pero para ello debemos dar el primer paso y acabar con la corrupción de gente como mi padre".

Una vez terminé de grabar el vídeo, sonreí. Fernando me miró sorprendido. No entendía por qué estaba diciendo todo eso, pero no tenía tiempo para explicárselo. Una vez llegásemos a Cangas había muchas cosas que hacer, y ahora lo que necesitaba era descansar.

Estuve con los ojos cerrados un buen tiempo, pero seguía sin poder dormir. Lo de Carolina me taladraba la cabeza, y sin darme ni cuenta del paso de las horas, Fernando me avisaba a las 7 de la madrugada diciendo que ya estábamos a punto de llegar a la ciudad.

Una vez allí, le dije todas las calles que debíamos esquivar para no encontrarnos con alguien que me pudiese reconocer; y después, lo guié hacia una casa que conocía muy bien.

En los últimos tiempos, Álex y yo no estábamos pasando por nuestro mejor momento; pero después de todo lo que me había contado Fer, tenía la oportunidad de aprovecharme de lo mal que se pudiese sentir para sacar algo a cambio.

Toqué el timbre deseando que fuese él quien abriese; y a pesar de que hubo unos momentos de tensión, una vez se abría la puerta, era Álex quien estaba detrás.

Me observaba muy sorprendido y tras mirarme con cara de pena, se abalanzaba sobre mí, me abrazaba y me decía que sentía todo lo que

había pasado.

Con la voz entrecortada, nos invitaba a pasar, y una vez nos sentamos en el sofá de su casa, empezaba a llorar pidiéndome perdón por todos los roces que habíamos tenido y, sobre todo, por haberse tirado a Carolina.

En una situación normal, no lo hubiese perdonado tan fácilmente, pero era consciente de que necesitaba su ayuda, por lo que le dije que estaba todo olvidado. Nuestra relación volvía a partir de cero; y mientras, por las escaleras se asomaba una cara muy conocida para mí.

Con un aspecto inmejorable, Javier era el policía mejor valorado de toda la ciudad; y aunque a muchos les causaba un gran respeto, para mí no era más que el padre de Álex.

Javier se quedó atónito al verme; y aunque en un primer momento pensó en llamar a sus compañeros para detenerme de una vez, Álex le explicó que antes debía escuchar mi versión.

Sin embargo, la llamada a comisaría probablemente no hubiese servido de nada, pues todos los policías estaban centrados en seguir una nueva pista.

Al parecer, un hombre nos había visto dentro de un coche; y por ello, la policía ya estaba rastreando el Mercedes Clase A que Jesús tenía a su nombre. Nadie se había dado cuenta de la existencia de ese vehículo durante la investigación de su muerte, y mi padre llamaba desesperado al cuerpo policial para quejarse de la ineptitud de la investigación.

Las protestas sirvieron de algo, y la policía nacional cedió ante las presiones de mi padre poniendo al frente de la investigación a unos policías de su máxima confianza. Quizá con otros agentes la cosa podía ponerse difícil, y mi padre no estaba dispuesto a que nos volviésemos a escapar.

Brigadas de policía salían de toda España rumbo a las propiedades de la familia Solís; y después de que varias personas hubiesen afirmado ver el coche en las inmediaciones de León, eran muchos los refuerzos que se acercaban a la casa de Ponferrada. Le estaban preparando una emboscada a Carolina y ninguno de los dos éramos conscientes.

Mientras tanto, yo, que ya había hablado bastante con el padre de Álex, me iba por fin a la cama. La charla había empezado tensa; pues Javier parecía estar más en un interrogatorio que en un sofá particular, pero una vez le fui explicando las cosas de forma coherente y fui desmontando todas las mentiras de mi padre, Javier fue confiando en mí cada vez más; y cuando ya lo tenía en el bote, le dije que tenía un plan para acabar con lo que estaba haciendo mi padre.

Antes de dormir, decidí ponerlo en marcha, y desde el móvil de

Fernando, publiqué el vídeo que había grabado en el coche. En cuanto lo hice, apagué el teléfono rápidamente para que no lo pudiesen rastrear, tal y como me recomendó Javier, y mientras a nosotros no nos quedaba más remedio que esperar hasta las 12, la cosa se complicaba mucho para la policía.

A las 9 de la mañana, mi vídeo fue un auténtico bombazo, y miles de gallegos se levantaban para poner rumbo a Cangas. Yo había prometido que pasaría algo a las 12, y todo el que podía se acercaba para seguir mostrando su apoyo.

Las redes sociales volvían a ser un clamor a nuestro favor, sobre todo hacia mí; pues muchos se habían identificado conmigo al mostrar mis sentimientos. La policía ya no sabía qué hacer.

Estaba desviando la atención de una manera fantástica; y mientras mi padre organizaba controles por toda la comunidad para interceptarme cuanto antes y evitar que entrase en la ciudad, yo ya estaba allí.

Sin embargo, ellos también me tenían preparada una sorpresa, pues había cometido un error al ser visto con el coche de Jesús; y ahora, ya solo era cuestión de tiempo que cogiesen a Carol.

No tardaron mucho más en llegar a la casa de mi abuela, y a las 9:15, un grupo de policías armados se preparaba para echar abajo la puerta.

CAPÍTULO 16

Narra Carol

La noche había sido horrible. Había estado todo el tiempo pensando en mi enfado con Manu; y después de darle muchas vueltas, había llegado a la conclusión de que se merecía una disculpa. Seguía muy molesta con la actitud que había tenido, pero yo tampoco lo había hecho todo bien, y quizás disculparme era un paso adelante para recuperar nuestra buena relación. Sabía que no volvería a haber nada entre nosotros, eso lo tenía claro, pero era una persona demasiado importante como para permitirme sacarlo de mi vida. Al contrario de lo que había dicho ayer, Manu era una buena persona; y yo lo sabía.

Me levanté a las 9 para comer algo; y cuando lo hice, Voro ya estaba levantado. Era otro de los amigos de Fernando; y según me contó, se levantaba siempre temprano por un trauma que le había causado la muerte de sus padres.

Cuando solo tenía 8 años, su familia tenía pensado ir de escapada matutina a Villafranca del Bierzo, pero la noche anterior él había estado hasta tarde viendo la televisión, y cuando llegó la hora de levantarse, no había manera de levantar al pequeño Voro.

Para no echar a perder su plan, sus padres lo dejaron durmiendo mientras ponían rumbo a Villafranca; pero lo que no sabían es que nunca más volverían a verse. Un hombre borracho se había cruzado en el camino de la pareja, y después de dar varias vueltas de campana con el coche, las autoridades solo podían encontrar sus cadáveres.

La noticia entristecía a toda Ponferrada; y mientras, el pobre Voro se quedaba solo en casa. Se había dado por hecho que el niño iba con ellos en el coche, y durante 10 días, la policía buscó un niño herido por los montes de la zona.

Por suerte, un día su tía entró en casa para recoger las últimas cosas de su hermana; y por sorpresa, se encontraba escondido debajo de una cama a su sobrino. Voro llevaba allí desde que había oído en la televisión la noticia de la muerte de sus padres; y con el dolor que eso le había causado, se había quedado encerrado en casa.

Los diez días que pasó sin nadie se notaron, y cuando su tía lo llevó al médico, el niño presentaba graves síntomas de deshidratación y desnutrición. ¡Llevaba casi 8 días sin comer! Estuvo ingresado durante varias semanas; y cuando por fin salió del hospital, era el momento de que la familia decidiese quién se haría cargo del pequeño.

Sin embargo, nadie parecía dispuesto a hacerse con su custodia, y mientras Voro se ponía cada vez más triste, no le quedaba otra opción que entrar en un orfanato.

Allí, su vida mejoró. Se hizo más fuerte, conoció a sus actuales amigos, y la tristeza por lo que le habían hecho sus familiares se convirtió en odio y rencor. Voro había evolucionado, pero no había podido dejar atrás una cosa.

En su cabeza, seguía teniendo parte de responsabilidad por la muerte de sus padres. Muchas veces se torturaba pensando en que si se hubiese levantado cuando lo llamaron, no se hubiesen encontrado con ese borracho y, quizás, en estos momentos todavía serían una familia feliz. La conciencia le jugaba una mala pasada; y desde entonces, siempre que podía aprovechaba para levantarse lo más pronto posible. Era una forma de conectar con sus padres. Era lo único que nadie le podía quitar.

Tras escuchar su historia, le di un abrazo para intentar mostrarle mi apoyo, aunque en la televisión había algo que llamaba mucho más mi atención.

Manu volvía a ser el gran protagonista, y mientras Voro me apartaba la mirada para no decirme lo que sucedía, era el televisor el que me lo aclaraba todo. ¡Manu había huido a hacer la guerra por su cuenta y me había dejado completamente sola! Me había abandonado a mi suerte con cuatro personas a las que no conocía.

Yo miraba a Voro, y al darme cuenta de que ya lo sabía, le di un empujón para evitar que me diese cualquier tipo de explicación. Estaba muy enfadada con Manu y no quería aguantar a ninguno de sus cómplices. Me fui a mi habitación a pensar lo que iba a hacer, y después de pegar un portazo, veía que alguien se atrevía a volver a abrir la puerta. Era Voro:

- Carolina, tengo algo para ti -me dijo.

- No estoy de humor para mierdas; así que si no quieres que me enfade más vete de aquí ya -grité sin ningún tipo de compasión.

- Sé lo que piensas, pero necesito que leas esto -dijo señalando una carta que sujetaba en una de sus manos.

- ¿Qué cojones es eso? -Pregunté muy enfadada.

- Manu la escribió ayer para ti antes de marcharse con Fer.

- ¿Con Fer? ¿Ha preferido marcharse con un desconocido antes que conmigo? ¡Flipo! -Volví a decir muy enfadada.

- Igual deberías leer la carta -insistió él.

- ¡No pienso leer una mierda! Estoy harta de ese puto egoísta. ¿Quiere marcharse sin mí? Que lo haga, pero luego que no diga que está enamorado. ¡Puto hipócrita!

- Creo que estás muy equivocada. Vi a Manu llorar ayer por la noche, y créeme que si en algo dice la verdad, es en que está locamente enamorado de ti. Te quiere como a nada en este mundo.

- Entonces, ¿por qué me hace esto? Si me quisiera como dices no me abandonaría aquí -repliqué.

- Tendrá sus motivos Carolina. Lee la carta y probablemente los entiendas. Creo que deberías confiar en él.

- ¡No! -Grité-. ¿Sabes qué debería hacer? Llamar a la policía y decir la verdad de todo, voy a dar la cara y a terminar con esto. ¿Quiere seguir con su ridícula protesta social? Que lo haga; pero yo voy a hacer las cosas bien. Voy a sentarme delante de un juez, decir la verdad y acabar por fin con su padre y con toda la puta mafia que tiene detrás.

Una vez dije esto, me levanté a coger el teléfono de Voro; y cuando estaba tecleando el número de la policía, un fuerte estruendo nos asustaba a los dos. Venía de abajo y no podía significar nada bueno.

Bajamos las escaleras rápidamente, y cuando por fin llegamos a la puerta principal, vimos a un grupo de más de 15 policías, armados y listos para detenerme.

No opuse resistencia, y mientras Voro protestaba porque lo habían arrestado sin motivo, una mujer muy alta venía hacia mí. La señora pedía a otros dos hombres que me atasen a una silla, y mientras me extrañaba por el procedimiento, ella se ponía de rodillas, acercándose mucho a mi cabeza.

- Muy bien niña -empezó diciendo-. Se han acabado los juegos; es hora de que empieces a colaborar. ¿Dónde coño está tu novio? -Preguntó de una forma muy agresiva.

- Para ser policía te veo muy poco informada -dije sacando toda mi chulería-. Manu no es mi novio ni lo será nunca; y si me preguntas dónde está, diría que sé incluso menos que tú.

Pensé que con esto bastaría para que me dejase en paz. Si quería interrogarme, que lo hiciese delante de un juez y con un abogado delante; pero en estas circunstancias, tenía todo el derecho del mundo a negarme a decir nada.

Desde el piso de arriba, un policía informaba de que había encontrado un chico más en la casa. Habían capturado a Carlos, y con la seguridad que había, era cuestión de tiempo que acabasen dando también con Arturo.

Yo respiraba tranquila porque la mujer se había dado la vuelta, pero el interrogatorio estaba muy lejos de terminar. Ella se giraba, y emitiendo un fuerte grito, me propinaba un puñetazo en la nariz. Empezaba a sangrar, y mientras gritaba como una loca, la señora se me volvía a acercar mucho a la cara.

- Mira niña, no estoy para juegos. Quiero saber dónde está tu novio, y si no me lo dices pronto, ese puñetazo te va a parecer una caricia cuando recibas el siguiente. ¿Me entiendes?

No asentí ni hice nada, simplemente miré para ella, desafiante. No entendía cómo una policía podía hacer algo así. Había dicho la verdad, y si pensaba que podía tratarme así es que no me conocía; yo

también iba a defenderme. No lo dudé, y al verla tan cerca, le escupí en la cara y le di un cabezazo en la nariz. Ahora era ella la que sangraba; y mientras emitía una risa muy forzada, volvía a darme otro puñetazo, esta vez en un ojo.

Volvía a acercarse a mí, como queriendo recibir otro golpe, y con su mano agarrándome la mandíbula, me dijo:

- ¿Se te está refrescando la memoria, hija de puta?

Esa mujer me estaba enfadando mucho, no tenía ningún derecho a insultarme. Era policía, pero no podía hacer eso.

Estaba ya muy enfadada, y en un acto de desesperación, intenté darle otro cabezazo. Esta vez ya se lo esperaba; pudo apartarse, y al hacerlo, caí de bruces contra el suelo. Estar atada a la silla me impidió poder frenar la caída con las manos, y cuando me quise dar cuenta, ahora era mi mandíbula la que sangraba. Tenía un ojo en carne viva, la nariz y la mandíbula sangrando; y además, estaba atada a una silla. La pelea no estaba terminando de ser justa.

La señora se tumbó esta vez a mi lado, y mientras daba golpes contra el suelo me decía:

- ¿Pensabas que la señora Messina se iba a cortar en su vuelta al trabajo? ¡Pues no! Estoy aquí para joderte la vida -gritaba mientras se levantaba para darme ahora patadas en las costillas. Eran una detrás de otra, y aunque algún policía le pedía que parase de una vez, ella seguía machacándome. Sentía como si me hubiese roto todos los huesos, y por si fuera poco, creía recordar algo sobre una tal Messina.

En el bar que había debajo de casa de mi madre te enterabas de muchas cosas; y si querías saber más sobre la actualidad en el país, el señor Marín era la persona adecuada.

Marín era un fontanero que había visto truncado su sueño de llegar a ser un gran periodista, pero nunca había dejado atrás su pasión. Siempre habíamos hecho muy buenas migas; y si no recordaba mal, alguna vez me había hablado de Tamara Messina.

Messina era una mujer italiana que había venido a España para cumplir su sueño de ser policía; y después de muchos años trabajando, era considerada una de las mayores profesionales del cuerpo. Era una fenómena resolviendo crímenes, pero las malas lenguas decían que sus métodos no eran los más ortodoxos. Sin embargo, esto no era más que un rumor, hasta que en el año 2018, todo se acabó para ella.

Estaba intentado resolver el robo de un banco gallego. La investigación iba por buen camino, y si conseguía sacarle algo de información a un miembro de la banda, podría meterlos a todos en la cárcel. Pero era bien sabido que Messina no utilizaba los mejores métodos, y en un ataque de ira al no obtener lo que quería del sospechoso, le había causado tantos dolores en el cuerpo que lo acabó matando.

Fue expulsada del cuerpo policial después de que esto se descubriese, y se hablaba de que la habían contratado algunos contrabandistas. Sin embargo, el padre de Manu debía haberla llamado para atraparnos, y estaba claro que no iba a parar hasta conseguir lo que quería. Esa mujer estaba completamente loca.

Con muchísimo miedo por lo que acababa de recordar, pegué un aullido para que dejase de destrozarme las costillas:

- ¡Para! Te diré todo lo que sé, pero para por favor -chillé con signos de estar ya muy dolorida.

Ella parecía parar, pero en el último momento, me propinaba la última patada en la mandíbula. Mi boca volvía a sangrar más y más; y mientras otro policía me levantaba, yo gritaba muy enfadada:

- ¿Por qué coño me has dado esa última patada?

- Para que tengas muy claro quien es la que manda aquí -dijo con una tranquilidad muy inquietante.

Esa mujer estaba trastornada, y si quería salir viva, tenía que contarle todo lo que sabía. No había tiempo que perder, ya estaba perdiendo demasiada sangre como para permitirme recibir otro golpe; así que empecé a hablar:

- Yo no he hecho nada malo, se lo juro por lo que más quiero -empecé diciendo muy asustada.

- A mí eso me da igual -me cortó-. Solo dime dónde está tu novio.

- Ese es el problema, que no lo sé -dije con miedo de que me volviese a dar otro golpe-. Ayer discutimos. Yo quería llamar a la policía para decir la verdad, pero él estaba empeñado en seguir con su estúpido plan.

- ¿Qué plan? -Preguntó muy interesada.

- Quería que nos escondiésemos aquí hasta que la gente se olvidase de nosotros, pero todo cambió cuando vio que habían encerrado a su madre.

- ¿Y ahora qué hará? -Volvió a preguntarme.

- No lo sé -dije mientras se me empezaban a caer las lágrimas-. Se ha marchado sin mí, me ha abandonado aquí y no me ha dejado más que una nota -alcancé a decir.

- ¿Dónde está esa nota? -Preguntó mientras me agarraba del cuello sin ningún motivo aparente.

- La he dejado en la habitación de arriba, no la he llegado a leer. -aclaré.

- Eso no se lo cree nadie niña. Como en esa carta haya alguna información que nos hayas ocultado, créeme que te va a costar caminar después de esto. Así que si quieres hablar, es tu última oportunidad -me amenazó.

Ante mi silencio, Messina hizo un gesto para que otro de los policías fuese a por la carta; y mientras, la sala se quedaba en un silencio

sepulcral. Yo solo esperaba que Manu no escribiese nada que me pudiese perjudicar; pues Messina parecía estar buscando una excusa para seguir con sus torturas. Esa mujer estaba loca, y no entendía que nadie le hubiese parado todavía los pies.

Quizás, lo único que me alegraba era saber que al menos Arturo había podido escapar; y con suerte, a él sería al único al que no le pasaría nada. Carlos, Voro y yo estábamos en serio peligro.

Una vez la carta llegó a manos de Messina, la señora se puso muy seria, y después de releerla un par de veces, se me volvía a acercar sonriendo:

- A ver niña, ¿qué significa eso de que Manu quiere plantarle cara a su padre? Explícate -decía con cara de asesina.

- No lo sé señora, de verdad -dije casi suplicando clemencia.

- Me estoy cansando de tus mentiras -dijo mientras volvía a abofetearme la cara-. Estoy muy nerviosa, y cuando estoy nerviosa, o me dicen la verdad o hago cosas muy malas.

- De verdad que estoy diciendo la verdad -repetí.

Messina se disponía a volver a pegarme; pero en ese momento, otro policía entró en escena. No tenía más de 30 años, pero a pesar de tener poca experiencia en el cuerpo, sintió que era necesario actuar:

- Tamara, déjelo ya. Es hora de llevarla de vuelta. En comisaría el señor Solís decidirá qué hacer.

En parte me alegraba escuchar que Messina me dejaría en paz; pero por otro lado, me aterraba que el poder del padre de Manu fuese tan grande como para poder torturarme en comisaría. Quizás el cambio no era a mejor, sino que me pasaría lo mismo pero en otro lugar y con otra persona.

El caso es que no tuve la oportunidad de decidir, ya que contra todo pronóstico, Messina hizo caso al joven policía, y en poco más de 15 minutos, ya estaba en el coche patrulla rumbo a Cangas. Allí nos esperaba una gran sorpresa.

CAPÍTULO 17

Narra Manu

Todo estaba ya listo. Yo le daba un último abrazo de despedida a Fer y Álex; y mientras veía como en la tele no se hablaba de nada más que de mí, me preparaba para el que sería el golpe final.

La policía seguía esperándome en la entrada de la ciudad, y mientras, la televisión se centraba en perseguir a mi padre, que parecía caminar muy nervioso delante de comisaría.

Se había montado una buena. Más de 50.000 personas habían llegado antes de que la policía cortase el paso, y ahora, una montonera de gente se acumulaba tras unas vallas que habían colocado los agentes de Cangas. Todos estaban esperando por mí; estaban dispuestos a apoyarme.

Vi el reloj por última vez: las 11:45. No podía salir todavía, lo bueno se hacía esperar, y debía poner en tensión a todas las televisiones del país.

Los minutos pasaban lentamente, y cuando el reloj daba las 12, todo el mundo se preguntaba por qué no había cumplido con mi palabra. Los periodistas se miraban entre sí sorprendidos, la gente que había venido a apoyarme revisaba mi cuenta de Instagram por si había publicado algo; y mientras, mi padre era el único que respiraba aliviado. Pensaba que me había asustado al ver tanto control policial en la entrada de la ciudad, pero estaba muy equivocado.

A las 12:10 le hice una señal a Álex para poner el plan en marcha, y en la puerta de su casa, su padre, me esperaba con el coche patrulla. Javier conectaba las sirenas, y mientras me deseaba la mayor de las fortunas, ponía rumbo a comisaría.

Todo el mundo se quedaba sorprendido al escuchar las sirenas; y para darle más emoción, aparcamos en medio de toda la multitud. La expectación era máxima, y muchos especulaban con la posibilidad de que me hubiesen capturado.

Javier salió del coche rápidamente, y bajo la atenta mirada de miles de personas, abría la puerta trasera del coche para que todo el mundo me viese esposado. Los fotógrafos grababan una escena para la historia; y yo caminaba hacia comisaría mirando al suelo.

Allí el ambiente era de júbilo. Javier explicó que me había encontrado de camino; y después de una buena persecución, había logrado capturarme. Así quedaba como un héroe ante la policía, y nadie podía llegar a imaginar lo que estaba tramando en realidad.

Fuera, el ambiente era cada vez más tenso. La mayoría coreaban mi nombre pidiendo justicia; y cada vez que un miembro de la policía

salía a la calle, aprovechaban para lanzar cualquier objeto. Mi lucha se había convertido en una lucha de las clases más bajas contra los adinerados y la policía; pero eso era algo que nos estaba viniendo muy bien. Politizar nuestro caso era una forma de conseguir más seguidores radicales; y en un momento tan delicado como este, era justo lo que nos hacía falta.

Javier fue felicitado por todo el cuerpo policial, y cuando parecía que ya no iba a tener que aguantar a nadie más, esta vez era mi padre el que se le acercaba. Estaba muy contento, y le pidió que saliese para poder hablar a solas conmigo:

- Bueno hijo, parece que hasta aquí ha llegado tu rebeldía. No creo que te sientas orgulloso.

- Estás muy equivocado, esto me ha servido para demostrarle a todo el mundo cómo eres. Puedes pagarle a mil jueces para no pisar una cárcel, pero la gente corriente sabe que no eres de fiar.

- ¿Y crees que eso me importa? Has conseguido el apoyo de todos y mira cómo has acabado.

- Estás equivocado papá. He acabado así por defender lo que era justo; porque tengo principios, no como tú -dije muy seguro de mi superioridad moral.

- ¿Eso es lo que piensas? -Preguntó-. Tú no has hecho nada de esto por principios; lo has hecho por esa chica que te engañó.

- ¡Eso es mentira! -Grité-. Hubiese hecho lo mismo con cualquier otra persona.

- Sabes que mientes -replicó-. Lo has dado todo por esa chica, has sacrificado toda tu vida sin ningún motivo. Y, ¿a cambio de qué? A la vista está que no has conseguido enamorarla, sino ella también estaría aquí.

- ¡Ha valido la pena! -Grité mientras le daba un puñetazo a la pared-. Cada una de las cosas que he hecho esta semana han valido la pena para dejarte mal a ti -dije muy enfadado.

- Ay Manu. Me hace gracia tu inocencia -empezó diciendo-. Esto se olvidará en un par de meses; pero tú no vas a tener la misma suerte. Te vas a pudrir en la cárcel por venir en mi contra, y eso ni el mejor abogado del mundo lo va a poder evitar. Así que piénsalo bien, ¿de verdad ha merecido la pena? -Insistió.

- Cada puto momento -dije poniendo fin a la conversación.

Mi padre era un completo gilipollas, pero en parte tenía razón. Toda nuestra escapada no me había servido para absolutamente nada. Carolina iría a la cárcel en cuanto diesen con ella, y yo, que podía haberme quedado tranquilo en casa, también podía acabar en prisión. Sin embargo, no me arrepentía de nada de lo que había hecho; siempre había intentado ser fiel a la verdad, y de no actuar así, no sería yo.

Mi padre ya se iba, pero en ese momento, alguien le hablaba por el walkie-talkie:

- Señor, ya está llegando el otro coche de policía. Dentro de nada tendrá allí a todos los arrestados.

El miedo se apoderaba de mi cuerpo. Debían ser Carolina y los chicos que estaban en la casa de mi abuela. Habían tardado mucho menos de lo esperado en dar con ellos.

Los minutos fueron pasando, y cerca de la 1 de la tarde, otro coche policial aparecía entre una muchedumbre que continuaba defendiendo mi libertad.

La expectación aumentaba para saber quién era el nuevo arrestado; y el grito de la multitud fue atronador cuando vieron que era Carol la que salía del coche patrulla. Messina reaccionaba rápido para evitar que se viesen los moratones de su cara; pero no era suficiente, y la gente seguía mostrándonos su apoyo al grito de "*¡Puta policía!*". Había llegado un punto en el que muchos se estaban empezando a poner violentos para defendernos.

Messina se encargó de escoltar a Carol hasta comisaría, y una vez dentro, pude ver como a mi padre se le escapaba una sonrisa victoriosa. Sabía que nos tenía al borde del precipicio.

Abrió la puerta de la celda en la que me tenían, y de un empujón, metió a Carolina dentro. Tardé en poder dirigirle la mirada, pero cuando lo hice… ¡Tenía la cara destrozada! Le grité como un loco a mi padre preguntándole qué coño le habían hecho; y mientras me ignoraba para agradecerle a Messina el trabajo realizado, no me quedaba otra que preguntarle a Carol quién le había hecho todo eso. Ella me apartaba la mirada, y mientras negaba con la cabeza, su única respuesta era un silencio infernal. Decidí respetar su silencio durante unos minutos, pero llegó un punto en el que ya no podía más:

- ¿Estás bien? -Pregunté interesándome por ella.

- Bueno, es difícil contestar a eso cuando te acaban de arrestar -dijo mirando hacia el suelo.

- Sabes a lo que me refiero, pero si no me quieres decir cómo te han hecho eso, al menos dime cómo te han encontrado, ¿al final llamaste a la policía? -Pregunté por intentar cambiar de tema. La conversación me estaba pareciendo muy incómoda.

- No, no tuve tiempo. No sé cómo nos encontraron, pero esta mañana echaron la puerta abajo y no tardaron en arrestarnos a todos.

- ¿A ellos también? -Pregunté.

- Menos a Arturo, que consiguió escapar, el resto están todos arrestados por ayudarnos.

- Joder, en vaya lío los hemos metido -dije pensando en que Álex y su padre podrían correr la misma suerte.

- Ya, la hemos liado buena. Mira la que está montada ahí fuera -dijo

refiriéndose a los gritos de la gente que seguía apoyándonos

- Sí, todos ellos están ahí por nosotros -recalqué.

- Y si no hubieses subido ese vídeo no habría sido así -reconoció por fin.

- ¿Así que por fin entiendes por qué lo hice? -Pregunté muy feliz.

- Digamos que sí. He tenido un encuentro con una amiga de tu padre y he abierto los ojos -me explicó sin levantar la vista del suelo.

- ¿Una amiga? -Pregunté sorprendido.

- ¿Te suena de algo el apellido Messina?

- ¿Esa no es la policía aquella que mató a un sospechoso?

- La misma.

- ¿Y has estado con esa mujer? -Pregunté muy preocupado. Ya entendía el porqué de todos los moratones de su cara.

- Sí, ella es la que me ha hecho esto. -dijo mirándome por primera vez a los ojos.

- Lo siento mucho.

- No tienes que pedir perdón por nada Manu. Es más, soy yo la que te debe una disculpa. No he sido en ningún momento justa contigo. Me has apoyado y ayudado siempre; y a cambio, te traicioné a las primeras de cambio, te llamé egoísta cuando más falta te hacía mi apoyo y por si fuera poco, te culpé de todo lo que me había pasado. Me siento muy mal. Esto tenemos que arreglarlo.

- Carol no tienes que decir nada más -la corté.

- Sí, necesito decírtelo. Necesito que sepas que aunque no te lo haya demostrado lo suficiente, también me preocupo por ti. Tienes que saber que siento lo que ha pasado; y sobre todo, que siento no ser capaz de quererte como tú lo haces. Sin duda eso es lo que más siento.

- Carol, no tienes la culpa de eso -dije con lágrimas en los ojos.

- Sí, Manu. Con todo lo que hiciste por mí debería estar enamorada, loca de amor, pero esta mierda de corazón que tengo no me lo permite. Créeme, esto va a cambiar, voy a aprender a quererte. Estoy cansada de dejar escapar a las personas que me quieren, y contigo estaría perdiendo la oportunidad de mi vida.

- Carolina, todavía tienes que encontrar a tu media naranja. Conmigo no ha podido ser. Me duele, pero ha sido así -dije resignado.

- No. Toda mi vida he pensado que tenía que encontrar a la persona ideal para estar a mi lado, pero en este viaje me he dado cuenta de que eso no era necesario. Con tener a alguien que te quiera a tu lado es suficiente; y sé perfectamente que tú lo haces como nadie en este mundo. Así que, por favor, déjame ser por una vez la que tome la iniciativa -me pidió-. Me gustas, no estoy enamorada de ti, pero eso se irá consiguiendo poco a poco. Así que, Manu, ¿te gustaría que lo volviésemos a intentar?

- ¿Estás segura? -Pregunté muy sorprendido.

- ¡Claro! -Respondió-. ¿Qué me dices?

- ¿Qué te voy a decir? -Exclamé muy feliz-. Claro que quiero. Lo he querido siempre.

No pude ni acabar de decirlo, porque Carol, a la que por primera vez en varios días veía muy feliz, se me acercaba para darme el mejor beso que nos habíamos dado nunca. Era irónico, pero nuestro mejor momento juntos lo estábamos viviendo entre rejas. No entendía su cambio de mentalidad, pero lo único que sabía era que me gustaba.

CAPÍTULO 18

Narra Carol

Por fin me había lanzado. Se lo debía a Manu, y ese era el momento adecuado para decirlo. Quería intentarlo de verdad; había sido completamente sincera en lo que había dicho, y ni una cárcel iba a poder separar lo que había ahora entre nosotros. Era un momento muy especial.

Me había dado cuenta de que el amor no era pensar todo el tiempo en una persona, el amor era más sencillo que eso, era preocuparse el uno por el otro, estar ahí cuando te necesitan, dar tu vida por él si es necesario, y con Manu, yo tenía una garantía de por vida.

Los besos no paraban, y aunque me iba calentando cada vez más, era Manu el que me paraba los pies. Estábamos entre rejas, y no daría buena imagen hacerlo allí; como nos descubriesen se nos caería el pelo.

Desde la calle, cada vez se escuchaban más y más gritos, pero en ese momento yo solo podía pensar en otra cosa:

- Manu, ¿cuánto crees que durará esto? -Pregunté.

-¿A qué te refieres?

- A estar juntos. Pronto nos llevarán a celdas separadas; y como nos declaren culpables, no nos volveremos a ver en un buen tiempo.

-Tranquila, eso no va a pasar -dijo muy tranquilo.

- ¿Y cómo estás tan seguro?

- ¿Escuchas todo lo que se está montando ahí fuera? -Me preguntó.

- Claro que lo escucho -respondí pensando que había que estar sordo para no hacerlo.

- Pues en algún momento nos necesitarán para contener a toda esa gente.

- ¿Cómo que nos necesitarán? -Pregunté sin entender nada.

- Esa gente está aquí por nosotros, y hasta que no nos vean salir libres o se den cuenta de que hemos mentido, no se irán de aquí.

- Pero ninguna de esas dos opciones va a ocurrir.

- Si nos ofrecen un buen trato, debemos aceptar y admitir todo de lo que se nos acusa -dijo muy convencido.

- ¿Pero eso qué sentido tiene? Perderíamos toda opción de defendernos en el juicio.

- ¿Confías en mí? -Me preguntó.

- Claro que sí.

- Pues hazme caso, sé que va a salir bien.

Y con esto se acabó nuestra conversación. Messina entraba por la puerta y los dos preferíamos que no nos escuchase hablar.

Mientras caminaba hacia nosotros, yo seguía dándole vueltas a lo que me había dicho Manu. No tenía sentido que admitiésemos todo de lo que se nos acusaba, pero si de verdad quería demostrarle que quería estar con él, debía apoyarlo en decisiones como esa. De todas formas, sería muy extraño que nos ofreciesen un trato así.

Mientras pensaba esto, Messina ya había llegado a la altura de la pequeña celda, y mientras volvía a dejar caer una sonrisa, decía:

- ¿Cómo estáis tortolitos? Parece que se os ha complicado un poco la luna de miel -dijo riéndose claramente de nosotros.

- Usted no tiene derecho ninguno a reírse -gritó Manu muy enfadado.

- Carolina -dijo dirigiéndose a mí-. ¿Aún no le has explicado a tu novio que yo puedo hablar como me apetezca? O no, espera -dijo esta vez mirando para Manu-, si ni tan siquiera es tu novia, solo es la chica que se folló a tu mejor amigo.

- Para tu información, zorra, sí que soy su novia -intervine. Estaba muy orgullosa de haberla insultado.

- Me alegro mucho por vosotros. Os va a servir de mucho cuando estéis encarcelados a cientos de kilómetros de distancia -dijo con un tono claramente irónico-. Pero no es el momento de hablar de eso, tengo un trato que ofreceros.

- ¿Qué quieres proponernos? -Dijo Manu, que retomaba así la iniciativa de la conversación.

- Una reducción de condena.

- ¿Y por qué deberíamos querer una reducción de condena si no somos culpables?

- Manuel, me parece a mí que aún no te has enterado muy bien de que va esto. A mí me da absolutamente igual que tú seas culpable o no. Por mucho que hagas, por mucho que se manifieste la gente, por muy buen abogado que consigas, no vas a poder librarte de la cárcel. Tenemos todo controlado, y no tenéis forma de salir de aquí. Si queréis estar menos tiempo entre rejas, os recomiendo aceptar mi trato.

- ¿Y en qué consistiría? -Preguntó haciéndose el interesante.

- Tendríais que salir ahora mismo y reconoceros como culpables de todo lo que se os acusa.

- ¿Y por qué deberíamos hacer eso? -Preguntó Manu, que parecía haberse olvidado de lo que me había dicho hace tan solo unos minutos.

- Porque así, en vez de pasar 25 o 35 años en la cárcel, conseguiremos que la sentencia se quede en 10 -dijo como si nos estuviese ofreciendo la oportunidad de nuestras vidas.

- No vamos a hacer eso para estar 10 años en la cárcel. Necesitamos mucho más.

- Manuel, no muerdas la mano que te da de comer. Os ofrezco 9 años que se podrían convertir en 8 si tenéis buen comportamiento. Viendo la que habéis liado, es hasta poco.

- Dame 7 años y probablemente aceptemos.

- Bueno, hoy estoy generosa. Voy a aceptar tu oferta. Pero os aviso de una cosa; el trato es llegar allí y admitir todo lo que nosotros digamos. Si decís cualquier otra cosa que no me guste, tened claro que os vais a pasar toda la puta vida en la cárcel. ¿Queda claro? -Amenazó por última vez.

Así, cerramos un trato que, a ojos de un criminal, no había sido tan malo. De 35 posibles años de cárcel, habíamos pasado a 7, pero a mí había algo que no me gustaba. Si venían a ofrecernos un trato era porque no tenían claro que pudiesen meternos entre rejas con todo el apoyo que teníamos, y solo declarándonos culpables podrían poner fin a esto. No estábamos haciendo lo correcto.

Pronto nos sacaron de la celda, y mientras Messina repetía una y otra vez lo que debíamos decir, un médico y una maquilladora entraban para tratar de curarme y disimular los moratones.

El doctor me cosía el ojo y la mandíbula; y de una forma muy dolorosa, me volvía a colocar una costilla que se me había quedado fuera de sitio. Messina me miraba riéndose; orgullosa de lo que me había hecho, y a mí no me quedó otra que volver a mirar hacia el suelo.

Una vez el médico me curó, fue turno de la maquilladora disimular todos los moratones y cicatrices. No fue tarea sencilla, pero a los 20 minutos, ya parecía que volvía a tener la misma cara que todos los días. La chica insistía en que no se me ocurriese tocarme la cara; y mientras nos volvían a recordar lo que debíamos decir, fuera ya estaba todo listo.

La expectación era máxima. La policía había montado una especie de escenario con una pantalla de cine gigante. La preparación era brutal, y aunque nadie sabía lo que iba a ocurrir, los periodistas ya buscaban un buen lugar cerca del escenario para no perderse nada.

Cuando todo estuvo listo, el padre de Manu y Messina se hicieron con el protagonismo al caminar entre las vallas que impedían el paso de la multitud.

La gente increpaba a Mario, y después de que varias personas le intentasen lanzar sus propios zapatos, un policía se ponía como escudo para proteger a nuestro mayor enemigo.

Todos los allí presentes hubiesen estado horas insultando y agrediendo a Mario; pero en ese momento, algo más importante asomaba por la puerta de comisaría.

Manu y yo salíamos escoltados por un grupo de más de 15 policías; y a pesar de estar esposados, aprovechábamos nuestros meñiques para

darnos la mano de una manera sutil. Siempre nos había funcionado en los momentos de dificultad.

El público aplaudía al vernos, y en ese momento, las televisiones de todo el país grababan un momento que ya formaba parte de la historia moderna de España.

Todos coreaban nuestro nombre, y aunque pronto diríamos algo que no les iba a gustar tanto, su apoyo nos daba fuerzas para lo que se nos venía encima.

Subimos al escenario, y resignada, intercambié una última mirada con Manu. No entendía que él estuviese tan tranquilo mientras yo apenas podía aguantar las ganas de llorar.

Cogí el micrófono primero tal y como nos habían dicho; y por un momento, me planteé decir la verdad y mandar a la mierda el trato que habíamos hecho. Sin embargo, pensé en Manu. Quería volver a intentarlo y para demostrárselo, debía confiar en él.

Probé el micrófono un par de veces para comprobar que no hubiese problemas, y cuando Messina me dio el "*ok*" con el pulgar de su mano derecha, empecé a hablar:

- Hola chicos, si estamos aquí hoy es porque tenemos una cosa muy importante que deciros…

- ¡No se escucha nada! -Gritó la multitud.

La policía no daba crédito ante el fallo repentino de comunicaciones; y cuando ya pensaban que todo se había arreglado, un vídeo empezaba a emitirse en la pantalla de cine.

CAPÍTULO 19

Narra Manu

La charla con Javier de aquella mañana no podría haber sido más productiva; pues tras contarle cada una de las cosas que mi padre nos había hecho, él mismo se ofreció a desenmascararlo.

Ambos estábamos convencidos de que había sobornado a varios policías para que nos buscasen; y si eso había sucedido, la grabación debía estar todavía en las cámaras de comisaría.

Tener ese vídeo era clave, y para ello, se coló en comisaría para robar la prueba definitiva. Había sido difícil, pero con lo cuidadoso que era siempre Javier, nadie se había dado cuenta de nada.

Una vez hecho esto, era fácil seguir con el plan. Solo hacía falta aprovechar cualquier rueda de prensa de la policía para sacar a la luz la verdad, y así, el mundo entero miraría lo que mi padre había hecho.

El plan era magnífico, y escondidos desde dentro de un coche patrulla, Javier y Álex eran los que manejaban los hilos de esta brillante operación.

La policía no era capaz de parar el vídeo desde sus ordenadores, y mi padre, sabiendo lo que se le venía encima, agachaba la cabeza; no era para menos, la grabación no lo dejaba muy bien parado:

- Os he llamado antes, y creo que no nos hemos entendido del todo bien. ¡Quiero que cojáis a esa chica ahora mismo!

- Ya lo hemos hablado Mario. No podemos perseguir a una chica sin pruebas, lo que nos pides es ilegal -respondía un hombre que resultaba ser el jefe de comisaría.

- Es que no vais a tener ninguna prueba Paco. No puedo demostrar un robo que no ha ocurrido.

- ¿Qué quieres decir con eso Mario? ¿Qué quieres que hagamos entonces?

- Inventaros las putas pruebas, me da igual cómo, pero necesito que esa niña esté entre rejas.

- ¿Se puede saber qué te ha pasado con ella? ¿No la habrás violado?

- No, a ella no. Digamos que es algo personal. Es la supuesta novia de mi hijo.

- Entiendo. ¿Y no quieres pensártelo mejor?

- No hay nada que pensar. ¿Vas a ayudarme o no?

- Depende Mario. ¿Por qué me la iba a jugar?

- ¿Qué te parece por dos millones? Vale la pena el riesgo. Al resto de policías ofréceles 100.000, pero no se lo digas a todos, solo a los que sepas que no nos van a traicionar.

- No te preocupes, menos Javi, estoy seguro que el resto no dudarán

en aceptarlo.

- ¿Y qué harás con él?

- No te preocupes, lo mandaré de vacaciones.

- Genial. Pues empezad lo más pronto posible. No quiero que esa chica sea libre ni un puto día más. Me estoy dejando mucho dinero en esto, no me falles Paco.

- Tranquilo, no te arrepentirás.

La multitud se silenciaba ante el sorprendente contenido de la grabación, y mientras el avergonzado cuerpo policial bajaba las armas en señal de arrepentimiento, mi padre intentaba escapar por detrás del escenario.

No tardaron en cogerlo, y Javier, que se había traído a dos compañeros de la comisaría de Moaña como refuerzo, era el primero en ponerle las esposas.

Tamara Messina resoplaba sobre el escenario, y mientras las televisiones todavía intentaban resumir lo que había sucedido en los últimos minutos, la fortuna nos tenía preparada una última sorpresa.

CAPÍTULO 20

Narra Carol

Cuando Messina entró a la fuerza en casa de la abuela de Manu, Voro y yo no tardamos en bajar para ver qué ocurría. El resto de chicos se escondieron, y aunque a Carlos lo acabaron encontrando, de alguna manera, Arturo había logrado librarse de los policías.

Me imaginaba que había logrado escapar por alguna ventana; pero con el control que había sobre esa casa, era imposible salir de allí sin ser visto.

Por lo tanto, ¿qué había hecho? Pues se había metido por el hueco de la antigua chimenea, y aprovechando que a nadie se le ocurrió buscar ahí, logró pasar desapercibido.

Sin embargo, la cosa no quedaba ahí; ya que el conducto tenía un pequeño agujero justo debajo del salón, y a través del mismo, podía ver todas las torturas a las que Messina me había sometido.

Arturo no era precisamente tonto; y sabiendo que todo aquello era denunciable, sacó su móvil para que quedase constancia de todo ello. Esa prueba era irrefutable, y estaba claro que si alguien la veía, Messina pasaría una buena temporada entre rejas.

Una vez todo el cuerpo policial dejó la casa, esperó un rato para asegurarse de que no había peligro, y sabiendo la magnitud de lo que tenía entre manos, salió lo antes posible para Cangas. Sabía que si alguien lo descubría estaba en peligro.

Como no tenía coche, tuvo que coger un autobús que fue haciendo paradas por todo Galicia, y por fin, a las 2 de la tarde se bajaba justo en la frontera entre Cangas y Moaña.

Su gran sorpresa fue ver cortada la entrada a la ciudad. Pensaba que había hecho el viaje para nada, pero cuando estaba a punto de rendirse, la policía se retiraba para venir a arrestar a los implicados en nuestra persecución. Los agentes se arrestaban entre ellos tras lo esclarecedor que era el vídeo, y mientras, Arturo aprovechaba el caos para llegar a nosotros.

- ¡Arturo! ¡Estás bien! -Exclamé muy feliz.

- Sí, y ya veo que os habéis reconciliado -dijo señalando nuestros meñiques, que seguían unidos.

- ¿Cómo hiciste para escapar? -Pregunté con mucha curiosidad.

- Ya os contaré. Ahora tenemos cosas más importantes que hacer.

- ¿Como qué? -Preguntó Manu.

- Como terminar de desenmascarar a los hijos de puta que os han jodido la vida.

Arturo se fue con Javier, y mientras preparaban algo de lo que nosotros no teníamos ni idea, otro de los agentes nos sacaba las esposas. ¡Volvíamos a ser libres! La gente volvía a celebrar, y con todos los periodistas acercándonos los micrófonos para que dijésemos unas palabras, el padre de Álex volvía a intervenir para advertir de la existencia de otra grabación. Las cámaras volvían a amontonarse entorno a la pantalla; y una vez empezaba el vídeo, nadie podía evitar desviar la mirada hacia Messina; curiosamente, la única del cuerpo policial a la que no habían detenido. Al fin y al cabo, ella ya no era policía.

El vídeo mostraba claramente la paliza que me había dado; y aunque la multitud celebraba mi primer cabezazo, las caras eran de pánico cuando empezaba a golpear mis costillas. El vídeo era muy esclarecedor, y conmigo completamente ensangrentada, dejaba muy poco margen a la imaginación.

Todo el mundo empezaba a abuchear a Messina al grito de "*asesina, asesina*", pero cuando parecía que no le quedaba más remedio que aceptar su derrota, se acercaba al micrófono para decir unas palabras:

- Espero que no os creáis nada de este vídeo. Es increíble lo que se puede hacer hoy en día con una buena inteligencia artificial y efectos especiales. Sed coherentes, si le hubiese metido esa paliza, ¿Carolina estaría sin ningún rasguño?

La gente se quedaba callada al escuchar su justificación, pero su mentira tenía las patas muy cortas

Le pedí una botella de agua a Álex, que acaba de subir al escenario. Joder, no podía con él, me parecía muy guapo. Todavía recordaba la noche de la semana anterior; había sido épico. Seguía sin encontrarle ningún defecto, pero aunque me gustaba rememorar esos momentos, acababa de comprometerme con Manu, y tenía claro que no iba a tropezar dos veces con la misma piedra. Por mucho que fuese la más bonita del mundo.

Una vez la botella llegó a mí, me la eché por la cara; y con el maquillaje yéndose; la gente quedaba cada vez más sorprendida al ver todos los moratones de mi cara. Manu volvía a darme la mano, y esta vez, la multitud coreaba mi nombre: "*¡Carol!, ¡Carol!*".

El apoyo de la gente estaba siendo brutal, y una vez terminé de mostrar cómo era mi cara ahora, mi maltratadora daba un paso atrás ante las amenazas de los allí presentes.

Esta vez era el público el que impedía que Messina escapase; y cuando estuvo inmovilizada, nosotros aprovechamos para hacernos con el micrófono:

- Muchas gracias a todos -empezó diciendo Manu-. Hemos vivido los que probablemente hayan sido los días más duros de nuestras vidas; nos hemos visto con un pie dentro de la cárcel, y si no hubiese sido

por todo vuestro apoyo, no habríamos salido hoy de aquí. ¡Os lo debemos todo! -Dijo mientras se le caían las lágrimas.

- ¡Sois todos geniales! -Grité para que Manu pudiese desahogarse tranquilamente-. No vamos a encontrar nunca las palabras suficientes para agradeceros lo que habéis hecho. Pero tengo que decirle una cosa a Manu y necesito que sea aquí. Igual que no podríamos haberlo hecho sin toda esta gente, hubiese sido imposible hacerlo el uno sin el otro. Manu, me he portado mal contigo en muchas ocasiones, ya lo sabes, pero no tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho por mí -paré cinco segundos para tomar aire, y después seguí con mi discurso-. Y esto tengo que decirlo también. ¡Te quiero Manu! Tengo que decirlo a los cuatro vientos; ya iba siendo hora después de todo lo que has hecho por mí. Te quiero, y esta vez nada se va a interponer entre nosotros. Esto ha sido mágico y quiero que nuestra historia sea recordada para siempre como algo especial. Como un amor especial.

- Está claro -dijo Manu secándose las lágrimas-. Un amor que movió un país.

La gente aplaudía con todas sus fuerzas un amor que, como había dicho Manu, había movido todo un país. Nosotros no podíamos parar de besarnos, y nadie, incluso los que lo veían por televisión, se atrevían a perderse ese momento. Había sido mágico.

CAPÍTULO 21

Narra Manu

Había sido algo increíble. Por fin todo se había terminado. Mi padre había sido arrestado, Messina estaba completamente rodeada de policías; y mientras, Carol y yo nos estábamos dando el baño de masas que merecíamos. Había sido menos de una semana escapando, pero a nosotros nos había parecido una eternidad. De la noche a la mañana, nos habíamos hecho conocidos en toda España; y ahora, nos estábamos besando en un escenario con cientos de cámaras grabando.

La gente seguía aplaudiendo nuestra hazaña, y cuando por fin paramos de besarnos, Alexia aparecía a nuestro lado para darle una sorpresa a Carol.

Carolina se abrazaba a ella como si llevase años sin verla; y mientras se le caían las lágrimas, le pedía perdón por haberla dejado sola. Yo no era una persona envidiosa, pero en ese momento sentí envidia por no tener también un hermano.

La que se acercó después fue Mari, la madre de Carolina. Las miradas entre ellas eran muy tensas; y por intentar ayudar, me presenté dándole dos besos a mi nueva suegra. Ella me agradecía el gesto, y una vez terminamos nuestra presentación, Carolina se acercaba para pedirle explicaciones:

- ¿No tenías suficiente con habernos amargado la existencia durante toda nuestra vida que ahora tenías que unirte a ese mamarracho? -Decía muy enfadada. Sus gritos llamaban la atención de las cámaras, que se centraban ahora en la conversación entre madre e hija.

- Carolina sé que no me crees, pero si lo he hecho es porque era la única forma de volver a veros.

- ¿Volver a vernos? Si tú no querías volver a vernos. ¡No te importamos!

- Estás muy equivocada hija -la corregía Mari-. He levantado todo Lavapiés buscándoos. Cuando este señor me dijo que te había conocido pensé que sería mi última oportunidad de recuperaros. No pude decir que no.

- ¿No pudiste decir que no? ¿Preferías dejar a tu hija como una ladrona antes que olvidarte de nosotras y seguir con tu vida de mierda?

- Carolina, no sabes lo que es echar de menos a una hija. Hay que ser madre para saberlo.

- ¿Qué coño dices mamá? ¡Llevas 10 años sin actuar como una madre! ¿Cómo pretendes que me crea eso? -Volvió a decir muy enfadada.

- Lo siento mucho. Os he fallado durante demasiado tiempo, pero si estoy aquí es porque quiero cambiar y hacer las cosas bien con vosotras. Sois mis hijas, y eso no va a cambiar nunca.

- ¿Hacer las cosas bien? Lo siento pero el tiempo se ha acabado -decía mientras bajaba del escenario lo más rápido que podía.

Mari se quedaba cabizbaja en el escenario; y yo, que no sabía muy bien qué hacer, decidí seguir a Carol para tratar de apoyarla:

- ¿Estás bien? -Le pregunté mientras acariciaba su mejilla.

- No. ¿Cómo voy a estar bien? Mi madre piensa que puede decir cuatro tonterías después de años sin hacer nada y va a volver a estar todo perfecto. Pues lo siento pero no. La que ha estado los últimos años cuidando de Alexia he sido yo, y no voy a permitir que vuelva a nuestras vidas para seguir arruinándolas. Nos habíamos escapado por algo, y para recuperarnos no basta solo con palabras.

- ¿Pero no crees que al menos sería bueno enterrar el hacha de guerra?

- ¿Para qué Manu? ¿Para que nos vuelva a fallar?

- Eso no sabes si va a ocurrir. Igual ha sido sincera y está intentando cambiar. Es tu madre, quizás deberías darle otra oportunidad.

- No lo sé, piensa que me ha hecho mucho daño -dijo sin estar ya muy segura.

- Pero está aquí Carol. Ha venido hasta aquí por vosotras.

- Manu, pero porque tu padre le habrá pagado. Eso no justifica nada.

- Pero ahora mi padre ya no está y ella sigue aquí, intentando recuperaros a pesar de que sabe que no va a oler el dinero. Valora eso Carolina, igual es cierto que está cambiando.

- Entonces, ¿qué propones?, ¿darle otra oportunidad?

- Claro, al final es tu madre.

- Mira Manu, no lo sé. Te voy a hacer caso y voy a darle una oportunidad, pero a la primera que la cague se acabó -dijo mientras se levantaba para ir a la zona del escenario…

En ese momento, el sonido de un disparo eclipsaba todo lo demás. Empezamos a respirar fuerte, y sin pensarlo, corríamos hacia el lugar del que venía el sonido. Allí, lo que vimos no pudo ser más impactante.

Mientras nosotros hablábamos, la policía aprovechaba para llevar a Messina al calabozo; y aunque al principio parecía que todo se iba a quedar en una buena cantidad de insultos, la multitud pronto empezó a ponerse agresiva. La señora había maltratado a Carol, y la gente estaba haciéndole pagar con la misma moneda.

Los agentes que llamó Javier como refuerzo hicieron de escudo para evitar que los golpes llegasen a ella; pero uno de ellos, cansado de que le tirasen objetos, no aguantó más. El joven había soportado incluso

lanzamientos de adoquines; y ya muy enfadado con una señora, se encaraba con ella para decirle que los policías que habían venido de refuerzo no merecían nada de lo que les estaba pasando. La señora no se tomó demasiado bien el enfado del joven policía, y muy alterada, sacaba una pistola que le ponía al chico en la cabeza.

Marcos, que estaba en su primer año en el cuerpo policial, daba un paso atrás, con mucho miedo; y el despiste del resto de policías lo aprovechaba la señora para tener un disparo directo hacia Messina.

La señora apuntaba, y mientras gritaba: "*¡Mereces morir, zorra!*", la bala volaba hacia su frente. Nadie se creía lo que estaba sucediendo, y en un abrir y cerrar de ojos, Tamara Messina caía al suelo, muerta, y la asesina salía corriendo del lugar del crimen. El silencio era absoluto, y mientras las televisiones cortaban su emisión por el impactante momento, nosotros llegábamos a la escena del crimen.

La gente iba poco a poco desalojando el lugar en el que tanto apoyo habíamos recibido; y nosotros, que todavía no sabíamos lo que había pasado, avanzábamos hasta que por fin pudimos ver algo. Era muy impactante. La mujer yacía muerta en el suelo, y mientras yo me echaba las manos a la cabeza con lo sucedido, Carolina se daba la vuelta ante el dolor de volver a ver un cadáver. A pesar de todo lo que le había hecho Tamara, Carol no le deseaba la muerte, y estaba claro que no iba a ser algo que fuese a olvidar pronto.

La policía se esforzaba en sacar de allí a los últimos mirones que quedaban, y una vez todo estuvo despejado, nos pidieron que nos quedásemos para responder unas preguntas.

Un compañero de Javier sospechaba que habíamos tenido algo que ver en el asesinato, y aunque parecía ser el único que pensaba así, debíamos declarar para dejar claro que no teníamos implicación alguna.

Los dos explicamos lo que estábamos haciendo en ese momento, y con el testimonio de Javier y Álex, que habían participado activamente en nuestro plan, bastó para que a los 15 minutos volviésemos a ser libres.

A la salida nos esperaba Mari, que venía a dejar a Alexia con su hermana; pues quería demostrarle a Carolina que había cambiado, y una vez la recogimos, fuimos directos a mi casa. Mi padre ya estaba en el calabozo y ahora la casa era toda nuestra.

Sentíamos que habíamos ganado la batalla más importante, y como despedida a toda la gente que nos había apoyado, decidí grabar un último vídeo:

"*Hoy es un día para estar contentos. Mi padre ha sido por fin desenmascarado y ha sido gracias al apoyo de todos vosotros, de las televisiones, de la gente que nos seguía desde otros países, de los que habéis venido hoy hasta comisaría…*

Gracias a vosotros, Carol y yo vamos a tener la oportunidad de volver a vivir como dos personas normales, la oportunidad de seguir conociéndonos, de querernos más, de estudiar lo que nos gusta, de sufrir y llorar, de discutir, de reconciliarnos; pero sobre todo, de disfrutar todo lo que nos ha deparado esta aventura.

Y es que a pesar de todo, los dos podemos decir que hemos aprendido muchas cosas con esto. Para mí ha sido fantástico descubrir a nuevos amigos sin los que esto no hubiese sido posible, como es el caso de Arturo y de Fernando; pero también, de dar una segunda oportunidad a amigos con los que la relación ya estaba más desgastada; y es que sin la ayuda de Álex no sé qué podría haber hecho.

Sin duda, podríamos decir que incluso nos ha venido bien lo que ha pasado, pero no todo ha sido bueno.

Nosotros en ningún momento hemos llamado a la violencia, no hemos pedido una manifestación violenta, y eso es lo que os debemos criticar a todos. Messina y mi padre nos habían tratado fatal a los dos, pero bastaba con mostrar vuestro descontento; no era necesario agredirlos; y en el peor de los casos, asesinarla.

Ha sido una desgracia, y todos sabemos que ha sido una persona que no representa a todo el colectivo de gente que nos ha apoyado, pero es algo de lo que en parte nos sentimos responsables. Esto no se puede permitir, y aunque haya agredido a Carolina, nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano. Por ello, pedimos a la asesina que se entregue cuanto antes, es lo mejor que puede hacer. Nosotros somos el mejor ejemplo, lo hemos hecho todo para escapar, pero al final, la policía siempre acaba dando contigo, así que si quiere hacer algo por nosotros, que se entregue.

Sentimos el daño causado a todo el mundo, a todos nuestros familiares y amigos que se han preocupado por nosotros, a la familia de Messina y al cuerpo de policía que ha actuado de forma lícita.

Esto va a suponer un final, un punto y aparte en nuestras vidas, pero no olvidaremos nunca lo que habéis hecho por nosotros, porque sin vosotros, todo esto no habría sido posible. Como he dicho antes, este es un amor que movió un país, y nadie lo va a olvidar nunca".

CAPÍTULO 22

Narra Carol

Los siguientes días fueron bastante difíciles, no fue fácil acostumbrarse a la normalidad, y más cuando todo el mundo te señala por la calle.

Sabía que necesitaba un apoyo, y para ello, decidí hacer las paces con mi madre. Me estaba demostrando que quería cambiar, se había metido en un centro de desintoxicación, y mientras, me dejaba a Alexia para que la cuidase.

Mi hermana volvía a estar feliz, y yo, que me estaba empezando a acostumbrar a vivir con Manu, todavía más.

Por primera vez estábamos haciendo vida de pareja, y aunque constantemente discutíamos, no tardábamos demasiado en volver a reconciliarnos. Éramos como un matrimonio, al fin y al cabo, habíamos vivido demasiadas cosas juntos.

La alegría estaba llegando a nuestras vidas, y el 28 de agosto, llegaba el juicio contra el padre de Manu.

Manu se vestía de gala para asistir al juzgado, y con las cámaras de nuevo persiguiéndonos, Mario sufría uno de los golpes más duros de su vida.

Su hijo declaraba en su contra por violencia doméstica y falsa acusación, y todo eso sumado a los escándalos de corrupción y malversación de fondos en los que se había descubierto que estaba implicado, lo dejaban con una pena de 35 años de cárcel. Manu recibía a cambio de todo el maltrato sufrido una compensación de 5 millones de euros, y yo, que también había sido gravemente perjudicada, de 1 millón.

Los pagos que tuvo que hacer Mario no quedaron ahí, y ante una sorprendente falta de liquidez en sus cuentas, no le quedó más remedio que embargar todos sus bienes. El Estado no tardó en sacar todos los bienes a subasta, y con todo el dinero que habíamos logrado, Manu tuvo de sobra para volver a comprar la casa que había sido de su padre; el dinero no iba a ser un problema.

Habíamos salido exitosos del primer juicio que teníamos, y muy felices, nos besábamos delante de las cámaras para que todo el mundo viese que nuestra relación seguía viento en popa. Nuestra relación continuaba siendo el principal tema de interés en España, y con la sentencia de Mario, las redes sociales no paraban de celebrar la justicia que nos había costado tanto conseguir.

Sin embargo, no todo iba a ser bueno para nosotros. Una vez se fueron todos los periodistas, nos quedamos en el juzgado para hablar

con el abogado que debía ayudarnos a sacar a Belén de la cárcel. Llevaba allí desde que mi madre la había denunciado, y como ahora ya había cambiado su declaración, era un mero trámite que Belén volviese a casa.

Pero justo cuadró que en ese momento trasladaban a Mario a prisión, y él, que conocía a los dos guardias que lo acompañaban, pedía unos minutos para tener la última conversación con su hijo:

- Ya veo que estáis muy contentos. Parece que os habéis quitado un gran peso de encima -decía como si fuésemos nosotros los malos de la película.

- Claro que estamos contentos, dije que iba a acabar contigo y así lo he hecho.

- Ay Manuel -empezó diciendo Mario-, tú sabes perfectamente que habéis ganado la primera batalla, pero la guerra todavía no está ganada. Se viene un duro invierno para vosotros. Si vuestro amor movió un país, mi venganza moverá continentes -decía mientras se echaba a reír.

- ¿De qué cojones te ríes? ¡Vete de una vez puto loco!

- No lo olvidéis. No os vais a librar de mí tan fácilmente -terminaba diciendo mientras volvía junto a los dos guardias que lo llevarían a la cárcel.

Manu se quedaba con el miedo en el cuerpo, y aunque lo intenté tranquilizar diciéndole que su padre ya no tenía nada que hacer, esa noche no pegó ojo.

La mañana siguiente era el juicio para sacar a Belén de la cárcel, y después de un largo camino hasta el juzgado, el baño de masas volvía a ser apoteósico. La gente nos pedía autógrafos y fotos; y aunque nosotros no estábamos para pensar en esas cosas, nos parábamos cinco minutos para contentar a todas esas personas que nos habían apoyado. A Manu se le veía mucho más contento después de eso.

Nos sentamos en el juzgado, y muy nerviosos, nos dimos la mano esperando el veredicto de la jueza. Ya era costumbre, las cosas solían salir bien cuando lo hacíamos.

"*Señores, señoras. Estamos aquí hoy para conocer el veredicto acerca de la aprobación del cambio de testimonio de Doña Marisol Gutiérrez contra Doña Belén Ocaña. La señorita Gutiérrez había acusado a la señora Ocaña por el secuestro sin consentimiento explícito de su hija menor, conocida como Alexia Gutiérrez.*

Tras una intensa deliberación, este jurado ha decidido no aceptar dicho cambio de testimonio; pues aunque Doña Marisol ha declarado que su primera declaración había sido bajo coacción, el estado actual de la denunciante, en estos momentos en un centro de desintoxicación, hace imposible a efectos judiciales tomar como válido su nuevo testimonio. Por lo tanto, y reafirmando lo dicho en el juicio anterior, Belén Ocaña seguirá

cumpliendo una condena de 4 años de cárcel por sustracción de una menor de edad a su progenitora".

- ¿Cómo? ¡Protesto! -Gritó inmediatamente Manu-. Esto no puede ser posible.

- No levante la voz señor Solís -dijo la jueza-. El caso ya está resuelto, y si quiere apelar, tiene desde hoy un plazo de 30 días. Le deseo suerte.

- Y tanta suerte que voy a tener. ¡Esto es vergonzoso! -Volvió a decir muy enfadado.

- Señor Solís, le invito encarecidamente a que abandone la sala. Esas no son formas para dirigirse a una jueza.

- Perdone señora jueza -intervine mientras Manu abandonaba la sala-, pero hay algo que no es correcto en lo que ha dicho. Belén no secuestró a Alexia, fui yo la que se la llevó de casa de mi madre para sacarla de allí.

- Dice entonces, señorita Gutiérrez, ¿que se declara culpable de sustracción de una menor?

- Claro que no -dije intentando salir del lío en el que me había metido-. Lo que quiero decir es que mi hermana se vino conmigo, igual que muchas hermanas que se escaparon de casa alguna vez. Nadie secuestró a nadie.

- Perdone señorita Gutiérrez, ¿pero usted es consciente de lo que está reconociendo aquí?

- Solo estoy diciendo lo que ocurrió.

- Pues se lo voy a decir claro para que no le pille por sorpresa. Lo que usted está reconociendo es un delito de sustracción de una menor sin el consentimiento de su progenitora. Y si no me estoy equivocando, parece muy claro que usted fue la que sustrajo a la menor de su núcleo familiar y la señorita Belén Ocaña la que la ocultó en su domicilio. ¿Estoy equivocada?

- ¡Claro que está equivocada! -Grité muy nerviosa-. En ningún momento ha sido un secuestro, me llevé a mi hermana por su bien y se quedó con Belén porque se lo pedí. ¿Usted considera eso un secuestro?

- Lo que yo considere da igual, lo importante es lo que considere el código penal; y el español deja muy claro que si los hechos son los descritos, usted es tan culpable como la señorita Ocaña. Así que, visto lo visto, no me queda más remedio que dejar el juicio todavía abierto. Mañana, la señorita Carolina Gutiérrez declarará como acusada. Que tengan un buen día.

Genial, la había cagado totalmente. No solo no había logrado salvar a Belén, sino que me había metido en un berenjenal innecesario. Mañana un juicio decidiría mi futuro más próximo, y si no pasaba nada extraño, la jueza había dejado muy claro que me esperaban tres

años de cárcel. ¿Por qué no habría mantenido la boca cerrada?

Salí del juzgado llorando, y mientras Manu criticaba a los periodistas la actitud de la jueza, yo me agarraba a él y le contaba, de la forma en la que me permitían las lágrimas, lo que me había ocurrido.

Manu me consolaba, y aunque la multitud volvía a mostrarme su apoyo, esta vez la realidad era muy diferente a como a mí me gustaría. La televisión lo dejaba muy claro esa misma tarde.

Muchos programas llamaron a abogados muy prestigiosos, y después de exponer mi caso, todos parecían coincidir en que no había nada que hacer. Los hechos estaban claros, y aunque la intencionalidad no hubiese sido mala, al no ser posible anular la denuncia de mi madre estaba claro que me enfrentaba a una casi segura entrada en prisión.

Me pasé toda la tarde llorando, y mientras Manu me consolaba como podía, yo solo podía pensar en que iba a volver a abandonar a Alexia. Intenté disfrutar de los últimos momentos con ellos dos, pero aunque puse todo mi empeño en olvidarme de lo que pasaría al día siguiente, mi mente no era capaz de sacárselo de la cabeza.

Esa noche no pude dormir, y después de visualizar el juicio un millón de veces, se me vinieron a la cabeza las palabras del padre de Manu: "*mi venganza moverá continentes*". Claro, podía ser que esto fuese cosa suya; era la única explicación lógica. Sin embargo, si eso era así, significaba que mantenía un gran poder incluso en prisión, lo que dejaba claro que probablemente su venganza no se iba a quedar ahí.

La mañana siguiente me levanté temprano. No quería perder mis últimas horas de libertad tumbada en cama.

Manu también estaba despierto, y aprovechando que estaba preocupado por mí, le pedí que me acompañara a dar un paseo. Eran las 6 de la mañana, pero a pesar de eso, ya teníamos dos fotógrafos esperándonos en la puerta de casa.

Les pedimos un poco de intimidad para el que posiblemente fuese nuestro último momento juntos en mucho tiempo, y aunque al principio parecían no entendernos, al final accedían a cambio de un último posado juntos.

La noche poco a poco se iba iluminando con un precioso sol naciente, y bajo un increíble amanecer caminábamos nosotros, agarrados de la mano. Sentía que éramos uno, que habíamos alcanzado un nivel tan increíble en nuestra relación que nadie podía hacer nada por separarnos, pero por desgracia, todo lo bueno llegaba a su fin.

Manu lo sabía también, y después de llevarme a la playa, me preguntaba:

- ¿Lo ves?

- ¿Lo qué? -Pregunté sin entender nada.

- El mar -dijo en un tono bastante misterioso-. Va y viene constantemente; con rocas, algas, restos de comida,… Todo erosiona la arena, la cambia, y a pesar de eso, una vez vuelve a venir la marea, la arena vuelve a estar ahí, no escapa.

- ¿Qué dices Manu? -Dije sin poder evitar reírme ante lo patético que me parecía lo que había dicho.

- No te rías que esto es serio -dijo-. Esto nos representa a nosotros. Tú eres el mar, que puede irse un tiempo; pero en cambio, yo soy la arena, que está ahí a su regreso para que el mar le traiga cosas buenas. La arena sin el mar no es nada, igual que yo sin ti.

- ¿Qué significa eso? -Pregunté sin entender nada todavía.

- Que te voy a esperar Carolina. Que si por cualquier cosa tenemos que pasar un tiempo lejos, te voy a esperar. No me importa el tiempo que tenga que pasar, te quiero.

- Manu, sabes que no es necesario. Somos jóvenes, y si estoy fuera varios años, entendería que rehicieras tu vida con otra persona -le dije pensando más en su bienestar que en el mío.

- Carol, te quiero como a nada en este mundo, sabes que si he hecho todo lo que he hecho, no dudaré en esperar un par de años por ti -dijo mientras yo acurrucaba mi cabeza contra la suya. Lo que me había dicho había sido muy bonito, y quería agradecérselo de alguna manera.

Estuvimos un buen rato sentados en la arena, simplemente disfrutando del sonido del mar. Poco a poco nuestro momento se estaba acabando, y con la llegada de la gente, era muy probable que pronto apareciese un periodista con la intención de sacar alguna foto.

Para evitarlo, volvimos a caminar agarrados de la mano hasta nuestra casa; y después de darle la última bocanada de aire al exterior, entré para pasar allí mis últimas horas.

Esperé un rato, y a las 8, llamé a mi madre para decirle que se lo perdonaba todo. Sabía que nos había hecho mucho mal, pero a pesar de todo, ahora se estaba desviviendo por ser una persona mejor. Me correspondía a mí ayudarla a ella. Decirle eso le supondría un subidón muy importante; y así, podría volver a hacerse cargo de Alexia mientras yo pasaba un tiempo fuera.

Con eso arreglado, pasé mis últimos minutos a solas con Manu; pero cuando Alexia se despertó, la despedida pasó a ser cosa de tres. Le pedí que se portase bien, que ayudase a mamá en lo que pudiese, y sobre todo, que estudiase para asegurarse un futuro. Alexia era lista, y sabía que me haría caso.

A las 11 poníamos rumbo al juicio, y ante un último baño de masas, decidí pararme a agradecer el apoyo de todo el mundo:

"*Muchas gracias a todos, si hoy de verdad es mi último día en libertad, espero que me creáis cuando digo que nunca olvidaré todo el apoyo que me habéis dado. Sois todos increíbles, y sin vosotros, no sería nada*".

No estaba como para extenderme mucho más, no quería ponerme a llorar; y además, el juicio estaba a punto de empezar.

La jueza ordenaba un bloque de folios y mientras todo el mundo se iba sentando, Manu me daba la mano por última vez para demostrar que estaba ahí apoyándome.

El silencio aparecía en la sala, y tras unos segundos de tensión, la jueza tomaba la palabra.

Emitió un discurso poco importante, y tras unos minutos en los que creo que nadie le prestó atención, por fin empezaba con lo importante:

"*Carolina Gutiérrez, según la sentencia de este jurado, es usted culpable del delito de sustracción de menores a su progenitora y pagará con una pena de 3 años de prisión*".

Resoplé resignada ante la sentencia, y mientras Manu volvía a apretarme la mano con más fuerza, solo podía pensar en lo duros que iban a ser los tres próximos años. Como dije ayer, la venganza de Mario iba a ser muy dura, y no había hecho nada más que empezar.

CAPÍTULO 23

Narra Manu

¡Joder! ¿Cómo podía estar siendo la vida tan injusta con nosotros?

Al despedirme de Carol intenté disimular mi enfado lo máximo posible. Quería tener un recuerdo feliz de la última vez que nos veíamos, y después de prometer que la iría a visitar todas las semanas, los guardias que la llevarían al centro de menores en el que pasaría su primer año de condena no tardaron en llegar.

Salí de allí con mucha rabia contenida; y cuando me aseguré de que Carolina ya no podía verme, le pegué un puñetazo a la pared con todas mis fuerzas. Emitía un enorme grito de dolor, y cuando me quise dar cuenta, mi mano no paraba de sangrar.

Por suerte, mi grito había llamado la atención de varios periodistas, que al verme, me llevaron al hospital.

Durante el viaje no pude parar de llorar de la impotencia; y cuando llegué por fin con la enfermera, me hizo un vendaje para cubrir los nudillos más destrozados que había visto en su vida.

Después de hacerme muchas preguntas sobre si tenía pensado autolesionarme, me dejaba por fin irme a casa; ahí empezaría el verdadero infierno.

La casa se me hacía muy grande a mí solo, y por cada esquina, lo único que podía ver eran recuerdos de Carol. Lloré durante horas, y cuando mis ojos ya no podían aguantar más, sonaba el timbre.

Pensé que podría ser Carol. Quizás la jueza la había absuelto tras pensárselo mejor, pero nada más lejos de la realidad. Al abrir la puerta, allí estaban Fernando y Álex, que al verme se fundían conmigo en un abrazo. Ellos volvían a estar ahí en el momento más difícil de mi vida; y aunque parezca poco, ese abrazo significaba mucho.

Estuvieron toda la noche animándome, tratando de que pensase en otra cosa; pero no era capaz. Todo estaba era muy reciente, y sabía que me iba a costar un tiempo aprender a vivir con ello.

Nos dormimos tarde, y a la mañana siguiente, mis dos amigos volvieron a dejarme solo. Esta vez lo llevé bastante mejor. Estuve viendo un par de películas en la televisión, pero a las 6 de la tarde, una noticia me sorprendía en medio de mi maratón de cine.

Al parecer, la policía por fin había dado con la mujer que había disparado a Messina. Tras mucho investigar, se descubrió que la asesina era nuestra primera gran fan. Nos había defendido desde el principio, pero había cometido una insensatez por la que debería pagar.

El juicio se programó rápido, y para el día siguiente, todo el mundo

se debatía entre una condena de 35 años o la cadena perpetua.

Sin embargo, el resultado del juicio no dejó indiferente a nadie, y la sentencia del jurado la dejaba con tan solo 15 años de prisión por cumplir. La pena era mínima por haber cometido un asesinato, y con eso, la sentencia de Carolina tenía todavía menos sentido.

Pero la cosa no se quedó ahí, y a lo largo del día se descubrió lo que había dicho esa mujer en el juicio. Al parecer, mis vídeos defendiendo nuestra inocencia habían causado en ella una agresividad incontrolable, y según había declarado, el asesinato había tenido lugar por culpa de mis palabras.

Lo más espectacular no era que ella hubiese dicho eso, sino que la jueza, habiendo visto que en los vídeos no hacía ningún llamamiento a la violencia, se lo había creído. No tenía ni pies ni cabeza; pero para justificar su defensa, ese mismo día la mujer me denunciaba por incitación a la violencia. No sabía si reír o llorar; y ahora, en todos los programas pasaban a debatir si tenían alguna posibilidad de meterme entre rejas.

No me atreví a volver a encender la televisión, tenía miedo de escuchar algo que no me gustase, y tras llamar al mejor abogado que encontré, me sentí listo para defenderme ante esa acusación infundada.

Mi abogado contrató a un investigador para conocer más sobre la persona que me estaba denunciando; y después de mucho investigar, averiguó que la señora era una antigua médico. Había cometido un error en una operación, y por ello, había sido suspendida durante unos meses. La mujer se tomó el cese temporal de su actividad laboral muy mal, y una vez la llamaron para regresar, nunca lo hizo. Se empezó a relacionar con gente muy peligrosa y tuvo una hija con un narcotraficante colombiano que murió a los 5 años en medio de un tiroteo.

Desde entonces, la mujer quedó muy tocada anímicamente, se separó de todo el mundo, y en un lapsus de dos años, nadie supo nada de ella. Sin embargo, con nuestro escándalo volvió a aparecer e incluso se abrió redes sociales para defendernos. No entendía muy bien por qué lo había hecho, pero cuando vi la foto de su hija, lo entendí. La niña se parecía muchísimo a Carolina, y probablemente la mujer, que no estaba bien de la cabeza, podría haber pensado que Carol era en realidad su hija.

Pero esto no explicaba su cambio de actitud después de haber disparado a Messina. ¿Por qué lo habría hecho para después volverse en nuestra contra? Pero un pago en su cuenta sí lo hacía.

Desde un paraíso fiscal, una misteriosa persona le había dado 1 millón de euros a la mujer el día antes de que la policía diese con ella; y aunque el investigador no me podía asegurar su identidad, lo

teníamos muy claro: era mi padre, él seguía moviéndolo todo desde la cárcel.

Todo esto era una cúmulo de situaciones horribles que se habían vuelto en mi contra, pero ahora, al menos ya teníamos un punto para empezar a preparar mi defensa.

Fue un trabajo muy duro, pues el juicio estaba programado para el 7 de septiembre, y con solo una semana por delante, estaba muy agobiado con la cantidad de cosas que tenía que aprenderme para recitar en el juicio. Mi abogado me insistía diciéndome que todo era muy importante, pero aunque lo intentaba de todas las formas posibles, me era muy difícil recordar prácticamente nada. Tenía la cabeza en otra cosa.

Llevaba un tiempo pensándolo. Si mi padre había tenido algo que ver en que esta señora se volviese en mi contra, ¿habría tenido algo que ver en lo de Carolina? Era muy posible que la respuesta fuese afirmativa, pero si quería saberlo de verdad, debía ir de viaje a la cárcel.

Esa misma tarde cogí el autobús para A Lama, la cárcel de Pontevedra, y después de pensármelo mucho en la puerta, decidí entrar.

Dentro, al preso le informaban de que tenía visita; y sorprendido, acudió a la sala en la que me encontraba. Mi padre ponía al verme la cara más alegre que tenía, y mientras, yo trataba de disimular la gran preocupación que tenía dentro.

- ¿Qué pasa Manu? ¿Ya me echabas de menos? -Dijo intentando hacerse el gracioso.

- Muchísimo -respondí de forma irónica.

- Entonces, ¿a qué se debe el placer de tu visita?

- ¿Has sido tú verdad? -Pregunté sin miramientos.

- ¿A qué te refieres?

- Lo de Carolina, mi juicio. Esto todo lo has hecho tú -dije muy seguro de mí mismo.

- Me alegro de que por fin me vayas conociendo -dijo mientras me tocaba el hombro-. Ya son muchos años, y si digo que voy a hacer una cosa, la cumplo. Os avisé de que mi venganza iba a ser muy dolorosa, y hasta ahora, no estoy fracasando.

- ¿Y qué piensas hacer? ¿Meterme otros tres años en la cárcel como a Carolina? ¿Y ya está? ¿Qué es eso comparado al tiempo que vas a estar tú aquí?

- Ay Manu. Sigues siendo un ingenuo. De verdad que no entiendo cómo me has podido causar tantos problemas, ¿por qué no piensas las cosas antes de hablar? ¿De verdad crees que mi estancia en la cárcel va a ser como la vuestra? Estás muy equivocado -decía mientras volvía a sacar a pasear su puta sonrisa.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Pues está muy claro. Vosotros no aguantaréis en la cárcel los tres años que os condenarán; y mientras, yo seguiré viviendo como un rey. Suponía que ya lo sabías, pero por si acaso, te lo digo. Aquí con un par de llamadas estás como en casa. Estoy aislado del resto de presos, mis amigos me visitan cuando quieren, puedo seguir manejando mis negocios. ¿Qué más quiero?

- Libertad.

- No me hagas reír Manu -dijo mientras emitía unas carcajadas-. ¿Piensas que no soy libre? ¿Crees que no puedo salir si me apetece?

- No creo que vivas tan bien ni tengas tanto control como dices.

- ¿Quieres comprobarlo? -Amenazó.

- No tengo interés en volver a saber de ti. Ya he conseguido lo que quería -dije mientras me levantaba-. Ahora más te vale olvidarte de que tienes un hijo.

- ¿Un hijo? Yo hace tiempo que no tengo de eso -dijo con clara intención de hacer daño.

Me marché de la cárcel muy enfadado; en parte me arrepentía de haber ido a hablar con mi padre; pero por otro lado, así me había asegurado de que era él quien nos estaba haciendo todo esto. Sin embargo, seguía sin saber cómo pararlo.

Estaba claro que no tenía intención alguna de enterrar el hacha de guerra, y ahora, todo estaba en manos de la justicia para evitar también mi entrada en prisión.

Una vez más, estaba de bajón después de hablar con mi padre; y para intentar animarme, me pasé por el Centro de Menores del Avelino Montero, donde tenían encarcelada a Carolina.

Era la primera vez que iba a visitarla, y aunque venía de ver las duras condiciones de la cárcel de A Lama, el centro de menores me impactó todavía más. Esto era diferente. No eran señores de 40 años que habían acabado metidos en problemas; sino que eran niños de 12 a 17 años que habían cometido un error en su vida. Eran niños como yo; que al fin y al cabo, no tenían culpa ninguna más allá de la educación que habían recibido. Y no sé por qué, pero ver ese panorama me dolió en el alma.

Tuve que cruzar la sección de hombres, y después de ver a un niño de 12 años intentando apuñalar a otro que le debía sacar por lo menos cuatro, por fin llegué a la sección femenina. Pensé que allí el panorama no iba a ser tan desolador, que las chicas serían más civilizadas, pero una vez me senté a hablar con Carol, me explicó que eso era lo más parecido al infierno.

Carolina venía con moratones por todo el cuerpo, y es que según me contó, había un grupo de 3 chicas que tenían aterrorizado a todo el centro. Tenían 17 años pero parecían mujeres de 35. Medían cerca de

1,80 y se veía que se habían pasado con las horas de gimnasio.

Carol me dijo que estaba intentando aguantar los dos meses que quedaban para que saliesen de allí, pero me explicó que iban a paliza diaria con todas las chicas de la sección y que los guardias no hacían nada.

De la impotencia, se puso a llorar, y aunque la intenté consolar, esas lágrimas me habían dejado hecho polvo.

A pesar de eso, la animé a seguir aguantando, esquivando a esas chicas lo máximo posible; pero ella estaba aterrada. Las tres eran muy salvajes, pero Alexa era la que más miedo le daba. No era para menos, ya que le había dicho que le iba a partir las piernas sin conocerla de nada. Esa era la cruda realidad.

En ese momento lo pensé por primera vez. Todo eso que estaba viendo hoy era lo que me esperaba durante tres años si acababa perdiendo el juicio, y como decía mi padre, allí era imposible sobrevivir. Pensaba en el niño de 12 años que intentaba apuñalar al chico que parecía mucho mayor. ¿Cómo iba a sobrevivir allí? Estaba aterrado.

Para intentar no pensar en eso, le conté a Carol lo que había descubierto al ir a hablar con mi padre. Pero a ella parecía no sorprenderle, y me decía que para descubrir eso podía haberme ahorrado ir hasta allí. Ella había tenido claro desde el principio que todo era cosa suya, pero a mí no se me había pasado por la cabeza pensar que desde la cárcel tendría tanto poder. Al final, mi padre tenía razón diciendo que era un ingenuo.

Seguimos hablando un buen rato sobre todo lo que había pasado en los últimos días, pero al poco tiempo, uno de los guardias nos dijo que se había acabado el tiempo de visitas. Nos despedíamos con un beso, y mientras el guardia se la llevaba, me deseaba suerte para mi juicio. Visto lo visto, más me valía tenerla.

Tras este encuentro, los siguientes días no fueron mucho mejores; todo el tiempo con Aleix, mi abogado, preparando lo que íbamos a decir en el juicio. Tenía tal dolor de cabeza que no me daba cuenta de que si esos eran mis últimos días de libertad, no los estaba disfrutando como debería.

Esas noches, un pensamiento rondaba mi cabeza constantemente. Si la primera vez habíamos huido, ¿por qué no lo habíamos vuelto a hacer? Quizás nos habíamos confiado al tener el apoyo de la gente, pero a pesar de eso, mi padre estaba demostrando que era mucho más fuerte.

Llegué a plantearme en varias ocasiones si debería aprovechar, ahora que todavía tenía la oportunidad, para escapar. Al fin y al cabo, no podía hacer nada por mi madre y por Carol, y quizás, visto lo visto, era mejor salvarme yo, que era el que podía. Sin embargo, no me

parecía justo hacer eso, y confiando en que lograría defender mi inocencia ante el juez, decidí presentarme al juicio.

El día antes estaba muy nervioso, y como era incapaz de memorizar nada más, Aleix me daba el día libre para que hiciese lo que quisiera. Podía haberme ido al cine o de fiesta con mis amigos, pero decidí volver a la cárcel de A Lama. Esta vez para ver a mi madre.

La sección femenina estaba justo encima de la masculina, y al pasar por allí, tuve miedo de volver a cruzarme con mi padre. No quería volver a hablar con él.

Por suerte, no coincidimos, y después de casi media hora de espera, por fin pude hablar con mi madre.

Al revés que con Carolina, con ella tuve que hablar a través de un teléfono, y además, una lámina de cristal nos impedía darnos un abrazo. No entendía el porqué de esa medida. ¿Acaso era una presa peligrosa?

Mi madre, que llevaba sin verme desde antes de que me hubiese escapado con Carol, se echaba a llorar al verme; y yo, al verla derrumbarse, solo podía pedirle perdón por todo el daño que le había causado. Al final, si no le hubiese pedido que se quedara con Alexia, no estaría en la cárcel; pero ella me repetía una y otra vez que no tenía la culpa de nada.

Puso su mano justo enfrente de la mía en el cristal, y mientras me miraba a los ojos, dijo:

- Manu, tú olvídate de todo sentimiento de culpa que tengas. Ni Carol ni yo estamos en la cárcel por tu culpa. Tienes que dejar de pensar en eso y centrarte en ser lo más feliz posible.

- Mamá, pero eso es muy difícil.

- Ya lo sé cariño, pero tienes que intentarlo. Nosotras vamos a estar un tiempo aquí, pero vamos a salir antes de lo que piensas. Eres libre y tienes que aprovecharlo.

- Mi juicio todavía es mañana, aún puedo acabar como vosotras -la corregí.

- Deja de decir tonterías -me tranquilizaba-. Si nadie se cree a esa mujer. ¿Qué es eso de incitación a la violencia? Ni que tú la obligaras a disparar.

- Ya, pero una vez se mete papá entre medias, todo es posible.

- ¿Tu padre está metido en esto? -Preguntó muy sorprendida.

- Sí. Está metido hasta el fondo. Dijo que se iba a vengar de nosotros y de momento lo está cumpliendo. Os ha encerrado a Carol y a ti; estoy seguro de que soy el siguiente.

- Manu, si tu padre está detrás de todo esto, ten cuidado. Él conoce gente en todos lados, no te puedes fiar de nadie. Piensa que cualquiera puede jugártela.

- Lo sé mamá, soy consciente.

- No Manu, no lo eres. Te lo digo completamente en serio -repetía mientras el guardia hacía gestos de que se había acabado nuestra conversación-. ¡Ten cuidado! Y mucha suerte en el juicio, te quiero hijo.

- Y yo a ti mamá -grité mientras se la llevaba el guardia.

Salí de la cárcel tal y como entré; mi madre no me había ayudado nada; incluso, si cabe, me había preocupado más. Ahora solo quedaba volver a casa y disfrutar de las que podrían ser mis últimas horas de libertad.

Volví cabizbajo, muy pensativo. Era consciente de la que se me venía encima y, sinceramente, no me veía preparado. Me arrepentía de no haberme apuntado a boxeo o a karate cuando era niño. ¿Por qué no lo habría hecho? Tal vez me hubiese venido bien para defenderme.

El caso es que ahora ya no había nada que hacer, y solo faltaba rezar para no ser uno de los objetivos de los malotes de la cárcel. No quería ser el que recibiese las palizas.

Mientras pensaba en todo esto, metía la llave en la puerta de casa, y una vez dentro… ¡Sorpresa! Fernando y Álex estaban allí con todos mis compañeros de clase, amigos de la infancia, personas con las que había estado de fiesta,… Todos habían venido para animarme. Podía ser mi último día en libertad, y ellos iban a hacer todo lo posible para que fuese increíble.

Y la verdad es que lo consiguieron, porque la noche fue sencillamente espectacular. La fiesta duró hasta las cinco de la madrugada y no paramos de cantar y bailar en ningún momento. Ahogué las penas en el baile; y aunque parezca mentira, funcionó.

Al día siguiente era una persona feliz, y tras mucho tiempo, por fin estaba perfectamente preparado para afrontar el juicio que decidiría mi vida.

Llegué sonriente al juzgado ante un montón de personas que me perseguían y me preguntaban si confiaba en ganar el juicio. Yo respondía con soberbia diciendo que iba a ganar, y toda la prensa volvía a reunirse para un último y definitivo juicio. Esto decidiría la victoria final.

El juicio empezó muy bien, con Aleix defendiendo todo tal y como habíamos practicado, y cada vez que me llamaba a declarar, yo recitaba a la perfección lo que me había dicho. Era todo genial, estaba saliendo a la perfección.

El juez ordenó un descanso a las 2 de la tarde para comer, y así, a las 4 se reanudaría el juicio. Me iba a sentar solo en la cafetería, pero en ese momento, otro chico me preguntaba si podía sentarse conmigo.

Después de pensarlo un poco, le dije que no había problema, aunque me arrepentí cuando me dijo que era becario en un periódico. Me contó bastante sobre su carrera y su trabajo, sin preguntarme nada

sobre mi juicio. Realmente me lo estaba pasando muy bien; ese día, a pesar de todo, era feliz.

Ese chico me había caído muy bien, y nuestra charla me había servido para desconectar del juicio, así que pensé que no sería mala idea concederle una entrevista. Él aceptó encantado; y mientras me grababa con una pequeña cámara que lo acompañaba a todas partes, me decía:

- Hola Manu, de verdad que te agradezco mucho que quieras hablar conmigo. ¿Por qué me has concedido la entrevista?

- No había hecho nunca una entrevista, y si lo he hecho hoy es porque me has ayudado a dejar de pensar en el juicio por un momento. He hablado contigo como si fueses un amigo, y eso lo valoro mucho; por eso quería hablar contigo y no con cualquier otro - dije con toda la sinceridad del mundo.

- Te lo agradezco muchísimo, pero tengo que preguntártelo. ¿Qué piensas que va a pasar hoy?

- ¿Te digo la verdad? -Pregunté.

- Claro.

- Pues que voy a perder, me van a caer un par de años de prisión y voy a tener que ingresar en el centro de menores. Luego ya me trasladarán a la cárcel de adultos.

- ¿Cómo estás tan seguro?

- Mi padre me dijo que se iba a vengar de mí, y creo que tras lo de Carol y lo de mi madre, sería de estúpido pensar que esto se va a quedar aquí. Ojalá tener suerte, pero no lo creo.

- ¿Tu padre? ¿Desde la cárcel?

- Sí, parece mentira, pero allí vive mucho mejor de lo que parece. Hace lo que quiere y está controlando todo exactamente igual que antes. Si a mi padre le interesa, estaré entre rejas.

- Parece que lo tienes muy claro. Entonces, ¿qué esperas de la cárcel?

- He ido a visitar a Carolina y la verdad es que ha sido horrible. He visto una realidad que no me podía ni imaginar. Maltratos y agresiones continuas entre las presas; Carol por ejemplo está llena de moratones y allí nadie hace nada. Sin duda, es un lugar peligroso para estar.

- ¿Tienes miedo de ir?

- Claro que sí. Está claro que no es el lugar en el que me gustaría estar, pero si me toca ir, no quedará otra que acostumbrarse. Intentaré llevarme bien con la máxima gente posible y no tener problemas con nadie.

- ¿Y algo que quieras decir a la gente que te ha apoyado?

- Pues que los quiero mucho, que son increíbles, y que igual que han luchado por defenderme a mí, lo hagan por defenderse a ellos mismo;

porque si algo me ha enseñado la vida, es que si tú no te defiendes, nadie lo va a hacer.

- Muchas gracias Manu.

- A ti. Ha sido un placer.

La entrevista culminaba, y con el periodista diciéndome que la publicaría en cuanto pudiese, me despedía para volver al juicio. Era el momento de la verdad.

Aleix continuó defendiéndome de una forma magistral, y aunque tenía bastante claro que mi padre encontraría algún resquicio para meterme entre rejas, la defensa era tan espectacular que ya estaba poniendo en duda si podría salirse con la suya.

Todo siguió tal y como habíamos planeado, y en el descanso de las 6, pues el juicio estaba siendo larguísimo, Aleix parecía decirme con la mirada que estaba ganado. Por primera vez confiaba en mi libertad, y mientras mi abogado era llamado a hablar en privado con el juez, yo ya respiraba más tranquilo.

Sin embargo, las noticias de Aleix no fueron buenas, y es que al parecer, al juez no le había parecido suficiente nuestra defensa, por lo que me podrían caer 6 años de cárcel, pero si confesaba, solo serían 3. Aleix me recomendó declararme culpable, y aunque tuve dudas por un momento, decidí hacerle caso. No estaba dispuesto a vivir 6 años allí.

La sesión judicial se reanudó, y tal y como me recomendó Aleix, me declaré culpable del delito de incitación a la violencia. El juez, que había disimulado muy bien, se hacía el sorprendido; y yo, que sabía lo que me esperaba, no podía tener menos ganas de llegar al centro de menores.

El trayecto en el coche de policía fue horrible, y a las 8 de la tarde, ya estaba en el mismo centro en el que habían metido a Carol. Estábamos muy cerca pero a la vez muy lejos. Era casi imposible coincidir, y si lo hacías, los guardias se aseguraban de que no hubiese la menor interacción entre ambos.

Me acomodaba en la litera que había libre y muy tocado emocionalmente, me preparaba para conocer a mis nuevos “amigos”.

CAPÍTULO 24

Narra Carol

Estaba viviendo la semana más dura de mi vida, pero mi estancia en el infierno todavía acababa de comenzar. Estaba completamente aterrada, vivía con un miedo continuo. Hasta soñaba con que Alexa y sus secuaces viniesen a darme una paliza.

Lo peor es que cuando me despertaba, mi sueño se acababa haciendo realidad. Alexa me usaba de saco de boxeo y aunque siempre había sido capaz de defenderme por mí misma, era incapaz de reaccionar ante ella.

Me golpeaba para sacarme el desayuno, por entrar en el baño antes que ella, por haberle hecho ruido mientras dormía,… Toda excusa era buena para darme una paliza.

Mi estómago se estaba empezando a acostumbrar a recibir puñetazos, pero no estaba dispuesta a permitir que me siguiesen tratando así, decidí hacer algo para contraatacar.

Había escuchado que había una presa rusa con la que Alexa no se atrevía a meterse, así que si quería plantarle cara, tenía que conseguir que se pusiese en su contra. Pasé toda la semana tratando de acercarme a ella; y por fin, el lunes encontré una actividad en la que podíamos congeniar, era una apasionada del baile.

Natasha había sido encarcelada por matar a su hermano. A los 12 años, el niño intentó violarla por la noche, y ella, que no se andaba con tonterías, lo paró, y después de atarlo a la cama, lo estuvo torturando hasta matarlo de dolor. Cuentan que se presentó en el juicio con una sonrisa, y abiertamente, reconoció todos los hechos de los que la acusaban; como si estuviese orgullosa de lo que había hecho.

Llevaba ya 5 años en el centro de menores, y desde su llegada, nadie se había metido con ella. Ni siquiera Alexa y su séquito.

A pesar de los moratones, que casi me impedían moverme, el lunes me presenté a la clase de salsa, y tratando de estar siempre cerca de Natasha, lo di todo durante la hora y media de clase.

La gente iba a ducharse, y ella, que se había fijado en cómo bailaba, me agarraba del hombro para hablarme:

- ¡Ay! -Grité. Tenía el cuerpo lleno de moratones, y al más mínimo golpe, el dolor era abismal.

- ¿Qué pasa? -Preguntó sin entender que me doliese ese simple agarrón.

- Nada, que tengo un moratón ahí y me duele.

- Pues no bailas nada mal -me dijo mientras íbamos hacia el

vestuario.

- Siempre me gustó la salsa. Mi madre me enseñó algunos pasos cuando era niña -mentí

- Se nota -dijo mientras se quitaba la ropa.

- ¿Y todo eso?- Exclamaba al verme todo el cuerpo lleno de moratones.

- He tenido algunos problemas en los últimos días.

- ¿Con Alexa?

- Sí. No consigo escapar de ella.

- Esa zorra siempre hace lo mismo. Va a por las chicas que son más débiles, pero conmigo nunca se ha atrevido.

- Pues parece que la ha tomado conmigo -me quejé.

- No te preocupes que no te va a hacer nada más. Necesito una compañera de salsa, y no es lo mismo si estás machacada. De Alexa me encargo yo.

Había logrado lo que quería, por primera vez desde que me habían metido allí, me sentía a salvo.

Mientras tanto, a nuestras espaldas en A Lama había una reunión muy importante. Aleix, el abogado de Manu, llegaba; y aunque hacía parecer a todos que venía a hablar con Belén, la realidad era que la persona que lo esperaba no se parecía en nada a ella.

Mario lo recibía en su despacho, y con un fuerte abrazo, se reencontraban después de casi 5 años sin verse. Aleix había ayudado a Mario en muchos negocios ilegales, y por ello, nunca se había encontrado relación entre ellos.

Cuando Manu se puso en contacto con Aleix, él inmediatamente avisó a Mario, que le ofreció una buena cantidad de dinero a cambio de meter a su hijo en la cárcel. El abogado no se lo pensó, y después de ganarse la confianza de Manu, lo hizo ver que declararse culpable era lo mejor que podía hacer. Todo había sido una artimaña de su padre, y una vez más, volvíamos a no darnos cuenta.

Aleix salía con el dinero, y mientras el padre de Manu por fin había completado su plan, nosotros nos veíamos a través de las verjas que separaban las dos secciones del centro de menores.

- ¿Cómo estás? -Le pregunté.

- Lo he pasado mal esta semana, pero no ha sido nada comparado a lo que has aguantado tú. ¿Ha ido a peor la cosa? -Me preguntó preocupado.

- No, ya está solucionado. Me he hecho amiga de una chica con la que nadie se atreve a meterse, y ahora estoy a salvo.

- ¿Qué hacéis ahí? ¡No podéis hablar entre vosotros! -Nos gritaba un guardia que se acababa de dar cuenta de nuestra conversación.

¿Ahora no podíamos hablar entre nosotros? Todo el mundo hablaba con los chicos del otro lado de la verja, y hoy que por fin coincidía

con Manu, resulta que no se podía. Ya estaba harta de todo lo que me estaba pasando.

Antes de que el guardia viniese hacia mí, me acerqué a Manu, lo besé y le susurré:

- Mañana a las 12 aquí.

El guardia me agarraba para apartarme de allí, y por el otro lado, a Manu lo sujetaban ahora entre dos guardias. Nos habían vuelto a separar, pero iban a necesitar más que eso para que nos olvidásemos el uno del otro.

A pesar de todo, estaba contenta por lo que me había dicho Manu. Me alegraba mucho saber que no le pegaban igual que a mí. Que lo pasara mal era normal, no creo que hubiese nadie que lo pasara bien allí.

Esa tarde, Natasha se sentó al lado de mi cama, y mientras me agarraba la mano, me decía:

- Ha llegado el momento de ir a hablar con Alexa.

- ¿Estás segura? -Le pregunté

- Es el momento, no es bueno esperar. Cuanto antes se le dejen las cosas claras, mucho mejor -decía muy convencida.

- ¿Y estás segura de que no quieres ir con alguien? Ellas son tres y tú solo una -le recordaba para que no metiese la pata.

- No voy sola.

- ¿Y con quién vas? -Preguntaba muy sorprendida; pues nunca la había visto con ninguna otra chica que no fuese yo.

- Contigo.

- ¿Conmigo? -Ahora sí que me había queda paralizada-. Yo no quiero hablar con Alexa, me cago de miedo cada vez que la veo delante. No puedo hacerlo.

- Es el momento de afrontar tu miedo, no te pasará nada -dijo mientras empezaba a caminar hacia el corro de chicas entre las que se encontraba Alexa.

Al llegar allí, se me ocurrieron millones de cosas desagradables que preferiría hacer antes de hablar con Alexa. Cortarme una mano con un cuchillo jamonero, nadar entre tiburones hambrientos, que me abandonasen en medio del desierto,… Todo me parecía mejor que mirarla a la cara.

Sin embargo, al llegar allí Natasha puso una mirada asesina que metía mucho miedo, y la mayoría de las chicas se marcharon. Solo quedaban Alexa y sus dos secuaces.

Yo me escondía justo detrás de Natasha, y mientras rezaba para que cambiase de opinión y nos fuésemos para otro lugar sin buscarnos ningún problema, empezaba a hablar con Alexa:

- Veo que no ha cambiado nada. Sigues exactamente igual que siempre. Pagas con las nuevas la inseguridad que tienes para

enfrentarte a la gente que de verdad te puede plantar cara -decía una desafiante Natasha.

- Natasha, no te metas. Puedo hacer lo que quiera mientras no te toque a ti, ¿no es cierto? Pues no estoy incumpliendo ninguna parte del trato -se justificaba mientras yo me quedaba alucinada con que tuviesen un pacto para no pelear entre ellas.

- El problema es que a la persona a la que estás machacando es mi amiga, y créeme que no voy a tener ningún reparo en cambiarte la cara de lado como sigas haciéndolo -decía una Natasha que ya me estaba empezando a dar miedo.

- Sigues siendo igual que siempre. Vienes aquí amenazando, ¿y por qué? ¿Por una pelea ganada hace cinco años? No te tengo miedo, y si me disculpas, tengo más cosas que hacer -decía Alexa poniendo punto y final a nuestra conversación.

Ya me había hecho a la idea de que volverían las palizas diarias, pero cuando Alexa pasó por delante de Natasha, mi nueva amiga aprovechó para cogerla del cuello. La levantó en el aire, y después de acorralarla contra la pared, le dijo al oído:

- ¿Ves por qué no te interesa tener problemas conmigo?

Pensé que después de esto, Alexa por fin entraría en razón; pero nada más lejos de la realidad. Alexa tenía todavía dos secuaces, y mientras yo gritaba para intentar avisar a Natasha, una de ellas le daba un puñetazo en la yugular que la dejaba en el suelo.

Se levantaba muy enfadada, y mientras yo cogía el palo de una escoba para intentar defenderme, ella abofeteaba a una de las secuaces de Alexa.

Sin embargo, no todo iba a ser tan fácil, y de nuevo, Alexa volvía a dejar a Natasha en el suelo. Mi amiga estaba en inferioridad, así que decidí meterme para al menos despistar a una de ellas.

Esa mujer parecía estar completamente loca, pero yo, que había agradecido mucho coger el palo de la escoba, me defendí a la perfección, y cuando tuve oportunidad, le di un golpe en la cabeza que la dejaba en el suelo.

Mientras peleaba con ella, Natasha volvía a tener acorralada a Alexa, y mientras me guiñaba un ojo, le decía:

- ¿Ves lo que pasa? Por eso llevas años esquivándome; porque si hablamos siempre acaba pasando esto. Tienes que controlar con quien te metes.

- Es gracioso que hables tú de control, que no fuiste capaz de controlarte para no matar a tu hermano -decía muy soberbia a pesar de estar totalmente acorralada.

- Maté a mi hermano porque se lo merecía -volvía a gritar Natasha mientras apretaba el cuello de Alexa-. Tú en cambio mataste por cobardía. Tu padre abusaba de ti y solo te atreviste con tu hermano

pequeño. ¿No hubieses preferido matarlo a él? -Atacaba Natasha.

- ¡Ataqué a lo que más le dolería! -Balbuceaba una Alexa que se estaba quedando sin aire.

- Eso dices siempre, pero la verdad es que no te atreviste con él y mataste a un inocente -dijo mientras le soltaba el cuello para que respirase.

- ¡Joder! ¡Casi me matas!

- Si quieres que se siga quedando en un "*casi*", no te vuelvas a acercar a ella.

- No te preocupes. No vamos a volver a tener problemas. ¿Verdad Carolina? -Decía mientras se intentaba hacer la simpática.

Después de esto, Alexa se marchaba, y una vez volvía a quedarme sola con Natasha, la abracé para agradecerle lo que había hecho por mí. Había sido increíble lo que le había hecho a Alexa, y ahora solo quería saber cómo era posible que la conociese tan bien, así que no dudé en preguntar.

- Una cosa -empecé diciendo-, vosotras os conocéis bastante bien, ¿no?

- Podríamos decir que sí.

- ¿Y se puede saber por qué?

- Pues resulta que entramos aquí casi a la vez, y como estos lugares son muy difíciles cuando eres tan joven, nos hicimos amigas para protegernos la una a la otra. Nos lo contábamos todo, teníamos una relación increíble, pero un día llegó una chica nueva y todo cambió.

- ¿Cuándo fue eso?

Debíamos tener 14 años. La chica había ayudado a robar un supermercado. Llevaba aquí dos semanas y todavía no tenía ninguna amiga, así que le dije que viniese con nosotras. A Alexa no le pareció bien, pues ella siempre había tenido toda mi atención, y empezó a sentir celos.

- ¿Y eso fue por lo que os enfadasteis?

- Claro que no. Ella se empezó a juntar con chicas mucho más chungas, y al poco tiempo, empezó a amenazar y maltratar a las nuevas presas. Decidí cortar toda la relación que tenía con ella y no meterme.

- ¿Y no hiciste nada para evitarlo?

- Estaba sola contra un grupo de cinco presas. ¿Que podría haber hecho? Hubiese sido un suicidio.

- Entonces, ¿lo dejaste estar?

- Al principio sí, pero después Alexa empezó a meterse con mi nueva amiga, y cuando me enteré me volví loca. Estaba muy enfadada, y como venganza, me enfrenté a todas. Las fui tumbando una por una, y cuando llegué a Alexa, saqué todavía más rabia. Le dejé la cara sangrando, le rompí la nariz, un tímpano y cinco costillas;

y porque me paró un guardia, que sino hubiese seguido.

- ¿Querías matarla?

- Lo estaba deseando -me reconoció-. Había mandado a mi amiga a urgencias sin motivo ninguno y debía pagar por ello.

- ¿Y desde entonces no habíais vuelto a hablar?

- No, hasta hoy no.

Me quedé muy sorprendida al saber la historia. No me esperaba para nada que Alexa y Natasha hubiesen sido amigas, y lo que me había contado Natasha me hacía verla cada vez con mejores ojos. En el fondo, se le veía que era buena persona. Tenía sus cosas malas, como sus arrebatos de ira, pero al fin y al cabo era una buena chica.

Fuimos un rato a practicar salsa mientras nos desestresábamos de la pelea, pero en ese momento, uno de los guardias avisaba a Natasha de que tenía visita. Ella se despedía con un abrazo, y me pedía que la esperase allí para seguir practicando. Sin duda, era una apasionada del baile.

Una vez se fue, las que volvieron a aparecer fueron Alexa y sus secuaces. Se habían llevado una buena paliza antes, pero ahora que estaba sola, venían con ganas de venganza.

Alexa venía hacia mí con la cara totalmente ensangrentada, y mientras crujía sus nudillos como premonición de lo que iba a hacer conmigo, me decía que había llegado el momento de acabar lo que había empezado.

Entre las tres, me pegaron en todas las partes de mi cuerpo que se os puedan ocurrir, y cuando solo podía rezar para que Natasha volviese lo antes posible, Alexa sacaba de su bolsillo una navaja.

Sus dos secuaces me seguían agarrando, pero yo, que no estaba dispuesta a rendirme, conseguí librarme de ellas después de darles unas buenas patadas.

Salí corriendo para escapar, y cuando ya estaba a punto de llegar a la puerta, Alexa me lanzaba la navaja haciéndola impactar directamente en mi cuello.

Caía al suelo rendida, y con el cuello chorreando sangre, solo podía apreciar como Alexa me decía un "*te avisé, zorra*". Me quedaba inmóvil en el suelo, y mientras mis agresoras se dirigían a la puerta, escuchaba como Alexa le decía por teléfono a alguien: "*el trabajo está hecho jefe*".

Mientras salían de allí, yo seguía sin ser capaz de moverme, y sin nadie en la pista de baile, nadie se dio cuenta de lo que había pasado hasta que 15 minutos más tarde, Natasha me encontraba completamente desangrada.

Natasha gritaba pidiendo auxilio, y al poco tiempo, unos guardias me llevaban de urgencia a la enfermería. Allí lo intentaron todo para salvarme, pero ya era demasiado tarde. Había perdido demasiada

sangre y mi muerte era completamente irremediable.

A las 8 de la tarde, el centro de menores emitía un comunicado informando de mi asesinato; y aunque hubo mucha gente que pensó que se trataba de un bulo, al cabo de un tiempo, todo el mundo lloraba mi muerte. Alexia, que se había enterado al momento, era incapaz de articular palabra.

Mientras en todos los informativos avisaban de la terrible noticia, las redes sociales echaban humo pidiendo justicia por mi asesinato, pero el centro de menores no estaba por la labor.

Natasha había repetido mil veces que eso había sido cosa de Alexa, pero a pesar de su insistencia, a las pocas horas el centro volvía a emitir un comunicado en el que decían que no tenían forma de identificar a la asesina.

Esta vez las redes se incendiaron totalmente, y para seguir pidiendo justicia, convocaban una manifestación la mañana siguiente delante del centro de menores.

Yo me había ido, pero seguía en el corazón de todos ellos.

CAPÍTULO 25

Narra Manu

Mi primera semana en el centro no había sido fácil, pero al menos no había sufrido lo mismo que Carol. Ella se había acostumbrado a palizas continuas, y yo por lo menos, tenía el apoyo de Leonardo, un chico mejicano que estaba en prisión por el robo de unas joyas. Su familia no tenía dinero, y él, que hubiese hecho cualquier cosa por ellos, estaba intentando sacarlos adelante. Era un buen tío.

Leonardo me ayudó mucho, pero nada fue comparable al hecho de haber hablado con Carolina. Nunca antes habíamos coincidido en el patio, pues solo nos dejaban salir 45 minutos al día, pero ahora que nos habíamos visto por primera vez, ya sabíamos a qué hora salir para volver a vernos.

Esa noche, los guardias estuvieron mucho menos centrados de lo normal, y aunque a las 10 ya todo el mundo empezaba a protestar porque todavía no habían servido la cena, ninguno hizo nada para calmar a los presos como sí habían hecho otras veces.

La comida vino media hora más tarde, y mientras comíamos, otro chico muy grande se acercaba a nosotros para pedirnos la comida. Leonardo le daba la comida al instante, y aunque yo al principio me negaba, Leo me daba una patada por debajo de la mesa para avisarme de que si quería seguir bien, debía hacerlo. Esa noche, Leo me explicó todo.

Al parecer, ese chico había entrado hacía más de un año por matar a su madre, y desde el principio había causado problemas. El primer día le arrancó la oreja a un guardia de un mordisco; y el segundo, mandó a la enfermería a tres presos con los que se había peleado.

Desde esa, andaba por el centro de menores como por su casa y todo el mundo hacía lo que él pedía. Nadie se había vuelto a atrever a llevarle la contraria, e incluso los guardias lo trataban de forma distinta que al resto de presos.

Al saber eso me asusté un poco. Ese chico era muy peligroso, y tenía miedo de que se pudiese enfadar por cualquier cosa que hiciese sin querer y me acabase llevando una paliza, pero Leo me tranquilizó diciéndome que no solía tener problemas con la gente, pues se conformaba con que hiciesen lo que pedía.

Gracias a lo que me había dicho, esa noche pude dormir mucho más tranquilo. Además de saber que tenía una persona que me advertía de los peligros, sabía que me ayudaría en caso de que algo saliese mal.

La mañana siguiente me desperté muy ilusionado con volver a ver a Carol, y aunque hice un montón de cosas para intentar que el tiempo

se me pasase más rápido, no me daban llegado las 12. Esperaba que a ella le pasase lo mismo.

Cuando ya iba a ser la hora de nuestro encuentro, Leo me avisó de que iba a la sala de visitas para ver a su padre, y así, yo aproveché para poder estar con Carolina a solas.

Salí al patio muy feliz, pero en vez del silencio habitual, esta vez escuchaba unos gritos a través del muro que nos separaba del mundo exterior. "*¡Queremos justicia! ¡Queremos justicia!*", repetían varias personas desde fuera.

No les presté demasiada atención, y mientras esperaba a que Carolina saliese, me puse a dar una vuelta por el patio.

El tiempo iba pasando, y a los quince minutos, decidí acercarme a la valla para ver si conseguía ver a Carol. Se me estaba acabando el tiempo de patio y aún no había salido. ¿Se le habría olvidado? No tenía sentido, debía morirse de ganas por volver a verme.

Sin embargo, la que estaba pegada a la valla era una chica rubia muy grande, probablemente rusa, que parecía buscar a alguien entre los chicos de mi lado del patio.

- ¿Buscas a alguien? -Le pregunté.

- Sí, tengo que hablar con un chico -dijo muy seria.

- Mira, pues yo también tengo que hablar con una chica. Si me encuentras a Carolina Gutiérrez te busco al chico que quieras.

- Espera… -decía ella-, ¿eres Manu? -Me preguntaba sorprendida.

- El mismo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Conoces a Carolina?

- Sí. Por eso vengo a hablar contigo -decía apenada.

- ¿No ha podido venir?

- ¿No escuchas lo de fuera? -Dijo cambiándome de tema.

- ¿Y eso qué tiene que ver con Carolina?

- Escucha lo que dicen -me ordenó.

- Están pidiendo justicia -dije después de escuchar bien los gritos.

- Sí, justicia para Carolina -me decía mientras se le escapaba una lágrima.

- ¿Qué significa eso? ¿Qué le ha pasado a Carolina? -Pregunté muy alterado. Había gritado tanto que un guardia venía hacia mí.

- La han matado Manu. Siento ser yo quien te lo diga, pero la han matado -me reconocía.

- ¿Cómo? ¡No puede ser! -Grité sin poder contener mis lágrimas. Todavía no me lo creía, pero en ese momento, un guardia me agarraba para sacarme del patio.

Yo me revolvía, y cuando le preguntaba qué le había pasado a Carolina, el guardia me apartaba la mirada. Volví a preguntarlo una vez más, y de nuevo, volvía a no tener respuesta. Me estaba asustando mucho.

Estaba ya a lágrima viva, cuando el guardia me dijo:

- Manu no puedo decirte nada de otras presas, pero Carolina ya no está aquí. Lo siento mucho.

Inmediatamente me derrumbé, y mientras el guardia me dejaba solo, me dediqué a darle puñetazos a la pared de la impotencia que sentía. ¡La habían matado y no había podido hacer nada por ella!

Seguí llorando muy fuerte durante unos minutos, y cuando por fin llegó Leo, le conté sin poder parar de llorar lo que me habían dicho. Apenas podía hablar con todo lo que estaba llorando; y él, que parecía entenderme, me decía que lo sentía mucho.

Acto seguido, se acercó a mí, pero en vez de abrazarme, sacó un puñal del bolsillo, y mientras me decía: "*lo siento de verdad*", me lo clavaba en el estómago.

Caía al suelo desangrándome, igual que había hecho Carolina horas atrás, y como ella, cuando llegaron los guardias ya nadie podía hacer nada por mí.

Mientras los médicos se aseguraban de mi muerte, Aleix volvía a reunirse con mi padre, y sonriendo, le decía:

- Jefe, ya está todo hecho. Ha costado con el mejicano, pero al prometerle una buena vida para su familia, ha caído. Nadie lo relacionará con esto.

Así, era mi padre el que ponía fin, no solo a nuestras vidas, sino que también a algo muy superior a nosotros. Ponía fin a un amor que lo había movido todo, y que ahora llegaba a su fin. Nosotros nos íbamos, pero nuestro legado quedaría para las próximas generaciones. Nuestro amor había movido un país.